Entre las cuerdas y tú



ANHARA CARIBÉ

Copyright © 2025 Anhara Caribé

©Independently published
DL: B 17792-2025
Todos los derechos reservados.
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor.

AGRADECIMIENTOS

A vosotros, lectores y lectoras:
Este libro no existiría sin vuestra presencia.
Vuestra confianza, vuestro tiempo y vuestras palabras son la llama que mantiene viva mi pasión por escribir.
Gracias por cada página leída, por cada mensaje, por acompañarme en este viaje de letras e imaginación.
Sois mi impulso, mi inspiración y el verdadero motivo por el que cada historia cobra vida.
Gracias por estar ahí siempre.

Entre las cuerdas y tú

ANHARA CARIBÉ

Prólogo

El mundo se detiene junto a mi cuerpo, que se paraliza en un instante. No comprendo qué acaba de pasar. Apenas hace unos segundos estaba de pie y ahora la veo tirada en el suelo, inmóvil, con los ojos cerrados, como si hubiera decidido desconectarse del mundo. La sangre que brota de sus heridas comienza a formar un diminuto charco color carmesí a su alrededor, lo que hace la escena aún más desconcertante.

Me agacho con todos los músculos tensos y un temblor incontrolable que me recorre de pies a cabeza. No entiendo la magnitud de lo que está ocurriendo y me aferro a la absurda esperanza de que esto no sea tan grave como parece.

Con manos torpes y temblorosas le aparto varios mechones de la cara y comienzo a hablarle con ternura. Pero no responde, no se mueve. Permanece inmóvil y creo que no oigo su respiración, o al menos, sus pulmones no hacen el más mínimo esfuerzo por moverse. Coloco la mano sobre su boca y no percibo su aliento. Quizá mis sentidos están fallando debido a los nervios, que comienzan a apoderarse de mí y logran que entre en pánico.

Primero, la zarandeo con suavidad. Cuando no reacciona, cuando su cuerpo permanece en el mismo lugar y en la misma posición, la agito con más fuerza, con la desesperación clavada en mi pecho.

Nada.

El grito desolador, que brota de mi garganta, no se parece a nada de lo que haya escuchado antes: es un sonido quebrado, primitivo, que me desgarra la garganta y me deja sin aliento.

Las lágrimas también brotan sin control y resbalan por mis mejillas a su antojo, como si fueran ríos desbordados. No me molesto en detenerlas; no tendría sentido.

Siento unas manos en mis hombros que intentan apartarme, arrancarme de su lado, pero me resisto. Me abrazo con más fuerza

al cuerpo inerte en el suelo y es casi imposible que me separen de allí. Les cuesta despegarme de ella, hasta que varias personas lo consiguen. Al parecer, es necesario que un profesional la examine y, una mínima esperanza de que siga viva, se instala en todo mi ser.

Espero no muy lejos, mientras el corazón me late con violencia dentro del pecho. Cuando veo al médico negar con la cabeza, despacio, una sola vez, lo entiendo sin necesidad de palabras. Siento cómo algo dentro de mí se rompe, algo que no sé si alguna vez podré recomponer.

Ella se ha ido para siempre, y se ha llevado consigo una parte de mí que nunca regresará.

Capítulo 1

—Prométeme que irás con cuidado y no te meterás en líos —me ruega Marta entre lágrimas, mientras me abraza con fuerza con sus brazos flacuchos.

—Te lo prometo —le respondo con especial cariño.

—Y si necesitas algo, no dudes en llamarme, Nadia. Sabes que siempre voy a estar ahí.

Escuchar esas dulces y sinceras palabras me provoca un nudo en la garganta. No se lo digo; sé que estará cuando la necesite. Me duele separarme de ella. La idea de que Marta no forme parte de esta nueva etapa en mi vida me desgasta por dentro; aun así, ha llegado el momento de comenzar desde cero. Subo despacio los cuatro o cinco escalones del autobús sin mirar atrás. Sé que, si lo hago, es posible que baje deprisa y no vuelva a subir. Aceptar mi destino no ha sido fácil y, ahora que lo he hecho, no pienso dejar escapar esta oportunidad.

Cuando Marta, la educadora del centro de menores, me presentó las posibles opciones para mi futuro, no dudé. Entre Madrid y Sevilla, elegí el calor, el rebujito y las sevillanas. Siempre sentí curiosidad por conocer Andalucía y esta era la oportunidad perfecta para alejarme de todo lo que había pasado y empezar de cero.

Busco un asiento con el corazón encogido. Desde la ventanilla, veo a Marta, que agita la mano para despedirse con la misma ternura con la que lo haría una madre. En estos últimos dos años, ha sido eso para mí: una figura materna que llenó vacíos que ni siquiera sabía que tenía; alejarme de ella se me hace durísimo. Contengo las lágrimas. Mostrar mis emociones nunca ha sido lo mío. Aprieto los labios y hago de tripas corazón. Le dedico una última sonrisa antes de que el autobús arranque.

Me acomodo en uno de los asientos traseros. Me coloco los auriculares, saco mi libreta y el bolígrafo que he preparado para el

viaje. Tengo por delante un largo trayecto: de Barcelona a Sevilla, nada menos. Es el tiempo justo para estudiar la zona a la que me mudaré y preparar el inicio de la universidad. Ya he investigado algo, pero necesito asegurarme de que todo esté bajo control.

Voy a cursar el primer año de Educación Infantil. Siempre he tenido claro que quería trabajar con niños y la idea de ser profesora me ilusiona mucho. Las clases comienzan en una semana y, aunque el EAIA (Equipo de Atención a la Infancia y la Adolescencia) se ha encargado de todo: el papeleo, el alojamiento y un pequeño empleo, necesito tiempo para adaptarme a esta ciudad, que me resulta del todo desconocida.

Con un mapa impreso en las manos, rodeo con círculos los lugares que considero importantes: supermercados, bibliotecas, gimnasios…

El viaje se vuelve pesado. El calor es agobiante y el constante encendido y apagado del aire acondicionado no ayuda. Cuando al fin funciona, el frío cala hasta los huesos. Estoy casi segura de que me he resfriado. Ojalá sea algo pasajero.

Llego a media tarde a Plaza de Armas, la estación de autobuses más céntrica de Sevilla. Desde aquí, debo tomar otro autobús hasta Valencina de la Concepción, el pueblo donde me han conseguido alojamiento. Lo pagarán mientras estudie, así que no me opuse. Además, está bastante cerca de la universidad.

Estoy agotada. Pienso en coger un taxi; sin embargo, recuerdo que debo cuidar mis escasos ahorros. Espero al autobús que tarda más de veinte minutos en llegar. Con mi única maleta, en la que guardo todas mis pertenencias, subo al vehículo que me llevará a mi nuevo hogar. En poco más de media hora, llegamos a destino: Valencina de la Concepción. Qué nombre tan pintoresco.

Bajo la maleta con esfuerzo y observo cómo el autobús se aleja. No sé por qué, pero siento que también me despido de la vida anterior. Es un adiós silencioso al pasado.

Cuando no alcanzo a ver el autobús, miro a mi alrededor. Lo que mis ojos marrones observan me gusta: casas blancas, de no más de dos pisos, calles tranquilas con adoquines. De esos pueblos que tantas veces he visto por la tele y que tenía ganas de visitar alguna vez.

Activo Google Maps y escribo la dirección que me indicaron en el centro. Perfecto, se encuentra a solo dos calles. Cojo con fuerza la maleta y camino. No tengo prisa, apenas comienza a anochecer y no parece un lugar peligroso. Las personas pasean tranquilas y relajadas por la calle. Me miran extrañados; supongo que preguntándose quién es esa chica a la que nunca han visto por el pueblo. Les sonrío a cada uno de ellos; si quiero vivir aquí y pasar desapercibida, debo causar una buena primera impresión.

Llego al punto donde marca el GPS y me sorprendo al ver una inmensa casa blanca de dos plantas con un patio encantador en la entrada. Me cuesta creer que este lugar vaya a ser mi hogar. Llamo al timbre con cierta ansiedad y espero a que mi nueva compañera de piso me reciba. Marta me dijo que compartiría casa con una chica que también viene de un centro, salvo que el suyo está en Sevilla. Cuando cumples la mayoría de edad, el sistema te da dos opciones: continuar bajo su tutela —siempre que estudies— o marcharte y buscarte la vida por tu cuenta. La mayoría opta por lo segundo. Muchas no llegan lejos, arrastradas por un pasado del que no pueden huir.

Yo elegí quedarme. No tuve una vida terrible, ni tampoco buena. Mi madre falleció y mi padre..., digamos que no fue el mejor. Aunque siempre tuve un techo, comida y educación. ¿Qué más podía pedir? Amor y cariño, claro. Nunca supe con exactitud qué era eso, así que tampoco lo eché de menos.

Se abre la puerta y me encuentro cara a cara con la belleza personificada. Tiene la misma edad que yo; no obstante, su físico no se parece nada al mío. Me deja sin palabras, es preciosa. Su cabello largo, rizado y negro la hace ver salvaje y exótica. Me veo poca cosa a su lado. Yo, que soy más bien menuda, flacucha y con un pelo largo y bastante rebelde... Sus ojos de un azul intenso me observan con recelo.

—Debes ser Nadia, ¿verdad? —me pregunta con un tono serio y poco cordial.

Me intimida. Esperaba encontrarme con alguien amable, una posible amiga, pero ella parece más bien distante. Asiento, algo

decepcionada. Entonces, su rostro se ilumina con una sonrisa perfecta y sincera.

—Pasa, mujer, y cambia esa cara. Estaba de broma.

Respiro aliviada y le devuelvo una de mis mejores sonrisas.

—Gracias.

Me ayuda con la maleta y le veo caminar con elegancia, con un contoneo de sus anchas caderas sexis de un lado para el otro.

—Bienvenida, soy Sandra. Te enseño la casa y tu habitación.

—Gracias. —Parece que es lo único que sé decir, pero la actitud tan enérgica de esta chica me abruma.

Comienza el recorrido y me enseña todo el lugar.

La casa es enorme. Tiene dos plantas. En la primera, se encuentra un amplio salón con escaso mobiliario, una preciosa cocina de estilo rústico, un cuarto de baño sencillo y varios dormitorios de grandes dimensiones. En la segunda, más habitaciones y otro cuarto de baño.

—¿Todo esto es para nosotras dos? —pregunto, asombrada.

En cada estancia que entro, mi sorpresa es mayor. Ni por asomo es lo que mi mente podía imaginar. Creí que me alojaría en un piso diminuto, como suele salir en las películas, pero esto… es demasiado.

—Por ahora sí —responde Sandra, con una sonrisa—. Aunque es probable que vengan más. Quedan libres cuatro habitaciones.

—¿Cuatro más? —repito, alucinada.

—¡Ajá! Y con suerte, a ver si nos toca algún tío buenorro —bromea con picardía—. Estoy harta de compartir casa con solo chicas. —Me guiña el ojo divertida.

La comprendo bien, solo que no sé si quiero vivir con chicos; suelen ser unos cerdos.

—Pues mejor si solo somos nosotras dos. —Río con sutileza.

Subimos las escaleras y abre una puerta.

—Esta es tu habitación. La he escogido porque, después de la mía, es la más grande. Y tiene un balconcito.

Entro y me quedo sin palabras.

—¡Vaya! Esto es...

—Una pasada, ¿verdad?

Asiento. Jamás he tenido algo así. En el centro compartía cuarto con otras dos o tres chicas. Disponer de un espacio solo para mí es… demasiado. Se me escapa una lágrima, mezcla de alegría y nostalgia.

—¿Estás bien? Si no te gusta, hay más que puedes escoger —dice preocupada.

Abro los brazos y abrazo aquel espacio.

—No, no. Es perfecta, es solo que me han venido unos recuerdos.

Sandra me mira con ternura. Ella entiende cómo me siento.

—¿Cuántos?

No hace falta que le pregunte a qué se refiere; es una especie de código que tenemos las que hemos pasado por el sistema. Le contesto sin pensar.

—Dos.

—¿Solo dos? Eres una novata. Yo doce.

—¿Llegaste a los seis años? —le pregunto apenada, mientras hago cálculos mentales con la información que me dieron en el centro sobre ella. Recuerdo que Marta me dijo: «Tiene tu edad». Me compadezco y solo puedo decir—: Lo siento.

—Sí, pero no te preocupes, fue lo mejor que me pudo pasar. No sé qué hubiera sido de mí y de mis hermanas si no fuera por ellos.

Me cuesta imaginar qué vida tuvo que dejar atrás. Yo llegué al centro al poco de cumplir los dieciséis y fue Marta quien me dio la bienvenida.

Claro que una adolescente a la que acaban de arrebatar su hogar no iba a recibir a nadie con alegría ni buena cara. Sin embargo, bastó una palabra suya para saber que podría confiar en ella. La adaptación no fue nada fácil; no disfrutaba de una vida digna con mi padre, pero ya estaba hecha a él, y tener que convivir con personas que no conocía se me hacía un mundo. Aun así, pensé que solo me quedaban dos años para salir de ese infierno y lo sobrellevé como pude. Con el tiempo, me acostumbré y, aunque no tenía demasiada libertad, cuidaron de mí y mis necesidades mejor que mi propio padre.

¿Qué será de él? Es una pregunta que dejé de hacerme hace tiempo, solo que a veces todavía resuena en mi cabeza. La cárcel no es un buen sitio para nadie; sin embargo, fui yo la culpable de que cayera preso y me haya costado mucho tiempo aceptar que la culpa fue solo suya. Un resquemor en la garganta aparece al pensar en él y en lo que ocurrió.

Elimino cualquier rastro de pensamiento sobre mi padre y continúo con la conversación con mi nueva compañera.

—¿Se vive bien por aquí? —le pregunto para cambiar de tema.

—¡*Ofú*! Si no fuera por este calor… —responde con ese típico acento andaluz, que me arranca una sonrisa.

—Sí, eso he oído. Espero llevarlo bien, aunque yo soy más de frío, la verdad.

—Pues lo llevas claro, «mi arma», aquí te vas a freír como un huevo.

Sus ocurrencias me hacen reír de nuevo. Tengo la intuición de que me lo voy a pasar muy bien con Sandra.

—Voy a instalarme, ¿puedo darme un baño? Después de tantas horas de viaje debo oler fatal.

—Eso ni se pregunta. Ahora, esta casa es tuya también. —«Mi casa», repito en la mente. Suena bien, ¿verdad? —Por cierto —dice ya más seria—, ¿por qué el traslado a otra comunidad? No suelen hacerlo, salvo que pase algo importante.

Me paraliza la pregunta. No esperaba enfrentarme a eso tan pronto.

—La nota de la universidad no me llegaba para ninguna de Barcelona —improviso—. Además, me apetecía un cambio de aires.

No parece del todo convencida. Antes de que insista, dejo la maleta sobre la cama y me encierro en el baño.

Necesito respirar a solas en este nuevo hogar, que empieza a sentirse, poquito a poco, como un verdadero refugio.

Capítulo 2

Me despierta mi propio grito en la oscuridad. La pesadilla que tanto me angustia ha regresado para perturbarme el sueño en mi primera noche en mi nueva casa.

La he vuelto a ver. Ella está estirada en el suelo, golpeada y cubierta de sangre. Me arrodillo asustada e intento despertarla con un zarandeo suave, mas no se mueve. Su cuerpo inerte descansa sobre un suelo sucio y frío, y ya no queda nada que pueda salvarla. Todo es culpa mía: tuve la oportunidad de impedirlo y no lo logré. Grito en el sueño y en la vida real, lo que provoca que me despierte bañada en sudor y con un temblor en todo el cuerpo.

Oigo unos pasos que se aproximan rápido hasta mi habitación. Se abre la puerta y encuentro a Sandra con ese pelo negro desaliñado y la cara asustada.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —exclama alarmada.

Todavía noto que me falta el aire; con todo, verla a ella y de esa manera hace que los nervios mengüen.

—Estoy bien, solo ha sido una pesadilla.

—¡Pero, niña! ¡Qué susto me has dado! —lo dice de tal modo que no puedo evitar sonreír.

Se toca el cuello algo confusa y se ríe conmigo.

—Gracias por venir.

Se sienta a mi lado.

—Sabes que puedes hablar conmigo, ¿verdad?

—Gracias —le respondo ya más tranquila—, solo ha sido una simple pesadilla.

Siento que podría contarle cualquier cosa; con todo y eso, no estoy preparada. Mi pasado es algo turbio y no tengo ganas de compartirlo con nadie.

—Sí, una simple pesadilla. Yo suelo tener alguna de esas —ironiza —. ¿Necesitas que me quede?

Por un momento, pienso en decirle que sí; siempre que me ha ocurrido, he tenido a alguien a mi lado.

—De verdad, no ha sido nada —le resto importancia. Me acomodo de nuevo y le digo—: De todas maneras, gracias.

Sonríe y se da la vuelta para salir de la habitación. Antes de llegar a la puerta, la oigo susurrar.

—¿Cómo pueden jodernos así la vida?

Sabe que no le he dicho la verdad, que no ha sido una simple pesadilla; ahora bien, no ha insistido y se lo agradezco en silencio. Vuelvo a dormir. Estoy tan agotada del viaje que caigo rendida.

Me despierta el sonido del móvil. Me levanto y lo busco entre todas las pertenencias.

—¡Hola, Marta! —Me da alegría que me haya llamado.

—¿Cómo ha ido el viaje? ¿Estás bien? ¿Y tu nueva compi de piso, qué tal? ¿Es maja? ¿Te gusta la casa?

—Para, para, que no me voy a acordar de la primera pregunta —bromeo.

—¡Ay, perdona! Es que estaba tan preocupada... —Se disculpa por la efusividad que tienen sus palabras.

—Estoy bien y todo es fantástico. La casa es grandiosa y mi compañera es muy maja, la verdad.

—Cuánto me alegro, Nadia. ¿Sabes que voy a echarte de menos?

—¡Claro que lo sé! —Vuelvo a emocionarme. Cada vez que hablo con Marta, recuerdo mi vida junto a ella. No solo es la educadora del centro, es mi amiga y la persona más especial que tengo ahora mismo—. Yo también. —Se hace silencio—. ¿Marta? ¿Hola?

Miro el móvil y me doy cuenta de que se ha quedado sin batería. ¡Lástima! Me apetecía mucho hablar con ella.

Lo pongo a cargar y bajo a desayunar algo. En la mesa encuentro una nota de Sandra escrita a boli. Al parecer ha salido con su novio. Por el comentario de ayer, suponía que estaba soltera, pero no.

Al abrir la nevera, me percato de que hay un estante vacío, que de seguro es para mí.

Salgo a hacer algunas compras. Camino hasta el supermercado más cercano y cojo cuatro cosas. Todavía no me han ingresado la subvención y tengo la cuenta casi en números rojos. Aprovecho para

conocer la zona y debo reconocer que me encanta. Las calles, aunque estrechas, están muy limpias. Me topo con varias plazas y parques llenos de niños que corren y juegan felices.

Llego a mi nuevo hogar y, con la llave que la noche anterior me entregó Sandra, abro la puerta. Oigo murmullos y risas que provienen del piso de arriba. Debe ser mi compañera y su novio. No quiero interrumpir lo que sea que están haciendo y me siento en el sofá con la intención de ver alguna película o comenzar una serie.

—No te he oído llegar —salta Sandra desde la escalera mientras baja agarrada de quien debe ser su novio.

Me levanto y me acerco a ellos. El chico es un poco mayor que nosotras. Se nota que trabaja su cuerpo día tras día, porque no tiene ni un ápice de grasa. No es muy alto, apenas unos centímetros más que Sandra; aun así, los dos hacen muy buena pareja.

Ella, con su melena rizada y del tono más oscuro que haya visto jamás, y él, con la cabeza rapada al uno, que ni se le distingue el color de su cabello. Eso sí, sus ojos color verde jade no tienen nada que envidiar a los de su chica, que resaltan sobre su piel morena, lo que lo hace muy atractivo.

—Carlos, te presento a mi nueva compañera de piso: Nadia.

—¿Qué tal? —Me da dos besos con una gran sonrisa.

—Bien, todavía algo aturdida por el viaje.

—Ya me imagino, es que bajar en autobús desde tan lejos... —contesta.

—No tenía otro medio de transporte y el centro se negaba a comprarme un billete de avión. «Demasiado caro», dijeron —le respondo entre risillas.

—¡Menudos *agarraos*, estos catalanes! —bromea Sandra.

—Ni que lo digas, podrían haberme traído en el avión privado que tienen los centros de Sevilla. —Le doy un empujoncito de cadera y reímos.

Nuestra complicidad es evidente, parece que seamos amigas desde siempre y eso me gusta.

Hace años que no me siento así.

Antes de entrar en el centro, apenas tenía amigas y, cuando me llevaron a esa casa, las chicas y niñas que vivían allí se convirtieron

en mis hermanas —más o menos—. Así que tener a una persona cerca que ha vivido lo mismo que tú y que entienda cualquier miedo o reacción como consecuencia de ello, te hace la vida más fácil.

Sandra y yo tenemos un vínculo especial. Apenas hace veinticuatro horas que nos conocemos y la veo como a una amiga de verdad, de esas amistades que perdurarán hasta el final de nuestros días.

No quiero confiarme demasiado, porque las personas que más he querido siempre han desaparecido de mi vida de una manera u otra. Y eso me aterra. Aun así, quiero dar una oportunidad a Sandra, conocerla y no dejarme llevar por mis miedos.

Comemos los tres una comida que ha preparado Carlos. No se le da nada mal la cocina y nos sorprende con una deliciosa ensalada y carne en salsa.

Es bonito ver cómo esos dos se miran, bromean, se besan. Siento algo de envidia porque yo nunca he tenido eso con nadie y pienso que no voy a tenerlo en mucho tiempo. No estoy abierta al amor. No desde lo de Claudio, mi ex. Y cuando estuve con él, jamás sentí esa complicidad que veo en ellos dos. Prefiero no pensar en él, bastante daño me hizo como para merecer algún pensamiento hacia él.

Carlos se marcha y nos quedamos solas.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Sandra, apoltronada en el sofá.

—Eso tendría que decirlo yo, ¿no crees? Soy la nueva aquí.

—Tienes razón. —Se levanta de un salto y va a la cocina.

—¿Se puede saber qué vas a hacer? —pregunto curiosa.

—Poner remedio. Hoy va a ser tarde de chicas.

No sé muy bien a qué se refiere, aunque no suena mal. Se oyen ruidos de vasos y puertas de armario abrir y cerrarse. Unos minutos después ya está de vuelta con dos vasos de tubo con un líquido de color rosado en el interior y unas sombrillitas de cóctel.

Me entrega un vaso y exclama:

—¡A bailar! —Maneja el móvil y de algún lado suena una música con mucho ritmo.

Le doy un sorbo antes de que ella me agarre del brazo y me obligue a bailar. No sé qué lleva; aun así, tiene un sabor bastante

fuerte.

Pasamos un par de horas entre risas, bailes y copas. No recuerdo haber disfrutado tanto en años. Sandra es tan… Sandra, que no encuentro palabras para describirla.

El alcohol hace efecto en mí, lo noto porque los objetos de mi alrededor han comenzado a tener vida propia y se mueven.

—Necesito sentarme —le digo mientras lo hago—. Todo me da vueltas.

—Normal, te has bebido cuatro de mis cócteles explosivos.

Se sienta a mi lado divertida. A ella no parece afectarle.

—¿Y tú por qué parece que hayas bebido agua?

—Por eso mismo —responde con una sonrisa burlona. Pongo cara de no entender nada—. Yo no bebo alcohol, lo mío es agua con grosella. Toma. —Me da a probar su vaso y yo, todavía confundida por lo que acaba de decir, doy un sorbo.

En efecto, ese vaso no lleva alcohol. Me siento engañada.

—¿Y por qué el mío sí lleva?

—Yo no bebo, pero al parecer tú sí. —Ríe.

—¿No estarás embarazada, no? —Me cuesta creer que una chica de mi edad haya decidido no beber.

—Bien. Es la hora —dice tan tranquila, mientras se acomoda en el sofá.

—¿La hora? ¿La hora de qué? —La cabeza sigue dándome vueltas y no entiendo nada de lo que dice Sandra.

—De las confesiones.

¡Mierda! Lo tenía todo planeado. Ha querido emborracharme para sonsacarme información y soy consciente de que lo va a conseguir, con lo borracha que estoy...

—¿Por eso me has dado de beber? —le pregunto molesta e indignada.

Ella me mira con ojos tiernos y sonríe.

—En primer lugar, yo no te he obligado —tiene razón, no lo ha hecho— y, en segundo lugar, el alcohol a veces ayuda a hablar de según qué cosas. —Me coge de la mano y ese gesto me tranquiliza. Si por un momento he pensado que lo ha planificado todo con malicia, ahora sé que no.

Me relajo y anoto en la mente lo que voy a contar, o más bien, grabo a fuego lo que no quiero decirle.

—¡Pues, hora de confesiones! ¿Empiezas tú? —le digo.

—¿Qué quieres saber?

Lo pienso unos segundos.

—¿Por qué llegaste al centro? —le suelto. Llevo dándole vueltas a esa pregunta desde el día que la conocí, es decir, ayer.

Me mira sonriente y sé que no es la primera vez que lo cuenta, porque no está nerviosa, más bien, todo lo contrario.

—Digamos que nos encontró a mis hermanas y a mí una vecina en casa. Llevábamos dos días sin comer ni beber. Mi madre había sufrido una sobredosis de heroína y estaba inconsciente en el suelo.

Tapo la boca con la mano para que no salga la interjección de «oh», aun así, no puedo evitarlo. ¡Qué horror!

—¿Y todavía recuerdas ese día?

Borra la sonrisa de su rostro y agacha la cabeza, con los ojos fijos en el suelo.

—Sí, recuerdo que lloré horas y horas y cuando entendí que nadie me escuchaba, nos acurrucamos junto a ella hasta que nos encontró la vecina. Suerte que tenía llaves de mi casa y, cada cierto tiempo, pasaba a ver cómo estábamos, si no... —Noto el dolor en sus palabras y se me encoge el corazón.

Me cae alguna lágrima por la mejilla, creo que el alcohol en mi organismo hace que se alteren mis emociones más de la cuenta.

—¿Y tu padre?

—Mi padre es un borracho que no puede ni cuidarse él mismo. No era una opción para que se encargara de nosotras.

—¡Vaya! Lo siento —balbuceo entre sollozos.

Una madre drogadicta y un padre alcohólico. ¡Menuda familia!

Ahora entiendo por qué no bebe alcohol.

Y entonces, me sonríe.

—¿Y qué me dices de ti?

Es mi turno y no sé qué voy a decirle. Todavía no me encuentro preparada para hablar de lo ocurrido, pero le debo algo. Ella ha desnudado su alma ante mí y creo que merece alguna verdad. Pienso con detenimiento la respuesta y le suelto:

—Mi madre falleció y mi padre me abandonó. No tenía a nadie más que pudiera hacerse cargo de mí. Por eso acabé en el centro.

Es una verdad a medias, pero no le doy más detalles.

—Tengo una pregunta más que hacerte. —Parece que no se ha quedado conforme con lo que le he contado.

—¡Dispara! —intento quitar hierro al asunto.

—La pesadilla de ayer, ¿tiene algo que ver?

No esperaba esa pregunta, mas la contesto:

—Sí, es recurrente. Suelo tenerlas con frecuencia.

Asiente conforme. Suerte que no me ha preguntado qué es lo que pasa en esos sueños, porque no me gusta mentirle y tampoco quiero que sepa la verdad.

—¡Se acabó la noche de chicas!

—¡Sí! Estoy muerta.

—Y borracha —se burla.

—Eso también —contesto divertida.

Aquella noche no tuve ninguna pesadilla, más bien, ni soñé. Cogí la cama y, en cuanto la cabeza rozó la almohada, me dormí.

Capítulo 3

—Vístete, que hoy salimos —me ordena muy animada Sandra al entrar al salón.

Han pasado varias semanas desde que llegué y la confianza entre Sandra y yo es admirable. Nos hemos vuelto inseparables, aunque entre las clases que ya han comenzado y el nuevo trabajo en el restaurante, nos veamos más bien poco.

Me da pereza. Llevo toda la tarde tumbada en el sofá, viendo una serie de Netflix, y es demasiado interesante como para irme y dejarla a medias.

—Hoy no me apetece. Ve tú —le contesto con indiferencia.

Se coloca entre la televisión y yo con los brazos en forma de jarra.

—¡Ah, no! Tienes que venir, con lo que me ha costado convencer a Carlos.

—Ese es tu problema, yo no te pedí que convencieras a nadie. —Me pongo seria, no me gustan los chantajes.

Se sienta a mi lado y comienza a hacer pucheros.

—Por fi… Nos van a llevar a un sitio en el que seguro que nunca has estado y, que además, es muy difícil conseguir entradas —insiste.

—¿Nos? ¿Quiénes exactamente? —le pregunto con curiosidad.

—Un amigo de Carlos y él.

—¿Así que me has preparado una cita a ciegas? —le recrimino—. Mi respuesta es un no rotundo. —La aparto despacio y continúo con la serie.

—¡Joder, Nadia! Tienes que socializar un poquito, ¿sabes? —exclama algo indignada—. Además, un buen revolcón no te vendría nada mal —susurra por lo bajo, lo justo para que la oiga.

Y la he escuchado. Le lanzo un cojín y, con la puntería que tengo, le doy en toda la cara. Se queja, pero al mismo tiempo se ríe.

¿Cuánto hace que no estoy con un chico? Creo que desde que entré en el centro no me he acercado a ninguno de una manera romántica. Ya escarmenté con mi última relación, y no me trae buenos recuerdos. Prefiero no conocer a nadie, por el ahora.

—¿Y tú qué sabes si he estado con alguien o no? —le suelto para despistar.

Corre y se sienta en el sofá.

—¿Con quién? ¡No me lo has contado!

Río a carcajadas. Es muy chafardera y cualquier cotilleo le hace perder la cordura.

—No juegues con eso. —Ríe—. Porfa… te necesito. Esos dos seguro que se ponen a hablar de sus cosas y me dejarán de lado.

Su petición me ablanda porque creo que tiene razón.

—¿Lo conoces? ¿Es de fiar?

Se alegra de que esté dando mi brazo a torcer.

—No, lo único que me ha contado Carlos es que lo conoció en el gimnasio. Ha llegado hace unas semanas, ¿sabes de dónde? —Le hago señas para que responda a su propia pregunta—. Es de Barcelona, como tú.

Me sorprende esa información, aunque me agrada la idea de conversar con alguien de mi tierra natal. Me animo y le doy una oportunidad a esa escapada improvisada.

—Está bien. Voy a cambiarme de ropa. ¿Me puedes decir dónde vamos? —Niega con la cabeza—. ¿Y qué se supone que debo ponerme si no sé dónde vamos?

Su sonrisa se amplía.

—Tú ponte guapa. —Me guiña el ojo misterioso y ahora sí que estoy convencida, a la par que intrigada.

Me pongo unos *shorts*, un top con escote no muy corto y me calzo unas deportivas blancas. Bajo al salón y Sandra me está esperando, como siempre, ella no pasa desapercibida con sus modelitos de lo más sexi.

—¿Eso es ponerte guapa?

Reviso el vestuario que llevo y levanto los hombros. Es mi estilo y no voy a dejar que nadie lo cambie. Prefiero ir cómoda y, a quien no le guste, que no mire.

—¿Vamos? —le pregunto para dar por zanjado el reproche.

—¿En serio vas a ir así? —Me mira asqueada y continúa—: Con lo guapa que tú eres y el poco partido que te sacas.

—No insistas, Sandra. Esta soy yo.

—Vale, de acuerdo. Pues no se hable más. ¡Vamos! —Coge mi brazo y camina hasta afuera divertida.

Carlos le ha llamado y nos espera en la entrada.

Veo al novio de mi amiga muy sonriente y, a su lado, un chico más alto que él, debe ser mi no-cita. Cuanto más nos acercamos a ellos, más visibilidad tengo y me doy cuenta de lo guapo y atractivo que es el amigo de Carlos.

Me saca al menos tres cabezas y es cuatro veces más corpulento que yo. Su cuerpo atlético me tiene anonadada.

Veo músculos por todos lados, aunque no demasiado exagerados. Su cara, de facciones muy marcadas, el tono bronceado de la piel y el cabello corto y moreno, lo hacen tremendamente irresistible. Ni qué decir, cuando clavo los ojos en los suyos. Son azules, de una tonalidad casi transparente que me deja noqueada por unos segundos.

Sandra se lanza a los brazos de su amado y lo besa delante de nosotros sin cortarse un pelo. Carlos no se queja y le deja hacer.

—Este es Tomi —nos presenta a su amigo una vez que ha dejado los labios de Sandra desocupados.

Mi amiga le da dos besos y yo hago lo mismo. Él no se inmuta. Si tiene algún defecto, sin duda, es que no presenta ni una pizca de alegría en su rostro. Es muy serio, tanto, que ni mi sonrisa más encantadora puede hacerle cambiar de expresión.

Entramos en el coche de Carlos. De copiloto se ha sentado Sandra, por lo que no me queda más remedio que acomodarme atrás, junto al grandullón.

No cruzamos ni una sola palabra en todo el camino. Tomi, que deduzco que es diminutivo de Tomás, no hace más que mirar por la ventana. Parece inquieto. Tiene un temblor incesante en la pierna derecha. Quizá es un tic, uno muy molesto que consigue ponerme nerviosa.

—¿Estás bien? —me atrevo a preguntarle.

Me mira confuso y con los ojos le señalo la pierna temblorosa.

—Sí, perdona, no puedo evitarlo —responde. De inmediato, vuelve a haber silencio entre nosotros y su única atención está al otro lado de la ventana.

El coche se detiene y Carlos confirma que hemos llegado. Solo espero que donde sea que vayamos no tengamos que hablar, porque si fuera por Tomi...

Salgo del coche y me sorprende el lugar, pues solo hay naves y fábricas. Sin duda, es una zona industrial a las afueras de Sevilla. No hay nadie en la calle y la luz escasea.

—¿Se puede saber dónde vamos? —le susurro a mi amiga.

—Es una sorpresa —obtengo como respuesta.

No sé por qué, pero me preocupo. Ese lugar me da mala espina y tengo la sensación de que algo —no muy bueno— va a ocurrir.

—¿Tienes miedo? —interviene Tomi con sorna.

—No, no tengo miedo, aunque me preocupa que nos metamos en algún lío —contesto rancia.

Para lo poco que habla, no me gusta el tono que ha utilizado. Se burla, ahora bien, lo que él no sabe es que, a pesar de ser una chica de tamaño más bien pequeño, no le temo a nada —o a casi nada—.

—No te preocupes, estando conmigo no te va a pasar nada.

Lo miro molesta por ese comentario. ¿De qué va?

—Gracias, pero puedo defenderme sola —le contesto y lo dejo con la palabra en la boca.

Caminamos unos cinco minutos. Los chicos hablan de tonterías, mientras Sandra y yo nos mantenemos algo apartadas. Si soy sincera, debo reconocer que estoy muy preocupada. No saber dónde vamos me mantiene en alerta y no dejo de observar, con precaución, los lugares por donde caminamos.

—Es aquí. —Oigo que dice Tomi.

Me sorprendo al ver dónde nos hemos detenido. Ante mí se presenta una nave industrial, con una puerta lo bastante grande para permitir el paso de vehículos. Por su deterioro, parece que está abandonada.

—¿Aquí? —pregunto desconcertada.

—Así es. Entremos.

Algo me dice que no debo entrar, sin embargo, Sandra me da pequeños empujoncitos y los pies caminan solos. Seguimos a Tomi muy de cerca, que nos conduce a un lateral de la nave. Nos encontramos con una puerta metálica que Tomi empuja: está abierta. No hay nadie que nos reciba. Me quedo atrás, por si necesito salir corriendo. Caminamos por un pasillo largo, estrecho y oscuro. Comienzo a escuchar sonidos que provienen del fondo, donde puedo ver a una persona al final del pasillo.

Llegamos a él, es un tipo enorme, con tatuajes por casi todo el cuerpo. Impone.

Hasta ese momento, no me he dado cuenta de que Tomi, que se encuentra hablando con quien parece el portero del lugar, lleva una bolsa colgada del hombro.

¿Para qué la quiere? ¿Qué hay en ella?

Mi cuerpo está en alerta continua.

El hombre nos deja pasar y entramos.

—¡No!

No puede ser cierto. No es una discoteca, como me había imaginado todo el tiempo. Hay multitud de personas que rodean varios tatamis con cuerdas improvisadas a los lados. En el centro, unos luchadores boxean con la furia de quien se juega la vida en cada golpe. El olor a sangre fresca se instala en mis fosas nasales, el sonido de los golpes se clava en mi mente y me llegan recuerdos que creía tener olvidados.

El aire desaparece de mis pulmones. Intento inhalar, pero es como si respirara por una pajita aplastada. Mi visión se estrecha; los rostros alrededor se vuelven manchas borrosas.

Quiero salir corriendo, sin embargo, mis piernas no responden. Noto un temblor que empieza en mis manos y se extiende igual que un seísmo por todo mi cuerpo. Las rodillas me fallan. Estoy paralizada por completo.

El pecho me arde, un dolor agudo, como si alguien me clavara un puñal entre las costillas. Las manos se me entumecen, los dedos se arquean por sí solos.

Noto una mano ajena en el brazo.

—¡Eh! ¿Estás bien? —Carlos me mira preocupado.

Pero no puedo contestar. Mi lengua está pegada al paladar y la garganta, seca, semejante al papel. Solo puedo jadear igual que un pez fuera del agua.

—¡Joder, tío! Te dije que no trajeras a ninguna blandengue —gruñe Tomi.

Tomi es un verdadero capullo. No puede entender lo que significa esto para mí. Sandra llega en mi auxilio.

—¿Nadia? ¿Qué ocurre? —Nuestros ojos se encuentran y ella lo capta de inmediato—. ¡No! ¡Mierda! Lo siento.

Parece que ha sacado sus propias conclusiones. Sin perder tiempo, da órdenes.

—Carlos, ve a por el coche. Y tú, musculitos, cógela y sácala de aquí.

Quiero gritarles que no, que no me toquen, sin embargo, sigo muda. Los temblores se intensifican y un sudor frío me empapa la espalda.

—¿Qué? No puedo. Tengo que entrar, soy el próximo en pelear —protesta Tomi.

Sus palabras me atraviesan como una bala. ¿Él también es boxeador? Tengo que alejarme. De él. De esto. De todo.

—¡Pues ya puedes espabilar y correr con ella! —le ordena Sandra tajante.

No le veo la cara, pero sé que está enfadado, con la situación y quizá conmigo. Me alza en brazos como si fuera una pluma. El contacto me hace temblar aún más. Cada paso que da es un latido que retumba en mi cabeza.

Me mete en el coche. Sigo sin tener control de mi cuerpo y con la mirada perdida, fija en un punto invisible del asiento delantero.

—Tengo que ir adentro, lo siento —dice Tomi al cerrar la puerta.

—Vale, tío. Después te llamo y, si no encuentras quién te traiga de vuelta, voy por ti —responde Carlos antes de chocar la mano con él y desaparecer.

Sandra se mete en la parte trasera conmigo.

—¿Está bien? —pregunta Carlos, mirando por el retrovisor.

—No lo sé, no responde. —Sandra mueve la mano delante de mi cara, aunque ni siquiera puedo parpadear. Hasta mis ojos han

olvidado cómo hacerlo. Sé que esto es pánico, un ataque real. Ya no recordaba lo que se sentía.

—¿Vamos al hospital? —Carlos está muy nervioso; nunca ha visto algo así.

Sandra, por suerte, mantiene la calma.

—¡No! Vamos a casa. Creo que le ha dado un ataque de pánico. Solo necesita descansar.

Gracias, Sandra. ¿Qué haría yo sin ti?

—¿Y por qué le ha venido?

—No lo sé, algo me hace pensar que tiene que ver con su pasado.

—¿Su padre le pegaba o algo? —pregunta, intrigado.

—¡No lo sé! Pero, si está relacionado, debe ser mucho más grave que unas simples palizas.

—¿Vosotras no habláis o qué?

—Sí, pero hay cosas que son difíciles de contar. Cada una lleva el trauma a su manera y Nadia no quiere hablar. Lo único que pude sonsacarle es que su madre está muerta y que su padre la abandonó. Pero sé que hay algo más detrás de eso.

Qué lista es Sandra. Me apena no haberle contado todo, algún día lo haré.

—¡Espera! —exclama Carlos—. ¿Te dijo de qué murió su madre?

—No, y deja de pensar cosas raras. Solo ella sabe la verdad y es su verdad. Si Nadia quiere, lo contará y, si no, me va a
tener para lo que necesite.

Capítulo 4

Me despierto sudada, con el corazón todavía galopando dentro de mi pecho. Las imágenes del combate, de los golpes y de aquella sangre en el tatami, siguen atrapadas en mi mente igual que un mal sueño. Tardo unos segundos en recordar dónde estoy. La luz tenue que se filtra por las persianas me dice que es de día, ahora bien, mi cuerpo se siente como si hubiese corrido una maratón.

Comienzo a recordar poco a poco lo sucedido la noche anterior. El club clandestino de boxeo, las peleas, el olor a sangre y… Tomi es boxeador. Un escalofrío recorre toda mi médula espinal. Vuelve a mi memoria la imagen de Claudio, mi exnovio. Él también era boxeador, uno violento y agresivo. Todo lo que pasé con él —que no fue poco — llega a mí como un torbellino de emociones. No. Debo alejarme de todo eso, no me gustaría tropezar dos veces con la misma piedra.

Sandra está sentada a mi lado, medio dormida en una postura imposible. Su respiración tranquila me da algo de calma. Me incorporo despacio, el temblor aún está en mis dedos, aunque ya no es tan fuerte. Tomo una bocanada de aire profundo, tal y como me enseñaron en terapia, y cuento hasta cuatro. Luego exhalo y cuento hasta seis. Repetirlo tres veces me ayuda a sentir que vuelvo a tener algo de control.

—¿Nadia? —la voz somnolienta de Sandra rompe el silencio—. ¿Estás mejor?

Asiento con la cabeza, aunque no estoy segura de que sea verdad.

—Lo siento. No quería armar un escándalo anoche.

Sandra se despereza y me mira con esos ojos llenos de comprensión que siempre me desarman.

—No digas tonterías. Lo importante es que estés bien. ¿Te apetece un café? —pregunta mientras se levanta.

—Sí, gracias, y no lo digo solo por el café.

Apoya sus manos sobre la mía y me mira con ojos tiernos.

—Somos amigas, ¿no?

Oír que me considera su amiga me reconforta. Nunca he tenido una de verdad y me siento afortunada. No encuentro la manera de agradecerle todo lo que está haciendo por mí.

A media mañana, se presenta Carlos en casa, como siempre, muy sonriente y enamorado de Sandra. Me alegra verla tan feliz, se lo merece.

—¿Te vienes? —me pregunta Carlos cuando está a punto de marcharse con mi amiga.

Me extraña que no haya sido ella quien me invite, pues siempre cuenta conmigo para todo.

—¿A dónde?

—Vamos a dar una vuelta por el centro. Voy a enseñarle a Tomi la ciudad.

Al escuchar el nombre de ese idiota, se me cambia la expresión de la cara.

—Con ese indeseable no pienso ir ni a la vuelta de la esquina —le respondo exaltada.

—¡Ves! Te lo dije —le suelta Sandra.

Espero que hubiera recibido su merecido en la pelea. Tengo curiosidad por saber cómo le fue, solo que no pienso preguntar nada a Carlos. Además, necesito alejarme de todo eso y Tomi forma parte de ese pack.

—Pero Nadia, dale una oportunidad. Es un buen chico, de verdad —insiste el novio de Sandra, al que ya considero un amigo.

—¿Buen chico? ¿Ese? Ya me dirás dónde le ves eso, porque ese día no se portó muy bien, que digamos.

Y, aunque su comportamiento fue pésimo, mis razones no son solo por eso.

Carlos se coloca frente a mí para mantener una conversación más seria.

—Estaba nervioso. Era su primer combate y le costó mucho conseguir la pelea —dice, apiadándose de su amigo.

¿Su primer combate? Comprendo sus nervios, mas no entiendo el comportamiento hacia mí. Vio que había sufrido un ataque de pánico

severo y lo único que le interesó fue el dichoso combate.

—¡He dicho que no!

—Déjala ya —le pide Sandra, mientras lo arrastra a la salida.

Por fin se marchan y me quedo con la sensación de «¿qué voy a hacer hoy?». Es domingo y el tiempo acompaña. Además, es el único día de fiesta del que dispongo.

Hace dos semanas que empecé a trabajar en un restaurante, con el turno de tarde, bueno, medio turno de tarde. Si quiero compaginar la carrera con el trabajo, no puedo dedicarle mucho más tiempo. Así que de dos a seis de la tarde de lunes a sábado soy camarera.

Me siento en el sofá y pongo una serie. Miro hacia la ventana y ver el sol deslumbrante me anima a salir. En realidad, me gustaba la idea de hacer turismo por Sevilla, porque desde que he llegado, apenas he dedicado tiempo a conocer la capital, salvo que no con ese indeseable.

Sí, haré turismo por mi cuenta.

Me visto con lo primero que encuentro en el armario. Voy directa a la parada de autobuses y espero un largo rato a que aparezca alguno. Subo en el primero que llega, que sé que me lleva al centro, y me acomodo en los asientos de atrás.

Una hora después ya estoy entre las calles principales de la ciudad y comienzo a caminar. Me encanta Sevilla y, como dice la canción, tiene un color especial.

Después de casi una hora de camino, el tiempo ha cambiado. De un sol deslumbrante ha pasado a haber nubarrones oscuros que no tienen buena pinta. Tengo que marcharme de aquí si no quiero que la tormenta, que parece estar por venir, me sorprenda.

Corro de nuevo hasta la parada de autobuses y, antes de llegar, comienza a llover a mares. Tengo que refugiarme entre balcones y se hace imposible continuar.

Espero y espero, no parece que vaya a dejar de llover. ¿Qué hago yo ahora? Pienso en llamar a un taxi, mas no tengo suficiente dinero. No me queda más remedio que llamar a Sandra, ya que han venido en coche.

—¿Sandra?

—No, ella no puede ponerse. —Esa voz me pone los pelos de punta. No es Carlos, es su amigo Tomi.

—Es una urgencia —insisto.

—Está ocupada. ¿Quieres que le diga algo?

—No. —Lo pienso mejor—. Bueno, sí. Está lloviendo mucho y no tengo cómo volver a casa. Dile que le envío la ubicación.

No le doy tiempo a contestar, antes de que diga una palabra, le cuelgo. No me apetece en absoluto escuchar su voz. El móvil suena y sé que es él, por lo que no lo cojo. Prefiero esperar todo lo que haga falta a que llegue Carlos con el coche.

Le mando la ubicación al móvil de Sandra y me pongo de espaldas a una fachada, debajo de un amplio balcón para resguardarme de la intensa lluvia.

De nuevo, espero más de una hora. Noto el frío en el cuerpo y comienzo a temblar. Llamo en numerosas ocasiones a mi amiga y no contesta. Estoy a punto de marcharme a buscar el autobús, aunque quede empapada, porque no veo que Carlos y Sandra vengan a rescatarme. De repente, oigo el sonido de un claxon detrás de mí. Lo reconozco, me doy la vuelta y, como esperaba, es el coche de Carlos. Corro en su dirección y noto cada gota en mi cuerpo. Abro la puerta de atrás.

—Menos mal que habéis venido —digo sin mirar, mientras me coloco el cinturón.

—¿Quieres que vaya de taxista?

Cuando me doy cuenta, veo que el conductor no es mi amigo, tampoco está Sandra.

—¿Tú? ¿Qué haces aquí?

No pienso subirme en el coche con él, así que me quito el cinturón y me dispongo a salir.

—¿Prefieres mojarte antes de que te lleve con tus amigos?

La primera respuesta que se me pasa por la cabeza es un sí rotundo, sin embargo, lo pienso mejor. No tengo que hablar con él y tengo frío.

—¿Dónde están?

Me mira divertido y contesta:

—Haciendo una tontería.

—¿Cómo?

—Se están tatuando.

Me sorprende la respuesta, Sandra no me había comentado que quería hacerse un tatuaje.

—Llévame donde ellos —le ordeno.

—Tú mandas. ¿Vienes al asiento delantero o me vas a llevar de taxista?

Lo pienso y, por un instante, quiero quedarme donde estoy para no tener que verle y escucharle, aunque me da pena y me acomodo en el asiento delantero.

—¿Se puede saber qué se están tatuando? —comienzo el interrogatorio para romper el silencio que se ha creado entre nosotros.

Me mira y sonríe. Ha entendido la ofrenda de paz.

—No tengo ni idea ni he querido preguntar. Es cosa de ellos —contesta concentrado en la carretera. La lluvia golpea con fuerza y casi es imposible ver nada.

—¡Estos están muy locos! A ver con qué nos salen.

Llegamos, estacionamos en un parking de pago, pues es imposible encontrar aparcamiento. Tomi se quita el cinturón y empieza a hacer movimientos extraños, hasta que me doy cuenta de que se está quitando la sudadera y deja el cuerpo al descubierto.

—¿Se puede saber qué haces? —reacciono alarmada a la par que vergonzosa por los admirables abdominales que le han asomado.

—No querrás coger una pulmonía, ¿no? —dice al mismo tiempo que me entrega la sudadera—. Estás empapada.

No me esperaba ese gesto de él y tiene razón. Estoy calada hasta los huesos y seguro que se ha dado cuenta de mis temblores durante el viaje.

—¿Y tú?

—Tengo una camiseta de repuesto. —Se gira en busca de una mochila y coge una limpia.

Cedo y la acepto.

—No mires —le ordeno mientras logro despegarme la camiseta empapada.

—Tranquila, no voy a ver nada que no haya visto antes —se burla, pero enseguida, se da la vuelta.

Frunzo el ceño por su comentario oportunista, aunque sé que tiene razón. Con seguridad, ha visto más pechos femeninos que yo.

—Ya puedes mirar.

Se da la vuelta y me sonríe con picardía.

—¿Lista?

Asiento. Bajamos del coche y le sigo unas dos calles más arriba, bajo los balcones para no mojarnos más de lo necesario. No dejo de pensar en qué se habrán tatuado aquellos dos. Sandra no me ha comentado que quería hacerse uno.

—¿Se puede saber en qué piensas? —La voz de Tomi me aleja de los pensamientos.

—Pues es que Sandra no me había dicho que quería hacerse un tatuaje.

—¿Y eres su madre o qué? —Su arrogancia no tiene límites. Mira que habíamos firmado una pequeña tregua, pero con él es imposible cumplirla.

Le echo una mirada desafiante y decido no hacerle caso, porque ya estamos delante de lo que parece un estudio de tattoos. Sin decir nada, entro y no espero a que me siga.

—¿Sandra? —La veo sentada de espaldas a mí. La reconozco de inmediato.

Se gira y me sonríe.

—¡Nadia! Tienes que ver esto —me dice, mientras hace señas para que vaya hasta allí.

Me aproximo y muy contenta me enseña su dibujo. Es un corazón hecho con el nombre de Carlos. Me pongo las manos sobre la cabeza alarmada.

—¡Pero si apenas lo conoces! —le recrimino.

Cambia la expresión de su cara y me doy cuenta de que la he chafado.

—Pero yo le quiero —dice con la boca pequeña.

—Y yo a ella —salta Carlos desde el otro extremo—. Mira el mío. —Me enseña su antebrazo y tiene el mismo dibujo, solo que con el nombre de Sandra.

Niego con la cabeza en silencio.

¿Tatuarse el nombre de un chico del que apenas conoces? Si solo llevan un año saliendo.

Veo la cara de Sandra y me siento culpable, así que intento arreglarlo:

—Yo jamás me tatuaría el nombre de un chico, es superbonito.

—¿En serio? ¿Te gusta? —Ya vuelve a ser la misma Sandra y me alegra verla de nuevo sonreír.

—Sí, es precioso, además de fino.

—¿Y tú? ¿Tienes alguno? —Aparece Tomi de repente.

Ya me había olvidado de él.

—Sí, llevo uno —le contesto con indiferencia.

—¿Y qué es? —pregunta curioso.

—A ti no te importa.

Soy seca y algo borde, pero es que, ¿a él qué le importa?

—Es solo curiosidad, princesa. A mí me encantan y no te imaginaba con ninguno.

¿Me acaba de llamar princesa? ¿Quién se ha creído?

—Te vas a meter en un lío —interviene Sandra, canturreando.

—¿Por qué? ¿Qué he dicho? —Me mira confuso a la par que divertido.

—No vuelvas a llamarme princesa —le espeto, seria y tajante.

Se queda extrañado y lo comprendo, pero él me llamaba así y me trae malos recuerdos. Es mejor dejar las cosas claras desde el principio.

—No preguntes —salta Sandra, que sabe algo de la historia porque en una noche de copas nos dio por contarnos intimidades; aunque no conoce toda la verdad.

Tomi encoge los hombros con indiferencia y vuelve a preguntar:

—Ok, pero ¿vas a enseñarme el tatuaje o no? —Reconozco que su sonrisa es irresistible y me cuesta negárselo, aun así, todavía no es persona de confianza y tampoco lo entendería. Además, no estoy dispuesta a explicarle su significado. Nadie lo sabe, incluida Sandra.

—No, es algo personal —le contesto y cambio de tema—: ¿Os queda mucho para terminar?

Sandra me mira divertida por cómo me he librado de Tomi.

—Me falta uno que quiero hacerme —dice mi amiga, mientras se acomoda de nuevo en la camilla, esta vez boca abajo. Se levanta la camiseta y deja al descubierto la espalda.

—Carlos, ¿puedes llevarme a casa?

Me mira, después a Sandra para pedir su aprobación y la muy… le hace pucheros.

—Tomi, ¿puedes acercarla tú? —le pregunta esperanzado.

—Da igual, ya cojo el autobús —contesto a regañadientes.

No tengo ganas de pasar más tiempo con él, me enerva y no me cae demasiado bien.

—A mí no me importa, no tengo nada que hacer —dice Tomi como si nada—. Además, la parada de autobús más cercana está a 15 minutos y con lo que está cayendo...

Lo pienso y no me apetece en absoluto volver a mojarme. Al fin, acepto, muy a mi pesar.

Capítulo 5

—Creo que hemos empezado con mal pie —me dice serio, sin apenas desviar la mirada de la carretera.

Lo miro de reojo y se me ocurren un millón de respuestas rudas y cortantes, con todo y eso, lo pienso mejor y siento que quiere firmar una tregua.

—Sí, así es.

—¿Y si empezamos de nuevo? —Gira un poco la cara hacia mí y puedo ver una diminuta sonrisa en sus labios—. La verdad, el día que te conocí fue mi primera pelea y estaba muy nervioso.

Todavía tengo muy presente el recuerdo amargo de esa noche, con todo y eso decido dar una oportunidad a esta relación. Si quiero continuar compartiendo tiempo con Sandra y Carlos, él va en el mismo pack —por desgracia para mí—.

—De acuerdo, empecemos de nuevo, entonces —suelto con algo de indiferencia—. Espero no equivocarme. —Aunque lo he pensado, sin querer lo he dicho en voz alta.

—No lo harás.

Su seguridad me desconcierta. Lo miro de reojo y me pregunto si de verdad cree en lo que dice o solo intenta ser encantador. Pero claro, encantador y Tomi no parecen ir en la misma frase.

Conducimos hasta mi casa. Él conoce el camino a la perfección, pues ni me ha preguntado una sola vez. Lleva menos tiempo que yo en Sevilla y sabe orientarse mucho mejor. Sonrío para mis adentros y pienso en lo desastre que soy al volante. No tanto por la forma de conducir, sino por mi pésimo sentido de la orientación. ¡Gracias a quien inventó el GPS o Google Maps!

—¿De qué te ríes? —interrumpe mis pensamientos Tomi.

—De nada, de nada —río por lo bajo.

—¿He hecho algo que te haga gracia? —insiste descolocado.

Levanto una ceja. ¿Por qué se cree el centro del universo? Quiero decírselo, no obstante, me contengo. No quiero que esta tregua se acabe antes de empezar.

Recuerdo que hemos firmado la paz y le contesto:

—Estaba pensando en lo bien que te orientas y que yo ya estaría perdida —le confieso algo avergonzada.

Sonríe.

—He recorrido cada rincón de Sevilla, de día y de noche desde que llegué, por eso conozco la ciudad como la palma de mi mano.

¿Por qué tanto interés?

—¿Y eso? —pregunto interesada.

Cambia la expresión de su cara y se pone serio y rígido.

—Por cosas mías —responde de manera seca y cortante.

Vuelve a cerrarse en banda y se transforma en el mismo chico que conocí. Con todo y eso, no pienso dar mi brazo a torcer.

—¿Qué es lo que te parece interesante de la ciudad?

Me observa un instante, baja la guardia y se relaja.

—Clubs clandestinos de boxeo —contesta expectativo por saber lo que pienso ahora mismo.

Mi cabeza quiere huir de esta conversación, aunque en el fondo estoy muy interesada en saber más.

—¿Y has encontrado muchos?

—Unos cuantos, pero a ti no te interesan, ¿no?

Quiero decirle que está equivocado, no obstante, debo alejarme de todo eso, incluso de él.

—No, no me interesa, era por hablar de algo —miento.

Vuelve a girar la cara en mi dirección. Por unos segundos, sus ojos azul cielo se clavan en los míos, hasta que no aguanto más y los desvío con disimulo. Salvo que hay algo en su mirada, algo que me retiene. No es solo interés. Es intensidad. Es como si pudiera ver a través de mí, como si supiera que acabo de mentir con total descaro.

—Entiendo. Pues, aunque no te interese, ahí hay uno escondido. —Señala una calle muy estrecha.

—Ya estamos llegando —suelto para cambiar de tema.

—Sí, ¿te apetece tomar algo por tu pueblo? Hasta que me llame Carlos, tengo tiempo.

Me tomo mi tiempo para pensarlo. Sé que no es una buena idea, pero una parte de mí necesita que nos llevemos bien por mi amiga.

—Está bien, solo que todavía no conozco demasiado los lugares. —Pienso—. Creo que allí hay uno que siempre está lleno, eso quiere decir que a la gente le gusta, ¿no? —Sonrío a propósito y provoco que él lo haga también.

Aparcamos justo en la puerta y, como le he dicho, la cafetería está a reventar. El bullicio, el aroma a café recién hecho, las risas que llenan el ambiente... Todo me transmite una sensación extrañamente reconfortante.

—Bonito lugar —dice Tomi, mientras observa la decoración de las paredes.

Suerte que a lo lejos veo una mesa libre y voy a paso ligero para sentarnos antes de que lo hagan otros.

Tomamos asiento y, por primera vez, noto que estamos relajados. Sin pullas, sin sarcasmos. Casi podría decir que es agradable.

Estaba tan ensimismada por agarrar la mesa que ni me he fijado. Tiene razón. El lugar es precioso. El color de las paredes es de un tono canela con cuadros de todos los tamaños con dibujos llamativos y coloridos.

—Sí, es muy acogedor —le contesto mientras admiro el lugar.

Pedimos un par de cafés con leche y no puedo resistirme a darme un caprichito con uno de los pastelitos del mostrador. No sé cuál escoger; todos tienen buena pinta y se me hace la boca agua.

—¿Vas a decidirte o no? —pregunta impaciente mi nuevo amigo.

Lo miro con reproche y cambio el gesto de mi cara como si fuera una niña.

—Es que no lo sé. ¿El de crema? No. ¿El pastel de queso? ¡Ay, qué dilema!

Tomi suelta una carcajada. Una real. No una sonrisa torcida, no una media mueca burlona. Una carcajada de verdad. Y algo dentro de mí se agita.

—¿Te parece que cojamos uno cada uno y los compartamos? —me dice para calmar mi indecisión.

No lo dudo y acepto de inmediato.

No pasan ni cinco minutos, cuando ya tenemos sobre la mesa los deliciosos pastelitos. Miro el queso, el de crema, después el de chocolate y se me hace la boca agua.

—No sé por cuál comenzar.

—Yo sí —responde Tomi con total tranquilidad mientras le da un bocado al de chocolate.

Lo miro cómo se deleita con ese manjar. Mastica despacio con los ojos cerrados, mientras hace ruiditos exagerados. Y yo no puedo dejar de mirarlo.

Quiero probarlo ya y sentir lo que él está experimentando. Alargo el brazo para coger la otra mitad que queda en el plato y cuando estoy a punto de alcanzarlo, Tomi se adelanta y lo roba delante de mis narices y se lo mete en la boca.

—¡No! —Un grito estremecedor sale de mi boca y hace que todos los que están en el lugar se giren para mirar qué ha pasado.

Me muero de la vergüenza mientras observo una sonrisa traviesa en el rostro de Tomi.

—Tienes que ser más rápida —dice en tono burlón.

Lo miro con ojos desafiantes y le respondo:

—Habíamos quedado en que los compartiríamos.

—Pero estaba tan bueno que no he podido resistirme —se burla de mí.

Hago caso omiso y cojo el de crema, que me lo zampo en un momento. Con el mosqueo que llevo, no he logrado conseguir deleitarme con el sabor, aun así, lo he disfrutado.

—Bueno, tengo cosas que hacer —digo, mientras me levanto de la silla despacio.

—Está bien, para compensarte, te invito yo.

—No hace falta —respondo malhumorada.

—Insisto —responde divertido.

Al final, acepto su ofrecimiento y me dirijo a la puerta. No sé si esperarle o comenzar a caminar. La casa no se encuentra muy lejos y puedo llegar andando.

—¡Espera! —grita Tomi. Me doy la vuelta y lo veo con una amplia sonrisa. Ahora mismo le estamparía algo para borrarle esa sonrisa, pero alarga el brazo y me da un pequeño paquete—. Esto es para ti.

Lo cojo con las manos temblorosas. Es una caja pequeña con envoltorio de la misma cafetería. Tengo la intuición de qué puede ser, aun así, mi cabeza me dice que lo compruebe.

Abro por una esquina la caja y... ¡Oh! ¡Es un pastel de chocolate igualito al que se comió!

Comienzo a dar saltos de alegría y, sin darme cuenta, abrazo a Tomi. Sigo con mi entusiasmo hasta que mi cerebro nota unos brazos grandes y fuertes. Me aparto de inmediato y no sé qué hago con los pies que tropiezo con los de él y pierdo el equilibrio. Con todo y eso, no me caigo, esos brazos grandes y fuertes me agarran con contundencia. Y nos miramos. Se crea «esa situación», donde el tiempo se detiene y hay una corta distancia entre nosotros. Puedo sentir el aroma de su perfume, noto hasta los latidos rápidos de su corazón y no puedo hacer otra cosa que sonrojarme.

Me separo poco a poco de él como si no existiera ese momento que acaba de ocurrir.

—¡Gracias por el pastel! —le grito cuando comienzo a andar rápido sin mirar atrás para ocultar mis mejillas coloradas.

—¡Nadia! ¡Espera! ¡Ya te llevo yo!

—¡No hace falta! ¡Hay que bajar lo que hemos comido! —le respondo ya a casi 10 metros de distancia.

Y me voy a casa, confundida.

Capítulo 6

¿Qué acaba de ocurrir? ¡No puede ser! No puede ser que sienta algo por ese arrogante y engreído. Lo que acaba de provocarme ese abrazo no lo sentía desde hacía tiempo. ¡No! Por el bien de todos tengo que olvidarme de mis pensamientos, no es bueno para mí, prometí que iba a alejarme de ese mundo y no puedo enamorarme de un boxeador. Otra vez, no.

El resto de la tarde transcurre con normalidad, salvo por el extraño comportamiento que tiene mi amiga conmigo. Cada vez que me ve, pienso que va a decirme algo, no obstante, parece que se arrepiente y sale despavorida de donde estoy.

Cuando vuelve a hacerlo por quinta vez, me canso y le grito:

—¿Qué quieres? Me estás poniendo nerviosa.

Sonríe con malicia y se acerca despacio a mí. No me da buena espina; algo trama.

—Esta noche salimos.

—Sí, no lo he olvidado. ¿Y qué pasa? ¿No te apetece? ¿Quieres dejarlo para otro día? —le pregunto con la esperanza de que no lo anule.

Tengo muchas ganas de salir a bailar y tomar algo. Después del día de ayer, necesito quitarme el mal sabor de boca, y salir con Sandra siempre es una buena opción.

—Pues… que he invitado a Carlos.

—¿Y qué problema hay? Ya sabes que adoro a tu novio. Si hubieras invitado a su queridísimo amigo, sería otra cosa. —Veo el cambio de expresión en la cara de mi amiga—. Porque… no lo habrás invitado, ¿no?

No me apetece en absoluto verle la cara de nuevo. No sé si por vergüenza debido al espectáculo que di o por la poca sensibilidad que demostró la otra noche. O porque empiezo a sentir cosas que no debería.

—Yo no le he invitado—. Suspiro aliviada—. Pero Carlos, sí.

—Pues siento decirte que yo no voy. Me niego a ver de nuevo a ese…

—Nadia, podrías darle otra oportunidad. No es un mal chico, de verdad. Además, la cita que te he preparado no es con él.

Dejo lo que estoy haciendo y la miro confundida.

—¿Cita? ¿Qué cita? —Conozco a Sandra y sé que no trama nada bueno; su sonrisa lo confirma.

—Pues Carlos y yo te hemos preparado una cita —dice, mientras se ríe por lo bajo.

—¡Ah, no! ¡Ni hablar! No quiero citas —le respondo de mal humor.

—Jo, Nadia. Te hemos buscado a un amigo de Carlos, es muy simpático y está buenísimo.

Entonces caigo en la cuenta.

—¿Y Tomi qué pinta? —Si la cita es para mí y no es con Tomi, ¿qué demonios pinta él?

—A Tomi le hemos encontrado otra cita. Como vosotros no os lleváis bien… —Me lanza una mirada extraña—. Porque no os lleváis bien, ¿no?

—¡No!

—Pues por eso. Os hemos buscado una pareja a cada uno —responde todavía nerviosa por mi reacción.

—¿Por qué tenéis que liarme con alguien? Si estoy muy bien soltera —me quejo.

—Para salir en pareja. No me malinterpretes, me encanta salir contigo y Carlos, pero siempre estoy preocupada por si te dejo sola para ir con él. Si congeniaras con Damián, podríamos salir los cuatro.

En eso tiene algo de razón. Cada vez que salimos y nos acompaña Carlos, noto cómo mi amiga está demasiado pendiente de mí.

—No estoy de acuerdo con que lo hayas hecho a mis espaldas, aunque está bien. No te prometo nada y pienso ir con la intención de hacerme amiga de él, nada más.

—Y quizás te guste —suelta divertida.

—Como sigas así, no voy —le recrimino.

—Vale, vale, no insisto. A ver si tenemos más suerte con Tomi.

Al oír su nombre, me acuerdo de que él también va a una cita.

—¿Quién es ella? ¿La conozco? —le pregunto intrigada por saber quién será la «afortunada» que quedará con él.

—Lidia, la de tercero. ¿Sabes quién te digo?

Hago memoria, y sí, sé quién es. Una ola de celos me invade. Lidia es guapísima, de esas chicas que, cuando la ves pasar, tienes que girarte para admirarla. ¿Pero por qué siento esto? Que ella se lo quede, porque yo no lo quiero.

Saber que vamos a tener una cita a tres y que Tomi va a estar ahí con una mujer, me pone de los nervios. Es un sentimiento contradictorio, puesto que yo he decidido no querer conocerlo más, aun así, algo dentro de mí, al parecer, piensa todo lo contrario.

—Sandra, ¿me dejas el vestido negro de escote? —le grito desde la habitación, después de desordenarla, mientras busco algo que ponerme.

Oigo sus pasos corriendo por el pasillo y se planta en la puerta con el vestido en la mano.

—¿En serio? ¿Quieres ponerte este vestido?

—¿Y por qué no? —le digo con indiferencia, aunque sé por qué lo pregunta.

—Te recuerdo que hace dos findes te dije que te lo pusieras y tu respuesta fue: «¿Dónde voy con eso? Si no cubre nada». Y algo más que ya no recuerdo.

Es cierto, solo que hoy quiero destacar, que Tomi se interese por mí, bueno, no. ¡Ay, no sé ni lo que quiero! Sin embargo, una cosa sí tengo clara: esta noche quiero dar lo mejor de mí.

—No me acuerdo de eso —le contesto y le arrebato el vestido de las manos, dando por terminada la conversación.

Me tomo un buen rato para arreglarme a conciencia. No recuerdo la última vez que tardé tanto en ponerme decente para salir, aun así, el resultado es perfecto. Enseguida, llega mi amiga Sandra a la habitación.

—¡Ay, nena! ¡Qué poco arte tienes! Trae para acá eso. —Me quita las planchas del pelo de la mano.

No sé qué tendrá Sandra en las manos, pero con el cabello hace maravillas. Después de media hora, mi pelo no está liso, tampoco rizado. Luzco unas preciosas ondas perfectas.

Al parecer, el maquillaje tampoco es de su agrado. Limpia todo lo que tanto tiempo me ha costado y comienza a ponerme líquidos por todas partes. Coge brochas y paletas de colores. Los esparce por los párpados con tanta sutileza que, más que un maquillaje, parece que esté pintando un cuadro. Los tonos escogidos resaltan el color marrón miel de mis ojos y hacen que incluso se vean más bonitos y llamativos.

Resultado de diez. No puedo estar más contenta.

Una sonrisa maliciosa aparece en mi interior, que solo yo sé qué significa. ¡Prepárate, Tomi!

Capítulo 7

Hemos quedado en un restaurante, al que todavía no he ido, pero al que tenía muchísimas ganas de ir.

Llego con Sandra y Carlos y esperamos en la puerta a que el resto aparezca. Son muy puntuales, porque ya los veo a unos metros de distancia. Van por separado. Damián camina por el lado derecho. Me fijo y es muy atractivo. Pelo larguito y despeinado, piel bronceada y… mis ojos se encuentran con Tomi detrás, con la cabeza gacha. Es verle y mi cuerpo entra en estado de alerta.

Está muy guapo con esa chaqueta beige y esos tejanos ajustados.

No puedo dejar de mirarlo.

—Es guapo, ¿eh? —me susurra Sandra al oído.

—Mucho.

Lo que Sandra no sabe es que me refiero a Tomi. Damián, con su pelazo y sonrisa, tampoco se queda atrás, con todo y eso, es Tomi el que me provoca esas reacciones en mi cuerpo y no él.

Por el otro lado, llega la majestuosa Lidia. Y digo majestuosa porque desprende *glamour* por todos los poros de su piel. Una mujerona alta y delgada, con una melena rubia impecable y una sonrisa perfecta.

Toda la seguridad que creía tener se desvanece por completo. Me veo tan pequeña ante Lidia…

—Hola —me saluda Tomi al pasar por mi lado. Es un hola normal y corriente, más bien seco. Antes de devolverle el saludo, lo escucho —: Tú debes de ser Lidia. —Va directo hacia ella.

—Sí, esa soy yo. —Sonríe de tal manera que se me ponen los pelos de punta porque sé que le ha gustado.

Se dan dos besos como es costumbre y, aunque es un gesto normal y corriente, me hace hervir la sangre de una manera que no es normal.

—Me han hablado muy bien de ti. —Para mi sorpresa, Tomi la halaga con una amplia sonrisa que quita el hipo. ¿Por qué es tan simpático y agradable con ella, y conmigo un verdadero estúpido?

—Sí, a mí también me han hablado muy bien de ti —le contesta Lidia con coqueteo.

Estoy tan concentrada en lo que hablan aquellos dos que no me doy cuenta de que, Damián, mi cita, está a mi lado.

—¿Eres Nadia, verdad?

Es guapo a rabiar, debo reconocer.

—Sí, esa soy yo. —¡Qué estúpido ha sonado! Pero es que tengo los nervios alborotados—. ¿Tú, Damián?

—¡Sí, ese soy yo! —me imita divertido.

Suelto una carcajada que hace que todos se giren, incluido Tomi.

Guardo silencio entre risillas mientras mi amiga Sandra me mira divertida.

Entramos en el restaurante. Damián me deja pasar y me abre la puerta. Eso me ha gustado. Llámame antigua o yo qué sé, pero no estoy nada acostumbrada a tanta galantería.

Un joven camarero nos acomoda en una mesa bastante alejada del resto de comensales.

El lugar es espectacular, empezando por las mesas: cada una tiene forma, tamaño y color distintos. Una luz tenue, que proviene de unas diminutas lámparas flotantes, ilumina todo el local.

Me siento. Damián se sienta a mi lado y Tomi acaba frente a mí, junto a su cita.

Debo reconocer que hacen muy buena pareja, muy a mi pesar. La complicidad que hay entre ellos me incomoda, aun así, decido centrarme en Damián. Se ve un chico muy majo y, quién sabe, quizá hasta acabe gustándome. Además, debo tener la mente distraída para dejar de pensar en el que tengo delante, que parece muy contento con su cita.

—Me ha dicho Carlos que estudias en la universidad. ¿Qué estudias? —me pregunta.

—Estudio Educación Infantil. ¿Y tú?

—Lo mío no son los libros. Soy mecánico de motos —responde alegre y animado—. Siempre me han gustado las motos, de hecho,

de vez en cuando corro en alguna carrera.

—¿Ilegal? —No sé por qué pregunto eso, aunque me gustaría que la respuesta fuera negativa, ya que lo rechazaría de inmediato. No puedo meterme en líos y, con seguridad, verle correr sería imprudente por mi parte.

—¡No, por Dios! Jamás haría algo ilegal. No soy de esos que infringen la ley —suelta sonriente.

Por un segundo, hubiera deseado que hubiese dicho lo contrario, sería la excusa perfecta para que no me gustara. No obstante, lo pienso mejor. ¿Qué hay de malo en que me guste? Merezco enamorarme de alguien bueno y él parece que lo es.

Me deshago de toda la negatividad acumulada durante años y me propongo pasar una bonita velada. Y por qué no, quizá, solo quizá, eche un polvo esta noche, que debo tener telarañas allí abajo.

Me olvido por completo de la presencia de Tomi y pongo toda mi atención en Damián.

—¿Quieres vino? —me pregunta con la botella en mano.

Asiento.

La cena transcurre mejor de lo que me esperaba. Con cada minuto que paso con Damián, más me gusta.

El alcohol recorre mis venas sin control; después de todo, con Damián impidiendo que mi copa permanezca vacía más de unos segundos, resulta hasta normal.

—¿Vamos a bailar? —le suelto achispada a mi cita, cuando doy la última cucharada al pastel de queso.

—¿Dónde te gustaría ir? —me pregunta animado.

—Deberías irte a casa —interrumpe Tomi para mi sorpresa.

—¿Y eso por qué? —Mi voz suena extraña y arrastro las letras.

—Porque has bebido demasiado —lo dice serio ante la atenta mirada del resto de amigos.

—No estoy borracha. Además, ¿a ti qué te importa? —le respondo malhumorada. ¿Quién se ha creído que es?

—Tienes razón. A mí no me importa. —Y se gira hacia Lidia con indiferencia.

—¿Vamos al Jamboree? —continúo con mi proposición.

—Ah, de acuerdo. Me han dicho que ese sitio está muy bien. ¿Pedimos la cuenta, chicos? —les dice a todos.

Tiene tantas ganas como yo de bailar porque busca de forma insistente al camarero para que traiga la cuenta.

Después de pagar, nos levantamos de la mesa y noto que el alcohol ya ha hecho efecto en mí. Pierdo un poco el equilibrio, pero Damián está atento; me agarra del brazo.

—¿Estás bien?

—¡Por supuesto! ¡Nos vamos a bailar! —grito y provoco que varios clientes se den la vuelta.

Sandra me arrastra hasta la salida muerta de risa.

—Vas un poco pedo —dice entre risas.

—¿Yo? ¡Qué va! Estoy maravillosamente bien.

—Lidia y yo no vamos —suelta de repente Tomi a mi espalda.

Al darme la vuelta para replicarle, veo a Lidia que le agarra del brazo muy cariñosa. Él se deja hacer, aunque su semblante es mucho más serio que durante la noche.

Muero de celos y el alcohol habla por mí:

—Pues que os aproveche esta noche —le suelto molesta y me agarro a Damián—. ¿Nos vamos? —digo coqueta.

—¡Pasarlo bien! Yo seguro que lo hago —se despide Lidia.

¿Me ha mirado a mí mientras lo decía? La sangre me comienza a hervir y me encantaría partirle la cara. ¡Será…! Me acerco para decirle un par de cosas, sin embargo, me distraigo cuando veo que Tomi se acerca a Sandra y le susurra algo a mi amiga que no logro escuchar. Ella me mira y asiente seria. ¿Estarán hablando de mí?

Decido tranquilizarme para no perder más el control. Cojo a Damián de la mano y caminamos hacia su coche.

—Sandra, nos vemos allí —le grito a mi amiga desde el otro lado de la calzada.

Sin duda alguna, estoy ebria. Mis pies no se coordinan lo suficiente y tropiezo cada dos pasos. Suerte que Damián me acompaña, pues no se separa de mí ni un segundo. Noto sus manos sobre mi cintura y consigue que no pierda más el equilibrio.

Llegamos a su coche y me ayuda a sentarme. Todo me da vueltas y me peleo con el cinturón. No consigo abrocharlo y Damián, con

amabilidad y divertido, lo hace por mí.

Me mira y su semblante simpático cambia por completo. Coloca su mano en mi pierna, lo que me molesta, y la aparto. No conforme, vuelve a ponerla y se abalanza a por mí.

—¡No! —grito.

Intento zafarme de él, solo que el alcohol me impide quitármelo de encima. Todo me da vueltas. Estoy mareada y no puedo moverme. Damián sigue sobre mí, manoseándome, y quiero gritar, pero no me sale nada.

«No, déjame. No quiero esto. Socorro», grito en mi mente con desesperación.

Me temo lo peor y no puedo hacer nada. Las lágrimas comienzan a resbalar por mi mejilla. Decido cerrar los ojos y esperar a que todo termine, aunque me hago una promesa: cuando se me pase el efecto del alcohol, pienso cobrarme todo lo que me haga. No se va a ir de rositas, eso lo tengo seguro.

Oigo un ruido y, de inmediato, dejo de sentir sus manos sobre mi cuerpo. Al abrir los ojos, me cuesta saber lo que ocurre. Todo pasa muy rápido, sin embargo, alcanzo a ver a alguien.

—¿Tomi?

—Tranquila, ese hombre no volverá a molestarte —me dice mientras me sostiene el rostro entre sus manos.

Sonrío. Tomi ha vuelto a por mí, me ha salvado de Damián.

Sale del coche.

—No te vayas —le pido—. No me dejes sola.

Se abre mi puerta y aparece él. Pasa el brazo por delante de mí, para desabrocharme el cinturón. Huelo su perfume, que inunda mis fosas nasales. Coloca mis brazos alrededor de su cuello y me agarra con sumo cuidado. Siento su cuerpo duro, que se aprieta contra el mío.

—No te voy a dejar sola —me dice bajito.

Capítulo 8

Me despierto con un dolor punzante que atraviesa mi cráneo como si mil agujas se clavaran en mis sienes. La luz que se filtra por la persiana es una puñalada en los ojos. Me incorporo con torpeza en la cama, con la boca seca y un sabor amargo en la garganta. El techo gira por un instante. No tengo idea de cómo he llegado hasta aquí.

Hago memoria, aunque una ráfaga de dolor me sacude en el primer intento y el vértigo amenaza con derribarme de nuevo.

Con pasos torpes, arrastro los pies hasta la cocina. Abro un armario, cojo un paracetamol y lo trago con un vaso de agua. Al girarme, mi mirada choca con el reloj de la cocina.

—¡Mierda! —maldigo entre dientes.

Es casi la una del mediodía. ¡Empiezo a trabajar en media hora!

Corro hacia el baño. Al entrar, una niebla espesa y caliente me envuelve, como si hubiera entrado a otro mundo. El vapor me impide ver con claridad, pero escucho el sonido del chorro de agua caer. Sandra debe estar duchándose y, como no tengo tiempo para esperar, me desnudo de forma apresurada. La ropa cae desordenada a mis pies; mi cuerpo, aún tibio de la cama, entra en contacto con el vapor sofocante. Me meto bajo el chorro caliente sin pensarlo y me paralizo.

—¡Joder! ¿Qué coño haces aquí?

El corazón me da un vuelco. Frente a mí, desnudo por completo, está Tomi. Su cuerpo mojado brilla bajo la luz tenue. Gotas recorren su torso firme, delineando los contornos de sus abdominales, mientras descienden con osadía hasta el límite de su cadera.

Me quedo muda. Mis labios se entreabren, aunque no sale sonido alguno. Noto que el agua hierve, o tal vez soy yo quien arde. Estoy a punto de girarme y huir cuando, de pronto, una voz desde fuera interrumpe el caos.

—¿Nadia?

Acaba de entrar Sandra y, cuando voy a salir para explicarle lo ocurrido, Tomi reacciona más rápido que yo. Me da la vuelta con suavidad, una de sus manos grandes y mojadas se aferra a mis caderas, la otra, tapa mi boca.

—No le digas que estoy aquí, por favor —me susurra. Su aliento cálido roza mi oído, lo que provoca que se me erice la piel.

Puedo notar el contacto duro de su piel en contraste con el agua casi hirviendo. Todo mi cuerpo está en tensión y, por qué no decirlo, excitado.

Asiento para que me suelte.

—¿Nadia? —repite Sandra con su voz más cerca de nosotros.

Y, por un segundo, he olvidado que ella está ahí. Me apresuro a contestar antes de que nos descubra.

—Dime —susurro, incapaz de controlar el temblor que me sacude.

No sé si por el susto o por la sensación de su cuerpo al tocar el mío.

—No, nada. ¿Cómo estás?

—Bien, hablamos cuando salga —le respondo confundida por todo lo que está ocurriendo.

—¡Vale!

Oigo la puerta cerrarse. El aire parece volver a entrar en mis pulmones. No sé si debo darme la vuelta para enfrentar a Tomi o salir corriendo de allí. Me giro. Él está frente a mí, mientras trata de cubrirse con ambas manos, incómodo a la vista.

Él está frente a mí; trata de taparse con ambas manos sus partes, con evidente incomodidad.

No puedo evitarlo. Me río. Una carcajada nerviosa y genuina al mismo tiempo, se escapa de mis labios. Él me lanza una mirada avergonzada, con esos ojos intensos y azules que parecen saberlo todo.

—También deberías taparte tú —dice con una sonrisa ladeada, casi infantil.

Me doy cuenta de mi total desnudez. Me cubro de forma torpe, mientras mi cara se tiñe de un rojo feroz. Se hace el silencio y los dos nos quedamos quietos. La tensión se mastica en el aire caliente.

—¿Puedes salir, por favor? —me ruega, me suplica, sin cruzar la mirada conmigo.

—Sí, claro —empiezo a moverme, sin embargo, recuerdo mi prisa —. Espera. Necesito ducharme. Llego tarde al trabajo.

—Vale, déjame salir a mí, entonces —dice, mientras intenta hacerse a un lado.

Como podemos, nos movemos para dejar espacio y que pueda salir, con tan mala suerte que resbalo y pierdo el equilibrio. Termino cayendo sobre el cuerpo desnudo de Tomi. No hay tiempo de reaccionar y caemos los dos contra la pared.

—¡Joder! ¡Joder! —se queja Tomi, llevándose la mano a la cabeza.

—¡Ay, Dios! ¡Perdón, perdón! —Me separo un poco para reincorporarme, me agacho con rapidez y reviso si tiene alguna herida.

Me observa serio, puedo oír el sonido de su respiración agitada. Mis manos siguen sobre su cara, mientras nuestras bocas están muy cerca la una de la otra y, cuando me doy cuenta de ello, me aparto y pierdo de nuevo el equilibrio. Tomi es rápido y vuelve a cogerme, mientras me aprieta contra su cuerpo.

—Recuérdame que nunca me duche contigo —bromea para romper el silencio que se ha creado entre nosotros.

Lo miro a los ojos seria.

—¿Y por qué iba a querer ducharme contigo? —le suelto confusa.

—Era una broma. —Sonríe, aunque sus ojos azules aún arden con algo más—. ¿Puedo levantarme ya?

Solo entonces noto que sigo encima de él. Me levanto de inmediato, con cuidado esta vez. Le doy espacio. Sale de la ducha y se envuelve en una toalla blanca que cuelga de su cintura, con su torso desnudo empapado aún y con gotas del pelo que le gotean por la frente.

—Nos vemos —le suelto.

Lo encuentro tan sexi, con el torso descubierto y la toalla enrollada en la cintura…

—No te toques pensando en mí —se burla con una sonrisa traviesa.

—¿Qué? —¿Lo he oído bien?

Quiero replicarle y gritarle que ni en sueños voy a pensar en él y menos aún tocarme, pero cierra la puerta, obligándome a guardar silencio. Me deja sola: confundida, furiosa... y excitada.

Será…

Bajo el chorro de agua, pienso en todo lo que ha ocurrido y verlo desnudo de nuevo en mi mente me excita. Me excita tanto que me odio por estar a punto de hacer lo que Tomi ha dicho que no hiciera.

La imagen de su cuerpo, su respiración, sus manos sujetándome… se cuelan entre mis pensamientos. Mis dedos comienzan a deslizarse por mis piernas, suaves, lentos. Imagino que son los suyos. Cierro los ojos.

Y entonces, igual que un puñetazo, me golpea el recuerdo.

Damián. Su aliento en mi cuello, su mano que recorre mi cuerpo sin permiso. Yo, borracha, incapaz de defenderme. Una arcada me sacude el cuerpo. El deseo desaparece de inmediato, sustituido por asco, rabia, impotencia. Me froto con fuerza, como si pudiera borrar sus dedos de mi piel. Tiemblo.

¡Maldito cerdo! Veo con claridad cómo Damián se sobrepasa conmigo y se aprovecha de mi estado de embriaguez.

Salgo del baño aún mojada y me envuelvo con una toalla. Busco a Tomi por la casa y lo encuentro ya vestido, sentado en el sofá, con el pelo húmedo cayendo en mechones rebeldes sobre su frente.

—¿Estás bien? ¿Qué te ocurre? —pregunta, alarmado al ver mis lágrimas.

No digo nada y me abalanzo sobre él. Lo abrazo con fuerza y mi cabeza se hunde en su pecho.

—Gracias. Gracias por lo de anoche —susurro.

Sin esperarlo, él me acaricia el pelo con una mano y con la otra rodea mi espalda.

—No pasa nada. No me dio buena espina desde el principio y no pensaba dejarte sola con él.

—Gracias —repito, mientras me seco las lágrimas con el dorso de la mano.

Él sonríe e intenta calmar mis nervios.

—Por cierto, no cuentes lo de anoche, o Sandra me cortará algo muy valioso para mí. —Ríe—. Con lo de ayer no me gustaría que lo

interpretara de una manera que no es.

—En realidad, he sido yo quien se ha colado en la ducha mientras estabas tú.

Solo de recordarlo, mi cuerpo también lo recuerda y se estremece. Entro en calor de nuevo y tengo que salir.

—Por si acaso, tu amiga me da miedo —dice, guiñando un ojo con descaro.

Suelto una carcajada por lo que ha dicho.

—Me voy, que llego tarde.

Me habría quedado más tiempo con él, pero a mi jefe no le habría hecho tanta gracia.

Capítulo 9

—¿Se puede saber en qué piensas? —pregunta mi amiga, sacándome de mis pensamientos.

Me alegra que lo haya hecho; Tomi y lo que siento por él me tienen al borde de la locura.

—¡En nada! —respondo con un entusiasmo fingido.

—Creo saber por qué estás así, o, mejor dicho: por quién —se ríe y mis mejillas se tornan de un tono rojizo.

—Dejemos el tema —digo avergonzada mientras cojo un trozo de carne del plato y lo introduzco en la boca.

—¡Oye! ¡Esto tiene muy buena pinta! —exclama, mientras me quita un trozo de bistec. En ese momento, le hubiera pinchado con el tenedor, no me gusta que nadie hurgue en mi comida. Lo dejo pasar solo esta vez porque veo a Sandra de muy buen humor.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —le pregunto—. Es viernes.

Y es que, los viernes solemos ir a descubrir algún bar de copas por el centro de la ciudad. Más bien, ella me enseña los que ya conoce y le estoy muy agradecida porque es el único día de la semana que lo tomo para desconectar.

—Hoy te llevaré a un sitio muy chulo. ¿Te apetece que cenemos fuera?

Hago un cálculo rápido del dinero que me queda para pasar el mes y veo que puedo permitirme cenar afuera.

—Sí, me vendrá bien para desconectar —respondo sin darle la mayor importancia.

—¿De qué tienes tú que desconectar? ¿Empieza por «To» y acaba por «mi»? —Ríe a carcajadas mientras mis mejillas se sonrojan.

Aunque no se equivoca, no pienso darle la razón; bastante confundida me siento como para darle más bombo al asunto.

—¡No digas tonterías! —le suelto mientras le lanzo un trozo de pan a la cara.

—¡Ay! ¡Qué puntería tiene la jodía!

—Solo estoy muy agradecida por lo que hizo por mí —le suelto seria mientras hago círculos en el plato con el tenedor mientras recuerdo aquella fatídica noche con Damián.

—Sí, estuvo muy atento, la verdad. Yo jamás pensé que Damián pudiera hacer eso, parecía un buen chico.

—Sí, yo tampoco lo entiendo —respondo algo compungida.

—Tengo una teoría —suelta mi amiga con una sonrisa de oreja a oreja.

—A ver, sorpréndeme —le sigo la corriente; sus teorías siempre me hacen reír y un poco de humor no me viene mal.

—Creo que Tomi estaba celoso.

Me ha pillado justo cuando estaba bebiendo agua y la esparzo por toda la mesa. La escupo sin querer, muy sorprendida por lo que acaba de salir de su boca. Después, una sonora carcajada me acompaña.

—¿Pero qué tonterías dices?

—No son tonterías. Damián no mostró en ningún momento ser una mala persona. Lo hablé con Carlos, incluso con Lidia, y ninguno se percató de que tuviera malas intenciones. —Presto atención y parece tener sentido todo lo que dice, aun así, no puedo creerlo.

—¿De verdad crees que estaba celoso? —Un ápice de esperanza y al mismo tiempo miedo me envuelve, porque, por un lado, que mis sentimientos sean correspondidos me alegra, pero, por otro lado, meterme en algo con él me asusta. No quiero tropezar con la misma piedra.

—¿Puedes admitir de una vez que te gusta? —me insiste Sandra ahora un poco más seria—. No entiendo por qué niegas lo evidente.

Me debato entre explicarle mis porqués o continuar negando los sentimientos, pero creo que se merece un poco más de mis confidencialidades.

—No quiero sentir eso por él —le confieso cabizbaja. Ella hace silencio y espera a que diga algo más y no la hago esperar—. Tuve un novio boxeador, ¿sabes?

—¿Ah, sí? —responde sorprendida.

—Sí, y no tuve una buena experiencia. Él… —Los recuerdos dolorosos regresan a mí con mucho pesar. Mi cuerpo también lo recuerda y, por eso, se tensa de una manera que parece que cualquier músculo vaya a romperse en cualquier momento—. Él no era bueno, bueno conmigo, quiero decir —y las palabras comienzan a salir por sí solas—, no me trataba bien, tampoco es que tuviera un buen referente, pues mi padre no era nada cariñoso. Siempre había pensado que la forma que tenía de relacionarse conmigo era la correcta. Eran gritos y órdenes todo el día.

Noto el abrazo de mi amiga. Menos mal que me ha interrumpido con esa muestra de afecto, pues ya estaba a punto de revelar secretos que deberían estar enterrados bajo llave.

—¿Sabes que no todos son iguales, ¿verdad? —me dice sin apartar sus brazos de mi cuerpo.

Asiento no del todo convencida. Sé que no todos los boxeadores son unos monstruos, mas no confío, porque ¿y si…?

—Lo sé, pero me vienen esos recuerdos tan dolorosos cada vez que pienso en Tomi.

—Entiendo. Bueno, tiempo al tiempo.

—¿Dónde vamos a cenar? —pregunto para cambiar de tema.

—Ya verás, te va a encantar.

El restaurante se encuentra en el centro de Sevilla, en una de las calles menos iluminadas, al parecer. Nunca he estado aquí y creo que no voy a volver. Da miedo caminar por esta acera. Debo fijarme muy bien dónde piso, porque tengo la sensación de que puede aparecer algún roedor u otro bicho asqueroso en cualquier momento.

—¿Estás bien? —pregunta Sandra entre risillas.

—¿Por qué no iba a estarlo? —respondo con ironía.

Ella se ríe.

—Hija, disfruta de las vistas. Aunque no lo parezca, es una zona muy bonita.

—No sé qué entiendes tú por bonito, pero desde luego esto no lo es —me quejo algo arrepentida de haber venido.

—Otro día, te traigo por la mañana y me darás la razón —dice mientras aminora el paso y se detiene—. Ya hemos llegado.

Levanto la vista del suelo y me encuentro con una puerta de madera que se cae a pedazos. Esto no mejora en absoluto y me temo que lo que voy a encontrar dentro tampoco.

Mi amiga abre la puerta despacio y… ¡Qué equivocada estaba!

Este lugar es hermoso y, a diferencia de la entrada, está muy bien cuidado. Observo cada rincón con admiración. La estancia está separada por cuatro ambientes: uno asiático, uno hawaiano, uno árabe y otro hindú. Cada uno está decorado con un excelente gusto y remarcando los objetos más emblemáticos de cada zona.

—¿Esto sí te gusta? —me pregunta Sandra con una amplia sonrisa.

—Esto es… maravilloso. A ver dónde nos sientan —digo con la esperanza de que sea en Asia. Siempre me ha gustado esa cultura y lo de sentarme en el suelo, no me apetece en absoluto.

Una camarera muy sonriente nos guía hasta nuestra mesa, que, aunque no es en Asia, tampoco nos sentaremos en el suelo. Nos lleva hasta Hawái y nos señala una mesa de madera oscura, con una estatua pequeña hawaiana de madera y unas flores de colores.

Al llegar, otro camarero aparece con collares de flores típicos de allí. Estoy a punto de rechazarlo con educación, solo que mi amiga se adelanta.

—Ya se lo pongo yo —le dice. Le coge uno y lo coloca en mi cuello —. Estás preciosa. —Ríe.

—Ya, gracias —refunfuño.

Nos sentamos y enseguida traen la carta. No sé qué pedir, hay tanta variedad y veo los platos de otros clientes y me muero por probarlo todo, aunque no es barato que digamos.

Decidimos atacar la comida asiática. Hace tiempo que no voy a un japonés y tengo ganas de saborear el sushi. Sandra está conforme y pedimos algo variado.

Como siempre, no faltan las risas y las historias que cuenta mi amiga. La velada es perfecta. Es justo lo que necesitaba para mantener a raya a mi cabeza y dejar de pensar en Tomi.

Salimos con el estómago lleno y saciadas de tanta comida que hemos ingerido. Las tres copas de vino que he tomado hacen efecto y no paramos de reír mientras caminamos en busca de la parada del autobús.

Capítulo 10

Caminamos distraídas mientras buscamos la parada del autobús, oigo unos pasos detrás de nosotras. Disimulo y continúo con la conversación absurda que tengo con Sandra sobre por qué no podemos adoptar un cachorro, sin apartar la oreja de lo que ocurre detrás de mí. Aminoro el paso para asegurarme de que no tengo pensamientos paranoicos y compruebo que estoy en lo cierto. Los pasos también reducen el ritmo y se oyen cuchicheos de varias voces masculinas. Con la charla de mi amiga no consigo descubrir de cuántos hombres se tratan, por lo que interrumpo el monólogo de Sandra y le susurro:

—Nos están siguiendo.

—¿Qué? —Hace el intento de girarse, no obstante, la detengo y la agarro del brazo.

—Ni se te ocurra darte la vuelta. Disimula, sigue hablando y camina más rápido—. Balbucea y se pone nerviosa, por lo que improviso yo misma—: ¿Y si adoptamos a uno mayor?

—¿Qué? Ah, sí, sí, uno mayor.

Qué mal se le da disimular, pero esto no me huele nada bien. Escucho los pasos y las risas cada vez más cerca.

—Si nos alcanzan, haz caso a lo que te diga.

—Pero…

—¡Joder, Sandra! ¿Puedes hacerme caso una vez en la vida? —Asiente con miedo y la comprendo, solo que no quiero que le pase nada malo.

Tal y como esperaba, nos alcanzan tres hombres, que pronto nos acorralan y nos obligan a detenernos.

—Pero qué tenemos aquí… —suelta el más alto de los tres.

—A dos chicas preciosas. ¿Os apetece tomar algo con nosotros? —dice uno, al que puedo notar su apestoso aliento a alcohol a un metro de distancia.

Sandra me agarra aterrada.

—No, gracias. Tenemos prisa.

Hago el intento de pasar por delante de ellos, pero el alto me corta el paso.

—¿Así que prisa, eh? Con lo bien que podemos pasarlo juntos.

—Sandra, cuando diga ya, sal corriendo sin mirar atrás y métete en algún portal —le susurro muy bajo para que no nos oigan.

—¿Pero y tú?

—Hazme caso, no mires atrás.

Tengo claro lo que estoy a punto de hacer, sin embargo, con la presencia de Sandra podría distraerme. Tengo que asegurarme de que ella está a salvo.

—Vale.

—¿Vale qué? —pregunta el tercer hombre al escucharla—. ¿Entonces os venís?

Se acerca despacio hasta ella, me interpongo entre los dos y dejo a Sandra tras de mí.

—¡Ya! —grito con todas mis fuerzas.

Al oír sus pasos, me pongo manos a la obra y doy un puñetazo con todas mis fuerzas en el estómago del que tengo delante. Consigo darle tan fuerte, que cae de rodillas al suelo. Veo cómo los otros dos se sorprenden y no saben muy bien qué hacer. Miran a su amigo y aprovecho para comprobar que Sandra está ya a varios metros de distancia y sigue corriendo.

—¡Zorra! ¡Me las vas a pagar! —El alto viene directo a mí y no lo dudo, después de esquivar su mano, le propino un puñetazo en la mejilla.

El otro ataca junto a su amigo, que parece que ya ha recuperado el aire. Vienen directos a mí.

Reciben patadas y puñetazos que no se esperan por mi parte y consigo alejarlos. Pero la rabia les consume y deciden atacar los tres al mismo tiempo. No creo que pueda con ellos, aun así, no me doy por vencida.

Consiguen darme un golpe en la cara, que provoca que pierda el equilibrio. Caigo al suelo y un terrible dolor en la muñeca aparece de repente.

Oigo sus risas, piensan que ya han ganado y yo también, hasta que unas voces no muy lejos me alertan de que no está todo perdido.

—¡Dejadla!

Los tres chicos huyen despavoridos al ser descubiertos y, al girarme, me encuentro a varias personas detrás de mí. Con ellos está Sandra, que ha pedido ayuda a un grupo de chavales.

Una chica joven, con mucha amabilidad, me ayuda a ponerme en pie.

—¿Estás bien? —me pregunta con una voz muy dulce.

—Sí, sí. Estoy bien.

—¡Dios mío, Nadia! ¿Estás bien? —Mi amiga viene corriendo y comienza a tocar todo mi cuerpo en busca de heridas—. ¿Te han hecho algo? ¡Ay, Dios!

—Estoy bien, Sandra —le digo, mientras aprieto con suavidad sus manos sobre mí—. Gracias por pedir ayuda.

Sandra me mira conmocionada. Veo sus lágrimas resbalar por las mejillas y la abrazo.

—Gracias a ti. ¿Por cierto? ¿Quién te enseñó a pelear así?

—Aprendí defensa personal —miento—. ¡Ay, qué dolor! —exclamo, para desviar la conversación.

—¿Estás herida? ¿Dónde te duele?

—Al caer, he apoyado la muñeca y me duele horrores y creo que tengo el labio partido.

Sandra revisa mi cara bajo la única farola de toda la calle.

—¡Sí, tienes un corte en el labio! —Abre el bolso y extrae unos pañuelos. De inmediato pone uno sobre mi labio, para limpiar la sangre que cae—. No es grave, es un pequeño corte, pero ya sabes lo que sangra el labio.

Me alivia saber que solo es una herida leve.

—¿Necesitáis que os llevemos a algún lado? —pregunta uno de mis salvadores.

—No —respondo de inmediato.

—Sí —dice mi amiga al mismo tiempo—. ¿Podéis acercarnos al hospital?

—¿Qué? No es necesario, estoy bien.

—Tienen que mirarte esa mano, cada vez se nota más hinchada.

Miro la mano y es cierto: la inflamación aumenta y el dolor crece.

—No es necesario, ya iremos mañana. Es tarde.

No quiero ir al hospital, y mucho menos tener que explicar lo ocurrido. Prometí no meterme en líos y esto es un lío.

—¡Ah, no! ¡Claro que vamos a ir! —Se pone en modo mandón.

—Podemos llevaros, no está lejos de aquí.

—No hace fal… —insisto, pero Sandra es muy tenaz.

—He dicho que vamos.

No se hable más: ¿quién se atreve a llevarle la contraria a mi amiga?

Nos subimos en el coche de un matrimonio muy simpático y nos hacen sentir bien. No tardamos ni cinco minutos en llegar y se despiden de nosotras con ternura.

Al bajar, el dolor se extiende por toda la mano. La caída al suelo debe haberme provocado algún moratón en el cuerpo, pues me siento bastante dolorida. Me muerdo el labio sin acordarme de que ahí tenía una pequeña herida. Creo que ha vuelto a sangrar, porque noto el sabor de la sangre en mi boca. Lo limpio con la manga y nos dirigimos a la entrada.

—¡Sandra! ¿Estás bien? ¿Te han herido? —Llega corriendo Carlos, que la examina con ansiedad, busca señales de daño.

—Amor, estoy bien —le tranquiliza—. No me ha pasado nada, gracias a Nadia.

Me lanza una mirada desconcertada, sin entender nada.

—¿Gracias a Nadia? —repite incrédulo.

—¿Tú sola te has enfrentado a esos desgraciados? —pregunta Tomi, aún sorprendido.

—Sí. —Le sonrío orgullosa.

—Pues es una tontería lo que has hecho, podrías haber acabado muy mal —suelta a desgana.

Molesta por su comentario, me muerdo el labio, pero antes de replicar, la mano de Tomi ya está en mi barbilla y uno de sus dedos acaricia mi labio inferior.

—Te han herido —dice mientras limpia la sangre que vuelve a brotar del labio.

El tacto de su piel provoca una oleada cálida que recorre todo mi cuerpo. Hago todo lo posible por ignorarlo y aparto su mano de mi cara. Me limpio con la manga los restos de sangre.

—Voy a pedir hora en urgencias —le hago saber a Sandra, sin prestar atención a los comentarios fuera de lugar de Tomi.

Capítulo 10

Me toco la mano, que sigue hinchada y temblorosa. Ahora me duele; ya se ha pasado el efecto de la adrenalina y ha entrado en calor. ¡Maldito dolor! Ya casi me había olvidado de él.

—Déjame ver esa mano.

¿Se puede saber qué hace Tomi aquí?

No me da tiempo a rebatirle, porque ya tiene mis manos entre las suyas. Las toca y hace movimientos con ellas. Parece concentrado.

—Creo que no está rota. —Parece aliviado, pero el fruncido de la frente dice lo contrario, más bien, creo que está enfadado. —¿Se puede saber qué ha pasado?

No me mira a mí, sino a Sandra.

—Nos venían persiguiendo tres hombres —comienzo a relatar el suceso. Tomi sigue sujetando mis manos y me presta toda su atención—. Nos acorralaron, le dije a Sandra que corriera y llamara a la policía y...

—¡Y Nadia les dio una buena paliza! —suelta Sandra orgullosa desde el otro extremo.

—¿Te has enfrentado tú sola contra tres tíos? —susurra con la voz entrecortada.

—Eh... sí...

—¿Estás loca? ¡Podrían haberos matado! —eleva la voz, lo que hace que varios de los pacientes se giren hacia nosotros.

Me suelto rápido. ¿Quién se ha pensado que es?

—Sí, lo sé, pero sopesé la situación y...

—¿Que sopesaste la situación? —me corta enfadado—. Tú sopesaste la situación... —exclama con ironía—. Debiste haber hecho lo que Sandra: salir corriendo y llamar a la policía.

—Fue lo primero que pensé, pero...

—¿Que tú pensaste? No me digas... ¡Ja!

No me está dejando hablar y eso me enfurece por momentos. Quiero decirle, que pensé en correr, pero estaba segura de que ellos hubieran alcanzado a alguna de nosotras, más en concreto a Sandra, que ella no es muy atlética que digamos. Sé que ella hubiera estado en peligro y, si hice lo que hice, fue para protegerla. ¿Pero por qué se pone de esa manera?

—Nadia me pidió que corriera, si lo hubiéramos hecho las dos, seguro que nos hubieran atrapado a una de las dos. —Sandra parece leerme la mente y salta en mi defensa.

—Ya, pero... —No está dispuesto a dar su brazo a torcer.

—Es mi turno —le suelto de muy mala gana y le enseño el papel, que marca el mismo número que indica la pantalla del hospital.

—¿Quieres que entre contigo? —suaviza el tono de voz.

—¡No! —le grito enfadada—. No soy una niña indefensa.

Y dicho esto, camino por el pasillo que conduce a la consulta a paso firme, al mismo tiempo que despotrico de Tomi en mi cabeza.

Me detengo delante de la puerta y miro en dirección a mis amigos. Me encuentro a Tomi, que me mira con cara de preocupación. ¿Por qué se ha portado de esa manera?

Doy unos golpecitos y entro.

Me atiende una doctora con cara de pocos amigos. ¡Lo que me faltaba! Entonces, recuerdo que estamos en urgencias y son las tres de la mañana, estará cansada.

—¿Qué te pasa? —me pregunta sin levantar la vista del ordenador.

Respiro hondo y contesto:

—Tres tipos me atacaron y... bueno..., me defendí —le digo sin demasiada información.

La doctora desvía la mirada de la pantalla del ordenador y me observa de arriba a abajo.

—¿Tres tipos dices? —pregunta con interés. Asiento—. Por casualidad, ¿uno de ellos era pelirrojo?

Ni lo pienso, sé que el más bajito, el que recibió más, tenía ese color de cabello.

—Sí, uno era pelirrojo.

—¿Y cuántos erais? —pregunta, mientras se acomoda en su silla.

—¿Cómo?

No entiendo por qué hace esas preguntas.

—Hace un rato, han llegado tres muchachos con heridas bastante feas en sus rostros.

—¿Siguen aquí? —pregunto con la voz temblorosa. No quiero encontrármelos, menos aún que se los encuentren Carlos y Tomi.

—Probablemente, al pelirrojo le hemos tenido que dar unos puntos en la ceja. Les habéis hecho mucho daño y me temo que debo informar de esto a la policía.

—¡No! Por favor —exclamo nerviosa. No puedo meterme en problemas, me recuerdo una y otra vez—. Yo solo me defendí, fueron ellos quienes nos acorralaron a mi amiga y a mí.

—¿Tú y tu amiga les habéis hecho esto?

—Eh..., no… solo yo. Mi amiga no ha tenido nada que ver. Por favor, no llame a la policía.

—¿Me estás diciendo que tú sola has golpeado a esos muchachos?

La miro y no sé qué contestar, así que pruebo con la verdad. Agacho la cabeza y le respondo:

—Sí, pero solo era en defensa propia. Ellos me...

Una sonora carcajada resuena en toda la consulta. Levanto la cabeza y me encuentro con la doctora riéndose a carcajada limpia.

—Ellos dijeron que les atacaron cinco chicos y resulta que fue solo una chica.

No sé de qué manera tomarme esa aclaración. ¿Solo una chica?

—Sí, bueno, sé defenderme.

—Y yo que me alegro de eso. —Ríe—. Menuda paliza les has dado.

Su voz suena amistosa y aprovecho para insistirle en que no llame a la policía. Sonríe, se levanta de su asiento y se dirige hasta mí. Me observa en busca de alguna herida visible que no va a encontrar.

—Dime, ¿qué te ocurre?

—Se me ha hinchado la mano derecha. —Le muestro las manos, que siguen de un color rojizo, los nudillos ensangrentados y la mano derecha bastante más hinchada que antes.

—Ya veo. —Coge la mano y hace movimientos con ella que me hacen ver las estrellas. —Haremos unas radiografías, creo que puede haber alguna fractura. Espera en la sala y te llamarán.

—Gracias.

Salgo de la consulta y voy hasta donde están mis amigos. Nada más verme, Sandra corre hasta mí y me pregunta:

—¿Qué te han dicho? ¿Estás bien?

Aprovecho ese momento que nos encontramos alejados de Carlos y Tomi para decirle:

—Estoy bien. Van a hacerme unas radiografías para descartar que haya algo roto. —Veo cómo su respiración se acelera.

—¿Roto? ¡Oh! ¡Joder! —grita.

—¡Sh! —la mando guardar silencio—. Calla, no grites y escucha con atención. —Me mira sin comprender, salvo que en silencio—. Es posible que los tres tipos que nos atacaron estén aquí.

—¡¿Quéé?! —exclama.

Carlos y Tomi se sobresaltan por el grito de Sandra y veo que están viniendo hacia nosotras.

—¡Calla! No les digas nada o se armará una buena. Por favor, llévatelos, sácalos de aquí.

—¡No te voy a dejar sola!

—¿A quién no vas a dejar sola? —pregunta Tomi, que acaba de llegar.

No puede enterarse de que esos tres seguramente sigan en el hospital. No conozco demasiado a Tomi, sé que es boxeador y, tal y como se ha puesto cuando ha llegado, me da que pensar que, si se los encuentra, es posible que se arme un buen combate en el hospital. Y no es que crea que no se lo merecieran, pero si eso ocurre, estoy convencida de que acabaremos en comisaría y repito: no puedo meterme en problemas.

—Nada —respondo rápido.

Tomi lanza una mirada desafiante a Sandra y esta, parece que hace el efecto que espera.

—Nadia ha dicho que podemos irnos, que en breve le darán el informe —miente mi amiga por mí.

Creo que piensa lo mismo que yo y le hago una señal con los ojos para darle las gracias.

—¿Cómo vamos a dejarla sola? —interviene Tomi desconcertado —. ¿Cómo vas a volver a casa? —Se gira hacia mí.

—¡Ah! No te preocupes, llamaré a un taxi. —Le sonrío incómoda.

—Después de lo que te ha pasado, ¿no escarmientas, eh? —me recrimina un poco más enfadado.

No entiendo por qué está tan enfadado. Apenas nos conocemos y tampoco es que tengamos demasiada relación. La miro desafiante, me da rabia que me trate igual que a una niña pequeña, o peor aún, como a una chica indefensa. Ya he demostrado que no lo soy, aunque creo que él piensa que ha sido un golpe de suerte. Prefiero que sea así. Le hago señas a Sandra para que me eche un cable y su ayuda no tarda en llegar.

—Estoy muy cansada. Podemos irnos a casa y, cuando salga, Carlos la vendrá a buscar.

—¿Cómo? —responde Carlos, pero enseguida recibe un codazo de Sandra en las costillas—. Sí, sí, luego la vengo yo a buscar.

—Iros vosotros; yo he venido en la moto, puedo llevarla después a casa. ¿Te dan miedo las motos?

Lo miro con incredulidad. Sigue con su faceta de protector y me da mucha rabia.

—No quiero que te quedes y, no, no me dan miedo las motos —gruño de mal humor.

Sonríe con picardía, ignora mis palabras y se dirige a su amigo.

—Vete tranquilo; yo me espero.

—Vale, tío. Llámame después.

—¿No me has oído? He dicho que no quiero que te quedes —le recrimino a Tomi de muy mala gana.

—La que no me has oído has sido tú. He dicho que te espero y no hay más que hablar.

La sangre me hierve. No puedo con él. ¿Por qué se empeña en desafiarme de esa manera? Paso de él y hablo con Sandra.

—Por favor, si él se queda y ve a los otros…; puedo meterme en un buen lío, quedaos Carlos y tú para que él se marche… —le imploro en un susurro para que Tomi no me oiga.

Sandra entiende lo que le estoy pidiendo, me da un buen apretón en el hombro y le dice a Carlos:

—¿Nos quedamos con ella y así Tomi se puede ir a descansar?

—Pero… —Carlos quiere rebatirle, sin embargo, las miradas de Sandra pueden ser muy convincentes.

—No estoy cansado, la que lo estaba era Sandra. Pienso quedarme, no hay más que hablar.

Estoy en una encrucijada. Sandra me mira y me pregunta con los ojos qué hacer y no tengo ni la más remota idea de qué respuesta darle. El verdadero problema es Tomi y no Carlos. Pienso rápido. Si se quedan todos, hay más posibilidades de que se encuentren con los tres chicos y Sandra no es muy discreta, que digamos. Además, ellos la pueden reconocer.

—Está bien. Sandra, vete a casa a descansar, Tomi me llevará a casa —me rindo.

—Si quieres, me quedo —me responde ella.

—No, aquí todos no hacemos nada. Luego, cuando llegue a casa, hablamos.

Asiente poco convencida, pero le da la mano a Carlos y, tras despedirse de Tomi, se marchan de la sala de espera.

Decido sentarme en una de esas sillas incómodas a esperar a que digan mi nombre. Tomi se queda apoyado en la pared, de brazos cruzados, sin desviar la mirada de mí, y eso me incomoda.

Extraigo el móvil del bolso y comienzo a ojear las redes sociales para no tener que prestarle atención.

Pasan diez minutos y levanto la vista de la pantalla.

«No es posible, esto no puede pasarme a mí», grito en mi mente.

Al final del pasillo veo a esos tres desgraciados, desternillándose de risa. Vienen hacia mí. Miro a Tomi y está distraído con su móvil, pero aquellos son tan ruidosos que desvía la mirada hasta ellos. ¿Qué hago ahora? Si ellos me reconocen...

Me levanto deprisa y voy hasta él con paso firme. Me tiembla todo el cuerpo; estoy nerviosa y no sé cómo voy a hacer para que ellos no me reconozcan. Debo salir de aquí.

Me planto delante de Tomi y me mira extrañado. Se están acercando, caminan deprisa y están a punto de verme.

—¿Qué pasa? —me pregunta Tomi.

¡Joder, joder…, joder!

No me queda más remedio que…

Capítulo 12

Me lanzo a su boca y lo beso.

Tengo los ojos cerrados, pero puedo notar la rigidez de su cuerpo. No se mueve, está paralizado del todo. Y no es de extrañar. Acabo de lanzarme a él como si nada. ¿Pero qué estoy haciendo?

Siento sus manos en mi cintura, separa su cuerpo del mío unos centímetros. Abro los ojos y parece cabreado.

—¿Se puede saber por qué has hecho eso?

Miro a mi alrededor y los chicos ya no están, el peligro ha desaparecido. Ahora, toca inventarse una excusa.

—Yo... perdona, es que... —No se me ocurre nada.

Sus manos continúan apoyadas en mi cintura. No sé qué decirle; sus ojos, de un color que me deja hipnotizada, siguen clavados en los míos y yo no puedo hacer otra cosa que perderme en ellos. Me aparto de él para improvisar una mentira, no obstante, en un segundo todo cambia.

Coloca de nuevo sus manos en mi cintura, me gira con dureza y la espalda acaba apoyada en la pared. Sus ojos ya no miran a los míos, sino que bajan hasta mis labios. Veo fuego en ellos y no tengo tiempo de reaccionar.

Me besa; sus labios presionan los míos con intensidad. Aprieta su cuerpo contra el mío y abre despacio la boca para jugar su lengua con la mía. Mil sensaciones me embriagan. Quiero parar, mas no puedo. Lo que estoy sintiendo es pura lujuria y deseo. Me desato y lo agarro de la nuca para acercarlo a mí y tenerlo más cerca, tanto, que noto cómo su miembro se engrandece y acaba pegado a mi estómago.

Debo parar, debo frenar esto… y aun así no quiero. Todo lo que estoy viviendo es nuevo, excitante, y me atrae.

—Nadia Fernández, box cinco. —Me llaman por megafonía, pero no quiero que esto pare.

—Te están llamando —me susurra Tomi entre beso y beso.

Me aparto de él nerviosa, embriagada de tanto éxtasis. Lo miro y me dedica una sonrisa traviesa mientras se muerde el labio inferior. Nunca creí que ese simple gesto, pudiera parecerme lo más sexi que había visto nunca, sin embargo, así es.

Me dirijo al box cinco e intento recobrar el sentido.

Escucho la voz del médico, salvo que no entiendo lo que dice. Mi cuerpo está allí presente, aunque mi cabeza sigue en el pasillo besando a Tomi.

—¿Me ha entendido? —Lo miro y niego con la cabeza. No sé qué ha dicho.

—Salga por esa puerta —señala la puerta que tiene detrás—, verá un letrero que pone Radiodiagnóstico. Siga las indicaciones; la esperarán allí.

Hago lo que me dice, con la imagen de Tomi besándome aún grabada en mis pensamientos.

¿Me gusta Tomi?

No soy ciega, está claro que es guapísimo, solo que jamás hubiera imaginado que sus caricias y sus besos pudieran producirme estas sensaciones.

Me hacen radiografías y me informan que, como pensaba, tengo el quinto metacarpiano fracturado. El día no puede ir a peor. ¿O sí?

Me inmovilizan la mano y me explican que deberé llevar una férula algunas semanas para sanar el hueso. No es nada importante, unas semanas de reposo y ya está, pero justo es la mano derecha con la que hago todo.

Salgo de la consulta y busco a Tomi. Lo encuentro en el mismo lugar que lo dejé, con los brazos cruzados y la mirada perdida. Está pensando en algo y tengo la certeza de que mi beso ronda en su cabeza.

¿Qué hago ahora? Tengo una conversación pendiente sobre lo ocurrido y, aunque he tenido tiempo suficiente para pensar en una excusa, he dedicado todo el tiempo a recrear una y otra vez el beso.

—Ya estoy —le suelto al llegar donde él.

—¿Qué te han dicho? ¿Qué tienes? —pregunta al verme con el brazo vendado.

—Fractura del quinto metacarpiano —respondo sin alarmarle.

—La fractura del boxeador —dice, sin darle mayor importancia. Está serio, pero pienso que no es a causa de mi enfermedad.

No me extraña que conozca esta lesión, es la más común en el mundo del boxeo.

—¿Nos vamos?

Asiente y comienza a caminar en dirección a la salida. Va delante de mí y no levanta los ojos del suelo. Sigue pensando.

En cuanto salimos del hospital, se detiene y espera a que me ponga a su altura.

—¿Qué ha sido eso? —suelta como si hubiera esperado un millón de años para hacerme esa pregunta.

—¿Qué cosa? —no sé qué decirle y me hago la tonta.

—¿En serio? ¿Ya no te acuerdas de lo que ha pasado ahí dentro? —Hago silencio y pienso, pero sigue sin ocurrírseme nada—. ¿Quieres que te lo recuerde?

Se acerca, no deja de mirarme con ferocidad, como si fuera a comerme. Sus manos se apoyan en mi cintura. Comienzo a sentir hormigueos por todo el cuerpo, la respiración se acelera y noto el pum pum del corazón a toda velocidad. Aproxima sus labios a mi boca. Y tengo la necesidad de besarle de nuevo, pero los nervios intervienen por mí.

—Estaban los tres que nos atacaron. —¿Por qué le suelto eso en vez de dejarme llevar?

—¿Qué? —Se aparta sin entender y yo agacho la cabeza.

—Te he besado para que no me reconocieran —le suelto avergonzada.

Se hace el silencio y eso me preocupa. Lo miro y observo la manera en que aprieta con fuerza los puños. Sin decir nada, se da la vuelta y se dirige a la entrada del hospital.

No me gusta nada lo que debe pasar por su cabeza ahora mismo y le detengo. Lo agarro del brazo y le ruego:

—Por favor, no entres, no puedo meterme en líos y, además, ya se habrán ido.

Debo haber puesto una cara muy preocupada porque relaja la expresión de cabreo de la cara y relaja el cuerpo.

—Deberías habérmelo dicho.

—¿Para qué? —le pregunto con un hilo de voz—. Ya les di su merecido.

Creo que no debería haber dicho eso, porque su cara parece un poema.

Permanece pensativo, con la mirada fija en mí.

—¡Eran tres contra ti! ¿No ves el peligro? Solo tuviste suerte, la próxima vez puede ser que no lo cuentes.

Parece muy preocupado y, si fuera una chica normal, le daría la razón, pero no lo soy.

—No habrá una próxima vez —contesto muy segura.

Al final, se da por vencido y no insiste más.

Nos dirigimos calle arriba en busca de la moto. Está aparcada cerca y no tardamos en llegar. Abre el maletero y extrae dos cascos, me entrega uno y el otro se lo pone.

—¿Puedes? —pregunta al verme pelear con la correa de seguridad. Intentar abrochar la correa con una sola mano es muy complicado.

—¡Ya está! ¡Atado! —suelto al escuchar el último clic—. ¿Nos vamos?

Conduce sin prisas, como si fuera un paseo por la ciudad. No sabe que me encanta la velocidad y la adrenalina, aun así, no se lo hago saber. Me encuentro muy cómoda agarrada de su cintura y disfruto del tiempo con él.

Es cierto que le besé por las circunstancias, con todo y eso, no me arrepiento y pienso que podría volver a hacerlo. Corrijo, me gustaría volver a besarle y sentir todo eso que me produce el roce de sus labios.

Llegamos a casa.

—¿Estarás bien? —me pregunta sin bajar de la moto.

Debería estar muerta de miedo por lo sucedido, solo que no lo estoy. Soy fuerte y valiente y no tengo miedo a nada, a casi nada.

—Sí, muchas gracias por todo. —Es el momento para decirle que ese beso me gustó y, cuando estoy a punto de hacerlo, aprieta el acelerador y sale disparado.

Al entrar en casa, Sandra está esperando despierta. La veo nerviosa, más que yo, y sus preocupaciones salen a la luz.

—¿Cómo estás? ¿Ha pasado algo? ¿Os los habéis encontrado? — Su respiración es acelerada y no cesa de hacer pregunta tras pregunta.

La agarro de los brazos para tranquilizarla.

—Estoy bien y, por suerte, no me han visto.

—Me dejas más tranquila.

—Bueno, sí ha pasado algo —le suelto con una sonrisa traviesa.

Me mira desconcertada y espera a que se lo diga, pero callo, la impaciento adrede.

—¿Qué ha pasado? ¡Por Dios! ¡Me va a dar un síncope!

Río.

—He besado a Tomi.

—¿Qué? ¿Qué has hecho, qué? —Ahora es ella la que me agarra de los brazos y me zarandea—. ¡Cuéntamelo todo, por favor!

Nos sentamos en una de las sillas del salón y la noto nerviosa e insistente.

—Aparecieron los tres desgraciados y tuve que hacerlo para que no me vieran.

—¡Madre del amor hermoso! ¿Y qué te ha dicho? Se habrá quedado flipando.

Pienso en esto último que ha dicho y no encuentro respuestas a las preguntas que se hace mi cabeza.

—Pues en realidad, creo que me devolvió el beso.

—!¿Cómo que crees?! O te apartó o te comió toda la boca, no hay más opciones.

Su comentario me hace reír, sin embargo, sé que tiene razón y eso me desconcierta.

—Me devolvió el beso —contesto insegura de mis propias palabras.

Ella comienza a saltar alegremente.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía!

Me extraña su actitud y no tengo ni la más remota idea de por qué está tan excitada.

—¿Qué sabías?

Se detiene, se coloca enfrente de mí y, con una sonrisa maliciosa, me responde:

—Que acabaríais juntos.

—¿Quéé? —No espero oír eso—. ¿Estás loca? ¿Él y yo?

Se gira riendo igual que una loca malvada.

—¡Sí, sí! Hacéis muy buena pareja —suelta entre risas.

No estoy de acuerdo con lo que piensa, pero no quiero comenzar un debate con ella; tampoco es que me importe demasiado lo que Sandra pueda pensar. Tengo claro que ese beso ha sido un accidente y que él no siente nada por mí.

Porque él no siente nada por mí, ¿no? Y si no lo siente, ¿por qué ha continuado besándome después de lanzarme a su boca?

¡No! Necesito dejar de pensar en todo esto. Más vale que me aleje de ese hombre; tampoco me conviene.

—Bueno, y a todo esto, ¿dónde has aprendido a pelear así? —me pregunta, y dejo de pensar de inmediato en el beso que compartí con Tomi.

—Hice unas clases de defensa personal.

No sé por qué le miento a mi amiga, no sé por qué tengo la necesidad de callar la verdad ante ella y eso me entristece. Sandra se ha convertido en mi mejor amiga, en mi hermana. ¿Y yo le pago con mentiras? Se merece saberlo todo y soy consciente de que pronto se lo contaré, aunque ahora prefiero mantenerla al margen de mis problemas.

Me mira y sabe que no estoy siendo del todo sincera, a pesar de eso, sonríe y contesta:

—¡Qué suerte tener una amiga con esas habilidades! —Ríe mientras simula que boxea al aire—. Por cierto —se detiene y dirige la mirada hasta mis ojos—, deberías darle una oportunidad a Tomi.

—¿Debería? ¿Y eso por qué? —No entiendo tanto interés en que él y yo estemos juntos.

—Pues... —Levanta el dedo índice—, uno: es un buen chico; dos —añade un dedo más al índice formando el número dos—: podríamos salir los cuatro.

—Ya salimos los cuatro —la interrumpo con la intención de que deje de contar las ventajas de estar con Tomi, aun así, me ignora y

continúa:

—Tres: es catalán como tú, por si decides regresar a Barcelona, estoy segura de que a él no le importaría acompañarte. —Niego con la cabeza, porque todo lo que ha dicho es verdad, pero ¿es suficiente? ¿Suficiente para qué? Los nervios se instalan en mi estómago como pequeños alfileres voladores—. Y cuatro: está buenísimo que te cagas.

Pongo los ojos en blanco y tengo claro que, a esto último, no puedo llevarle la contraria, tiene toda la razón, sin embargo, al resto...

—A ver —me pongo los brazos sobre las caderas en modo amenazante y le respondo tal cual ella lo ha hecho—. Uno —repito el mismo gesto que Sandra y levanto el dedo índice—: que sea catalán o de otra comunidad es indiferente. Dos: no lo conozco tanto y no sé si es buen chico o no. Tres: podemos seguir saliendo los cuatro sin enredarnos él y yo; y cuatro: ¿qué importancia tiene que esté buenísimo?

—¡*Ofú*, Nadia! Qué complicada eres.

—Y cinco, que no había acabado, me falta el punto más importante: ¿y si él no siente nada por mí, que es lo más acertado pensar?

Oigo una carcajada que proviene de la garganta de mi amiga.

—¿En serio? Qué inocente eres.

La miro confundida, sin entender a qué se refiere.

—¿Por qué dices eso?

Capítulo 13

—¿De verdad no has caído?

—¿Me puedes explicar en qué cojones no he caído? —Comienzo a impacientarme.

Sandra no hace más que reírse y me está cabreando. La fulmino con la mirada y logro la reacción que espero.

—Está bien, está bien —dice todavía entre risas—. A ver, «mi arma», sé por qué tuviste que besarlo para que no te vieran aquellos desgraciados, pero ¿y él? ¿Por qué te besó él?

Ha llegado a la misma conclusión que yo, y eso me asusta. Un miedo irracional a lo desconocido, a no saber las respuestas a las preguntas que no dejan de asomarse por la cabeza ahora mismo. Porque sí, yo lo besé, no porque lo sintiera, más bien por necesidad, solo que ¿por qué lo hizo Tomi? ¿Por qué no me detuvo? ¿Acaso él quería...?

Todas esas preguntas se apelotonan en mi mente y no tengo respuesta a ninguna de ellas. Y si las tuviera, surgirían otras y más importantes todavía, como: ¿qué siento yo por él?

No quiero pensarlo, no quiero dar respuesta a eso, por lo que niego con la cabeza en silencio y me olvido de todo.

—Dejémoslo —le ruego con un hilo de voz. Sandra me entiende y deja de insistir. Sabe que no es el momento de hablar de aquello—. Estoy agotada y necesito dormir un poco.

Se da por vencida y, ante una sonrisilla picarona, se despide y se marcha a su dormitorio canturreando.

Hago lo mismo y me encierro en la habitación, me pongo el pijama y me estiro en la cama, pero con todo lo ocurrido esa noche, me es imposible conciliar el sueño. El beso inesperado con Tomi no deja de repetirse en mi cabeza, y ahí está el problema: no puedo olvidarlo con facilidad.

A la mañana siguiente, después de haber dormido no más de cuatro horas, me despierta un ligero sonido que proviene del comedor.

Al salir del dormitorio, puedo distinguir la música que escucha, o, mejor dicho, que baila mi amiga. Se ha levantado de muy buen humor, a diferencia de mí, que entre lo poco que he dormido y que sigue rondándome por la cabeza el maldito beso, no me deja pensar con claridad.

Paso por en medio de sus pasos de baile y es cuando repara en mi presencia y su amplia sonrisa me pone los nervios de punta. Por la mirada que le he echado, prefiere no abrir la boca, aun así, oigo su risa casi en un susurro, lo que hace que mi humor empeore por momentos.

Me dirijo a la cocina con la intención de preparar un café bien cargado para sobrellevar el día. Sigo cansada y, aunque podría haberme quedado unas horas más en la cama, he decidido aprovechar la mañana.

No sé por qué, pero oír el sonido del café, que cae gota a gota de la máquina, me relaja. Sujeto la taza de café entre las manos, bueno, una de ellas, la otra está inmovilizada y, mientras inspiro el aroma que desprende, consigo calmar mi estado emocional. Por unos minutos consigo dejar de pensar en lo sucedido la noche anterior. Y ya no es tanto por la no-agresión de aquellos tres, sino que me preocupa más el beso de Tomi.

—¿Te vienes? —La voz de Sandra me despierta del trance.

—¿A dónde? —le pregunto con la esperanza de que el plan que va a proponerme me guste.

—He quedado con Carlos para ir al mercadillo. —Suena bien. Desde que llegué a este pueblo, no he pisado ni uno de esos famosos mercadillos. Mi amiga me ha contado maravillas de todo lo que se puede encontrar allí a un precio inmejorable. Sí, me gusta la idea—. Viene Tomi —dice casi en un susurro, como si decirlo más alto o bajo fuera a cambiar algo.

No, no estoy preparada para encontrarme con él.

—Había pensado en estudiar —miento igual que una bellaca.

Alza las cejas y la forma de sus labios forma una breve sonrisilla que la delata. Sabe que le miento y lo peor de todo es que sabe el

motivo.

—Ya, bueno. Tienes una hora para pensarlo.

Y se marcha de la cocina canturreando esa maldita melodía que siempre utiliza en los momentos clave y que me pone los pelos de punta. En este instante la odio, tanto que la agarraría de los pelos y se los arrancaría de cuajo. No me gusta esta versión de mí, pero no puedo evitarlo, no estoy cómoda con la situación ni mis sentimientos y no tengo ni la más remota idea de cómo gestionarlo.

Decido ordenar el dormitorio para mantener la mente ocupada. Y solo pienso en una cosa: me apetece demasiado ir al mercadillo.

¿Por qué no ir? Me convenzo de que debería ir, hacer las cosas que me gustan y olvidar aquel beso tonto. Total, seguro que Tomi no le ha dado la misma importancia que yo.

—¡Nos vamos! —grita Sandra desde el salón.

Lo pienso unos segundos.

—¡Espera! Me visto enseguida y voy con vosotros.

Aunque no pueda verla, estoy convencida de que está sacando una de sus sonrisas diabólicas, pero no me importa, porque he decidido pasar del tema y que no me afecte nada en absoluto.

Después de cambiarme el pijama, bajo deprisa por las escaleras y me encuentro con Sandra en la puerta.

—¿Estás lista? —me pregunta con retintín.

«No, claro que no estoy lista».

—Por supuesto, ¿por qué no iba a estarlo? —improviso sin que me tiemble ninguna parte del cuerpo. Porque, para qué engañarnos, sé que Tomi está al otro lado de la puerta y eso me produce escalofríos.

—¡Pues vamos! Nos están esperando.

Y abre la puerta mientras canta esa canción que tanto detesto y salimos.

Lo veo, nuestros ojos se cruzan y mi cuerpo comienza a hacer idioteces. Siento que el corazón me palpita más rápido que de normal, parece que en cualquier momento vaya a salírseme del torso.

Creo que me empieza a faltar el aire y necesito coger aire y retenerlo con más fuerza. Y más cuando en su rostro se dibuja esa

sonrisa tan perfecta.

«Nadia, tienes que relajarte. Ayer no pasó nada de nada», intento convencerme y parece que da resultado.

Los latidos se ralentizan y parece que el espacio de los pulmones se ha duplicado, ya que no necesito inspirar tanto para llenarlos.

«Bien, eso está mejor», me digo a mí misma para infundirme los ánimos que en este instante tanto necesito.

Subo al coche y me acomodo en los asientos de atrás. Conduce Carlos y Tomi va de copiloto. Lo tengo sentado en diagonal y, aunque tengo una inmejorable visión del perfil de su cara, me siento segura en la distancia.

—Tomi, ¿te importa sentarte detrás? Me gustaría ir con mi churri.

«¡Mierda! ¡Maldita Sandra!», maldigo en silencio.

Le hago saber mi incomodidad mediante gestos que solo ella puede apreciar. Una simple mirada inquisidora, un apretamiento de labios fugaz y un leve movimiento de cejas. Ella lo ve y su respuesta es una divertida sonrisa, que los demás piensan que es por estar contenta por ir delante.

—Hola —me saluda acomodado en el asiento que está contiguo al mío—. ¿Cómo estás? ¿Y la mano?

—Bien, gracias —le contesto bastante seca.

Me observa y desvío la mirada por la ventanilla del coche. No quiero que note que solo su presencia me pone nerviosa.

—Me alegra oír eso. —Coge el cinturón para ponérselo, pero parece que se ha quedado atascado. Se mueve para intentar desatascarlo, con tan mala suerte que está tan cerca de mí que puedo oler ese perfume que tanto lo caracteriza. Inspiro con disimulo ese agradable y sexy aroma y todas mis hormonas se revolucionan.

«No tendría que haber venido», pienso mientras me arrepiento de haber aceptado ir con ellos.

Durante todo el trayecto no nos dirigimos la palabra, ni siquiera lo miro, me dedico a observar la nada por la ventana, a la espera de que lleguemos para aumentar la distancia entre nosotros.

—Ya hemos llegado —dice Carlos, disminuyendo la velocidad del motor—, pero está a reventar. A ver si encontramos aparcamiento.

Ahora sí que observo con más atención en busca de algún lugar donde estacionar el vehículo. Y lo veo.

—¡Ahí! —grito y señalo un espacio donde creo que puede caber.

No me he dado cuenta, salvo que, al girarme, he puesto la mano encima de la de Tomi, que la tenía encima del asiento desocupado.

Mi cuerpo se estremece al sentir la calidez de su piel y ya estoy harta de sentir todo esto, por lo que aparto la mano de manera brusca y él se da cuenta:

—¿Estás bien? ¿Qué te pasa?

Quiero decirle lo que pasa por mi cabeza, gritarle que es por el puñetero beso, pero recapacito a tiempo, antes de que diga alguna locura. Al fin y al cabo, él no tiene la culpa de nada.

—Sí, sí, lo siento. No he dormido bien.

No le he mentido, pues es del todo cierto que he pasado una mala noche, aunque no pienso decirle que el motivo ha sido él.

Me mira divertido y contesta:

—¡Ah! Yo pensaba que estabas así por el beso de ayer.

Y, ¡bum!, me estalla en toda la cara.

«Tierra, trágame», maldigo en silencio.

¿Y qué se supone que debo contestarle? Porque ha dado en el clavo. No estoy dispuesta a que piense que estoy así por él.

—¿Qué beso? —le respondo como si nada.

No ha sido la mejor contestación, pues él suelta una sonora carcajada. Le miro más avergonzada que otra cosa y agacho la cabeza.

—En serio, Nadia. Está todo bien. Sé por qué lo hiciste y ya está. No tienes que darle tantas vueltas.

Lo miro con algo de desconcierto porque la verdad no es del todo esa.

—Yo sé por qué lo hice, lo que no tengo ni idea es por qué lo hiciste tú.

Ahora sí he llamado su atención y se pone serio, más bien, nervioso.

—Esto..., ehh... —balbucea y me encanta verle en ese aprieto.

Mis ánimos han mejorado al ciento cincuenta por cien y se lo hago saber con una sonrisa y le repito las mismas palabras que él me ha

dicho dos minutos antes.

—En serio, Tomi. Está todo bien. No tienes por qué darle tantas vueltas.

Arquea las cejas receloso y está a punto de decir algo, cuando Sandra comenta:

—Chicos, cuando queráis bajar, lo decís. Si preferís quedaros en el coche, por mí no hay problema, pero Carlos y yo llevamos un ratito aquí fuera esperando.

Y es en ese momento que me doy cuenta de que el coche hace rato que está aparcado y que mis amigos ya no están dentro.

Me río y mucho.

—¿Y ahora qué te hace tanta gracia? —pregunta Tomi, contagiado por mi risa.

—No lo sé.

Y con esa respuesta salgo del coche y me dirijo hacia Sandra.

—¿Todo bien? —me pregunta.

—Sí, todo bien. —Le guiño un ojo y comienzo a andar—. ¿Vamos?

Es de locos, lo sé. Ver cómo se ha puesto Tomi ha hecho que yo me olvide de todo. ¡Claro que le importa ese beso tanto como a mí y ahora no puede negarlo!

Tengo todavía sentimientos encontrados porque no estoy segura de lo que siento por él. Ahora bien, saber que a él le pasa lo mismo, me reconforta. Ahora viene la pregunta del millón: ¿qué quiero hacer ahora? ¿Descubro lo que siento por Tomi o lo dejo estar?

Y volvemos al principio. Los nervios se acumulan en mi estómago.

¿Cuánto tiempo hace que no siento algo parecido por otra persona? Lo de Claudio pasó hace mucho, aún no había cumplido la mayoría de edad y todavía sigue presente en mis recuerdos. No sé si estoy preparada para embarcarme de nuevo en esto, con lo que sufrí con él... Y como acabó todo...

Un escalofrío recorre mi columna vertebral al recordar lo vivido con mi exnovio y me entra el pánico.

«No, no va a ocurrir lo mismo», me repito una y otra vez hasta convencerme.

—¿Nadia? ¡Nadia! ¿Ya estás otra vez en trance? —exclama Sandra, haciéndome volver a la realidad.

No es muy común, pero a veces me ocurre, me quedo petrificada mientras recuerdo el pasado y me olvido hasta de dónde estoy.

—Perdona, ya he vuelto —me disculpo con una sonrisa. —¿Por dónde empezamos? —suelto al descubrir un lugar con miles de metros de puestecitos ambulantes.

Con un primer vistazo, veo que hay ropa, zapatos, maquillaje y cosas para el hogar. ¡Esto es enorme!

Capítulo 14

Caminamos y observamos cada uno de los puestecitos y todos los nervios que he pasado, se esfuman. Observo a Tomi y está muy serio, demasiado para él. En cierto modo, me arrepiento de haberle dicho todo eso. Sigue serio y ni me ha dirigido la palabra en el tiempo que llevamos en el mercadillo.

Necesito que todo vuelva a ser igual que antes, se me hace incómoda esta situación, así que me acerco hasta él, cojo la primera prenda que mi mano sana agarra del puesto que tenemos delante y, para romper el hielo, le pregunto:

—¿Crees que me quedaría bien esto? —Le enseño la prenda y me doy cuenta de lo que en realidad tengo entre las manos.

«Tierra, trágame», maldigo en silencio.

Si es que el destino está dispuesto a hacérmelo pasar mal, eso lo tengo muy claro.

Tomi suelta una carcajada, mientras sigo petrificada, sujetando el puñetero picardías que he cogido sin querer.

¿En serio? ¿No había otra prenda para coger? Mira, que en ese puesto lo que más hay son jerséis de cuello alto, ¿y yo he tenido que escoger un picardías de encaje negro de lo más sugerente?

—Esto..., esto no era lo que quería enseñarte —balbuceo nerviosa mientras suelto la prenda como si quemara en el mismo lugar donde la he cogido.

Me mira y sigue riéndose y, en cierto modo, lo entiendo. La situación merece un millón de risas que no me gustan en absoluto.

—Yo creo que te quedaría muy bien —dice Tomi todavía entre risas.

Me armo de valor, e intento que toda la vergüenza que ahora mismo estoy sintiendo, desaparezca. Para eso, me crezco, me hago más fuerte y le contesto:

—Lo sé, estaría supersexy. —Le guiño el ojo con picardía y me uno a sus risas. Me doy la vuelta y ahora sí que cojo ese jersey de cuello alto que quería enseñarle en un principio—. Esto era lo que quería coger y enseñarte —le suelto divertida.

Se lo muestro.

—Te quedaría muy bien, aunque creo que me gustas más con el picardías.

No está dispuesto a dejar a un lado el traspiés que he cometido y, muy a mi pesar, tengo que aguantar, pues me gusta más este Tomi que el serio y amargado de antes.

—¡Por supuesto! ¡Qué pena que tú nunca llegues a vérmelo puesto!

No sé por qué lo hago, pero me acerco al puestecito, cojo la dichosa ropa interior y con amabilidad le pregunto al tendero el coste. Son solo cinco euros, por lo que, sin pensarlo, saco el monedero y le entrego el dinero. Lo he comprado, aun sabiendo que nunca me lo voy a poner, solo que ver la cara de Tomi no tiene precio y, por solo cinco euros, ha merecido la pena.

Mientras el tendero me entrega la bolsa con la compra, noto algo en la nuca.

—¿Estás segura de que no quieres enseñármelo puesto? —me susurra Tomi con la voz más ronca y sexy que jamás haya puesto.

Su aliento me recorre la piel desde el cuello hasta el hombro. Ahora mismo tengo todo el vello de punta y diminutos escalofríos atacan cualquier parte de mi cuerpo. Sé que su propósito es ponerme nerviosa, pero a este juego podemos jugar los dos.

Me doy la vuelta despacio y nuestras caras quedan a escasos tres centímetros.

—¿Te gustaría? —le digo, mientras acerco mis labios a su oreja y, con un susurro de lo más sensual, sé que he conseguido lo que buscaba.

Sonrío por dentro y espero su ataque o su retirada, salvo que no está dispuesto a perder esta guerra.

Sin esperarlo, me agarra de la cintura con fuerza y me aprieta contra su cuerpo.

—Estoy deseándolo.

Las mariposas vuelven a mi estómago y un calor potente recorre todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo. Me ha dejado descolocada, pero más aún cuando me suelta y, con una sonora carcajada, se da la vuelta y se coloca junto a Carlos, que no se ha enterado de nada, a diferencia de Sandra, que la veo morderse el labio para no descojonarse.

¿Qué ha pasado? ¿Cómo hemos podido llegar a esta situación en tan solo diez minutos? ¿Hablaba en serio o solo era para meterse conmigo?

Lo bueno es que Tomi parece haberse recuperado y luce contento y sonriente. Lo malo, es que llevo un calentón encima...

No hablamos el resto de la mañana, aunque las miraditas y sonrisillas que me ha ido regalando, no me han dejado indiferente. El deseo que ahora mismo siento por él no puede compararse con lo que he sentido nunca por nadie, ni siquiera por Claudio. Claro está que la relación con él fue algo difícil desde el principio y todo eran complicaciones.

—¿Qué hay entre tú y Tomi? —me pregunta Sandra en uno de esos momentos en que la mirada de Tomi se ha topado con la mía.

—Ehhh... ¿Nada?

—Eso es una pregunta, no una respuesta —me dice divertida. Y lo único que me sale es una sonrisa bobalicona que lo dice todo—. ¡Lo sabía! ¡A ti te gusta!

Y me doy por vencida. ¿Por qué convencerme de que no siento nada por él cuando es evidente que sí?

—¿Puedes hablar más bajito? ¿O tiene que enterarse todo el mundo? —le recrimino, mientras cierro su boca con mi mano.

—¡Lo sabía, lo sabía! —exclama, mientras intenta zafarse de mi mano.

—¿El qué sabías? —interrumpe Carlos.

¡Mierda! Tal y como pensaba, los chicos la han escuchado. Ella piensa en algo que decir, porque está claro que no va a decirle la verdad delante de Tomi.

—Pues que he adivinado para quién se va a poner el picardías que se ha comprado.

¿En serio? ¿No se le ha ocurrido otra excusa más que esa?

Los tonos rojizos se instalan en la piel de mi cara.

—¿Ah, sí? ¿Y con quién piensas lucirlo? —Ahora sí que me quedo muerta del todo. Tomi se ha apuntado a la conversación y parece muy interesado en saber la respuesta.

—Eh... ¡A ti no te importa! —improviso y continúo con la mentira de Sandra.

—Pues que le aproveche, para lo que hay que ver —responde muy borde.

¿Estará celoso? Imposible.

No hago caso del desafortunado comentario, porque él mismo me ha dicho horas antes que le gustaría verme con él, así que lo único que tiene es pelusilla y no le doy demasiada importancia.

—Nadia, ¿vas a venir esta noche a ver a Tomi pelear?

Cuando estoy a punto de contestar que no, porque sigo sin estar preparada para ver combates de ese tipo, Tomi responde por mí.

—No podrá, tiene que enseñarle su nuevo modelito a su chico. —Ha intentado hacer una broma, pero hasta Carlos se ha dado cuenta que sus palabras suenan sarcásticas.

Eso me hace sonreír. No tengo dudas de que está celoso.

—¡Exacto! Ya tenía planes para esta noche —reafirmo divertida por las caras que pone Tomi.

—Que te aproveche, entonces. —Se da la vuelta y comienza a caminar en dirección al coche.

Está molesto y no sé si es porque no voy a verlo esta noche o porque le he dado a entender que tengo una cita con otro chico. Quizá por ambas cosas.

Durante el camino a casa, Tomi está serio y se entretiene mirando por la ventana. No soporto verlo así, menos, si es por mi culpa

—Oye —le susurro para que los de delante no nos oigan. Me mira y continúa serio.

—Qué. —Su voz suena enfadada con un toque de rencor.

—¿Por qué estás enfadado?

Se lo suelto, tal cual.

—No estoy enfadado —contesta bajito—. ¿Por qué debería estarlo?

Y, ¡zas!, la pelota vuelve a mi tejado. ¿Qué le respondo para que no quede como una egocéntrica?

Pienso rápido, pero la respuesta tarda en llegar. Sus ojos, fijos en mí, entorpecen mis pensamientos y no tengo ni la más remota idea de qué contestar. Así que continúo con su juego de preguntas:

—¿Entonces no estás molesto por nada?

—No, en absoluto —dice serio.

Y sé que miente y me revienta.

—¡Ah! Como te he visto así, pensaba que era porque no iba a verte. ¿Quieres que vaya? —Me gustaría hacer las paces y, para eso, doy mi brazo a torcer. Tengo que superar el trauma de los combates y quiero hacerlo ya.

Me mira sorprendido y puedo observar una diminuta sonrisa que se forma en la comisura de los labios.

—¿No tenías planes?

Será... ¿No puede decir un «vale, me encantaría» y ya está?

—Puedo cambiarlos.

—¿Cambiarías una cita con un tío por ver un combate mío? —sonríe con picardía y está consiguiendo que pierda la paciencia con él—. ¿Por qué harías algo así?

Espera una respuesta que no le pienso dar. Ya he dado mi brazo a torcer y él solo hace que ponérmelo más complicado, y a este juego podemos jugar los dos.

—Déjalo, tienes razón. ¿Por qué iba a cambiar una cita por un combate tuyo?

Y, tal cual, me doy la vuelta y miro por la ventana, dejando a Tomi confuso y con la palabra en la boca.

No pasan ni treinta segundos cuando oigo:

—Me encantaría que vinieras a verme.

Pero estoy cansada de ahora sí, ahora no, y la que está molesta ahora soy yo. Y se lo hago saber.

—Ya veré lo que hago —le digo sin desviar la vista de la carretera.

Ya no hablamos más, parece que ha entendido la indirecta y deja el tema a un lado.

Llegamos a casa. Carlos no llega a aparcar: lo deja en doble fila. La pareja sale primero del coche para despedirse y, como es de

costumbre, les dejo espacio para sus arrumacos.

—¿Vendrás? —Y lo peor que puedo hacer es mirarle a la cara. Sus ojos brillan y me recuerda al gato de Shrek cuando hace ojitos.

Ya estoy sin defensas y quiero gritar un «sí» como una catedral, pero me contengo. Solo le sonrío traviesa y salgo del coche a toda velocidad para no lanzarme a su boca.

Entro en casa y voy directa a la habitación antes de que Sandra me persiga con su interrogatorio, que no tarda en llegar. Cierra la puerta a su espalda y se tira en la cama divertida.

—Ya puedes estar largando, zorrona. —Ríe mientras da unas palmaditas a su lado, sobre el colchón.

Me siento donde me indica, pero no estoy dispuesta a que se salga con la suya.

—¿Qué quieres que te diga?

—¿Te vas a hacer la tonta ahora? Porque lo que yo he visto hoy, me deja todo claro como el agua —insiste.

—¿Y se puede saber qué has visto? —Me hago la loca porque sé muy bien a qué se refiere.

Se sienta de un bote y estira de mí.

—¿No me lo vas a contar?

—¿El qué? —Y me río.

—¡Joder, Nadia! No te hagas de rogar. —Me hace pucheros y me rindo.

—No sé qué ha pasado. Creo que hemos tonteado y...

—¿Y...? —Se interesa por lo que voy a decirle.

—Y creo que me ha pedido que vaya a verle esta noche.

Me suelta y da un brinco para ponerse de pie.

—¿Cómo que crees? ¿Te lo ha pedido o no?

Hago memoria de las conversaciones y, en realidad, no me ha pedido que vaya.

—No literalmente, pero...

—¡Pero nada! Os he visto lanzándoos miraditas y sonrisitas. ¿Y has visto cómo se ha puesto cuando le he dicho que habías quedado con otro? —Sandra está eufórica y da saltitos de alegría—. ¡Claro que quiere que vayas esta noche! ¿Irás, verdad? —no deja que

conteste a ninguna de las preguntas que hace, habla sin parar—. Ya sé que no te entusiasman esos sitios, pero...

—¡Que sí, que iré! —la corto para que respire y me deje hablar a mí.

Logro mi cometido, me mira y salta corriendo hasta mí, con tan mala pata que tropieza y cae sobre mi cuerpo.

—¡Joder! —gritamos al unísono cuando nuestras cabezas chocan por error.

Nos hemos dado un buen golpe y, con seguridad, aquí —toco mi frente— me va a salir un chichón.

Capítulo 15

La tarde hubiera pasado con total normalidad, si no fuera porque estoy hecha un manojo de nervios. Corro de un lado para otro, mientras limpio a fondo la casa. Y eso solo ocurre cuando estoy nerviosa y hoy, lo estoy. Creedme que ha sido un infierno tener que limpiar, barrer y fregar con una sola mano. Ya no sé si es por volver a ver a Tomi o por tener que enfrentarme a mis miedos volviendo a un club clandestino de esos. La última vez que estuve, entré en pánico y no me gustaría volver a repetirlo.

Mientras pongo en claro mis pensamientos, paso el trapo con ímpetu sobre la encimera de la cocina.

—Si continúas así, vas a desgastar el mármol —dice Sandra con demasiada calma.

Me giro y la encuentro con su característica sonrisa al otro lado de la cocina, justo apoyada en el marco de la puerta.

—¿Qué? —Estoy tan sumergida en mis pensamientos, que no la he escuchado bien.

Se acerca despacio y llega hasta mi lado. Me levanto para quedar a su altura.

—Que llevas media hora frotando en el mismo sitio. —Me arrebata el trapo de las manos con suavidad y tranquilidad—. ¿Estás bien?

Se ha dado cuenta de que algo me pasa y la veo preocupada.

—¡Claro que estoy bien! —le contesto, arrastrando alguna letra.

—Sabes que puedes hablar conmigo, ¿verdad? —Me coge de la mano y un remanso de paz invade todo mi espacio personal.

Ella es mi persona, mi media mitad, lo sé porque lo siento aquí —me toco el pecho, justo en el centro del corazón—.

Por un segundo, pienso en derrumbarme y contárselo todo: mi pasado, mis miedos. Pero decido no hacerlo, continúo sin estar preparada.

—Estoy bien. Solo que no sé qué tengo que esperar de esta noche. —En cierto modo, no le miento, también es verdad, al menos, una parte de ella.

—Pues esas cosas me las tienes que contar —dice sonriente—. ¿Qué es lo que piensas?

Y desembucho todos los pensamientos que han ido pasando por mi cabeza durante todo el día:

—A ver —me siento en la silla de la cocina y hago que ella también se acomode en la que está enfrente de mí—, Tomi boxeará, ¿no? ¿Y después? ¿Querrá estar conmigo? ¿Estará muy cansado para salir por ahí? ¿Y si pierde? ¿O si gana y quiere celebrarlo con sus amigos? ¡Ay! No sé si ir o no. —Agacho la cabeza y suspiro.

—En primer lugar, Tomi no tiene más amigos que nosotros, por lo que, si gana y quiere celebrarlo, ten por seguro que será con nosotros, aunque yo estaría dispuesta a apostar algo, a que prefiere celebrarlo contigo y tu picardías nuevo. —Suelta una carcajada y, en cuanto voy a responderle con una grosería, continúa hablando—: Segundo, si pierde, quién mejor que tú para consolarle. Y tercero, mejor que esté cansado, quizá te lleve a su casa para «descansar». —Hace las comillas con las manos en cuanto dice «descansar».

Si pretendía calmarme, ha conseguido todo lo contrario. Ya ni recuerdo la última vez que estuve a solas con un chico. Bueno, sí lo recuerdo, solo que prefiero borrarlo de la memoria, no fue muy agradable que digamos. Aun así, los nervios se instalan en mis entrañas y tengo sentimientos encontrados. Por un lado, me encantaría estar con Tomi a solas y conocerlo más, por otro, ¿y si lo único que quiere de mí es sexo? ¿Estoy dispuesta a acostarme con él? ¿O es muy pronto?

Los nervios se transforman en dudas y miedo. Dudas por no saber qué quiero de Tomi y miedo por no saber qué quiere él de mí.

—No me dejas más tranquila —le digo cabizbaja.

Entiende la preocupación que siento y coloca su mano sobre la mía.

—Nadia, deberías hablar de tu pasado. —La conversación que en un principio podría considerarse divertida y picante, se convierte en seria y oscura—. No sé qué te pasa y, por ende, no puedo ayudarte.

Háblame —y sé que lo que dice lo siente de verdad. Sandra quiere ayudarme, o al menos, entenderme.

Trago saliva y estoy dispuesta a entregarle un pedacito de mi vida.

—Bueno... yo...

Justo en este momento, suena su móvil en el comedor.

—¡Mierda! ¿Ahora? —Mira en la dirección de donde proviene el sonido, después a mí—. Da igual, ya le devolveré la llamada más tarde. Dime, Nadia.

Y sí, estaba a punto de contarle una parte de mi pasado, pero la melodía del móvil parece que ha hecho un efecto en mí que no esperaba.

—Otro día te cuento. Anda y ve a por el teléfono.

Sandra alza una ceja confusa. Niega con la cabeza; entiende que no le voy a explicar nada, y se va algo molesta al comedor. Es Carlos el que está al otro lado. No sé si darle las gracias o una colleja por interrumpir este momento. Estaba dispuesta a largar todas mis mierdas a Sandra y creo que era buena idea, pero en el último segundo, me arrepiento y lo dejo para más adelante.

Ya casi es la hora de que vengan a buscarnos y algo dentro de mí, me dice que no suba al coche de Carlos, que no aparezca por el club al que vamos a ir y que me aleje de Tomi. Lo pienso, de verdad que pienso en hacer caso a la alarma que se ha instalado en mí, solo que decido no hacerle caso.

Me visto con un short tejano y una camisa entallada. Dejo suelto el pelo y me doy un poco de color en las mejillas.

—¡Nadia! —grita fuerte mi amiga—. Carlos ya está aquí. ¿Te queda mucho?

—¡Ya estoy! —contesto en el mismo tono que Sandra.

Salgo corriendo de la habitación y me planto delante de ella con una amplia sonrisa.

—Te ves estupenda. —Revisa mi atuendo y comienza a levantarme la camiseta ante la resistencia de mis manos.

—¿Se puede saber qué haces? —le pregunto molesta, mientras me deshago del cuerpo con sus activas manos.

—Ver si llevas el picardías. —Su carcajada retumba en mi cabeza y le pongo los ojos en blanco.

—¡Claro que no! —respondo divertida.

—Pues deberías. —Da la conversación por terminada, deja mi cuerpo en paz y se dirige a la puerta de la entrada. —¿Vamos?

Asiento y salimos juntas de casa.

El coche de Carlos está parado delante de la puerta, en doble fila. Voy en busca de los ojos de Tomi y me defrauda no encontrarlos.

—¿Dónde está Tomi? —Se adelanta Sandra al ver que ha venido solo.

—Le han adelantado la hora de la pelea y debe estar a punto de empezar. Así que vamos.

Subimos a toda prisa al coche y Carlos conduce un poco más deprisa que de costumbre. Tengo el corazón en un puño. No saber cómo está yendo el combate me tiene los nervios a flor de piel. ¿Y si le están dando una buena paliza? ¿Y si sale herido?

No tardamos más de veinte minutos en llegar y enseguida, encontramos aparcamiento a una calle del lugar.

Como era de esperar, el local clandestino se encuentra a las afueras de Sevilla, en medio de varias naves y fábricas y alejado del bullicio de la ciudad. Apenas hay luz que ilumine las calles y corre un aire frío. Las únicas personas que caminan por allí deben de ir al mismo evento que nosotros, porque todos andan en la misma dirección.

Carlos se detiene delante de un gran portón y busca algo, que debe ser la puerta de entrada.

—¿Sabes por dónde se entra? —le pregunta Sandra al ver que está tardando demasiado.

—En realidad, no.

Veo algunas personas al final de la calle que giran a la izquierda.

—Creo que es por allí. —Señalo en dirección a las personas que acabo de ver—. He visto gente girar por allí.

Nos dirigimos al lugar que he indicado y, como intuimos, nos topamos con una puerta metálica y un hombre de grandes dimensiones salvaguardándola. Nos mira de arriba a abajo con cara de pocos amigos, mientras espera que le digamos algo. Parece una

escena de película, una de esas en que el portero espera una señal o contraseña para que nos den acceso, pero para mi sorpresa, Carlos habla:

—*Alohomora* —dice en tono de guasa.

¡No me lo puedo creer! No solo el hecho de que haya una contraseña secreta, sino que hayan utilizado un conjuro de Harry Potter.

Aguanto la risa hasta que entramos y suelto la carcajada más sonora que haya oído nadie jamás.

—¿En serio? —suelto divertida—. Menos mal que no ha sido «ábrete Sésamo», os aseguro que no hubiera podido aguantar la risa.

Sandra y Carlos se unen a mis risas mientras caminamos por el pasillo. Es más corto que el último en el que estuvimos la primera vez, por lo que no tardamos en escuchar los vitoreos y aplausos de las personas que asisten al evento.

El corazón se me encoge a cada paso que doy. Por todo, por nada. Solo pensar que voy a estar de nuevo en un evento clandestino, el ritmo cardíaco se acelera y más si pienso que Tomi va a estar encima del ring, pero es la ansiedad.

Cuento de cien para atrás despacio, controlo la respiración y comienzo a intentar que el cuerpo se relaje. Lo consigo hasta que me encuentro cara a cara con el verdadero infierno. Veo a Tomi que recibe una brutal y sangrienta paliza. Un hombre que debe pesar el doble que él no cesa en repartir puños, a los que no le da tiempo de esquivar.

—¡¡No!! —Un grito desgarrador sale de mi garganta en forma de sufrimiento. Las personas que están más cerca de mí se giran para verme, no obstante, me da igual. Lo que estoy viendo no debe ser legal. No son del mismo peso, por lo que Tomi no se está enfrentando a uno de su misma categoría.

Tengo deseos de acercarme hasta la organización y pedir que paren esta locura, salvo que sé que no es un combate oficial, por lo que en este tipo de eventos vale todo. Y cuando digo todo, es todo. Lo sé muy bien.

Temblando y casi sin respiración, me acerco lo máximo que puedo al ring. Mientras camino hasta allí, no quito ojo de la pelea y apunto mentalmente los puntos débiles del contrincante de Tomi.

Continúa recibiendo una buena paliza y aprovecho un desequilibrio que tiene, que cae cerca del borde del ring. Corro hasta allí y le susurro lo que he analizado minutos antes.

Tomi, todavía desde el suelo, me mira con cara de incredulidad, aunque en mis ojos ve que lo que le he dicho va en serio y se pone en pie.

Hace lo que le digo: directo a las costillas y acto seguido a la mandíbula. Coge desprevenido a su rival y comienza un nuevo espectáculo, sin embargo, esta vez, quien domina es Tomi.

La pelea continúa y ni todos los consejos que le he ofrecido consiguen hacerle vencedor. Aun así, lo ha hecho muy bien.

Capítulo 16

Espero un largo rato y no aparece. Me preocupa que le haya podido ocurrir algo. Es común que después de una pelea se produzcan desmayos y, tal y como ha acabado Tomi, es posible que le haya pasado factura.

Pregunto a un hombre, que parece trabajador del evento, por los vestuarios y me indica el camino. Tengo la sensación de que algo no está bien y aligero el paso. No tardo en llegar y, por precaución, golpeo un par de veces la puerta, no fuera que hubiera algún hombre más en paños menores. Hubiera preferido que alguien contestara, pero el silencio en el interior me preocupa en exceso.

Abro la puerta despacio y miro hacia dentro. No veo a nadie, ni siquiera a Tomi. Entonces, corro e inspecciono todo el vestuario.

—¡Tomi! —grito en cuanto lo veo sentado en un banco, apoyado en la pared y con los ojos cerrados.

Me acerco a toda velocidad a su encuentro y lo zarandeo con dureza. El terror me invade por unos segundos cuando no se mueve.

—¿Qué pasa? —susurra Tomi con un hilo de voz.

—¡Ay, Dios! —Por instinto lo abrazo y lo acuno en mi pecho—. Pensé que...

—¿Qué pensabas? —me interrumpe con voz ya recompuesta. Puedo sentir su sonrisa en su cara, aunque no lo vea.

—Serás... —Lo aparto deprisa porque se está aprovechando de la situación. —Ya no te duele nada, ¿no? —le digo, mientras hago fuerza sobre sus costillas.

Sé que le va a doler, por los múltiples golpes recibidos en esa zona, juraría que tenía más de una rota.

—¡Ay! —grita y se retuerce de dolor.

—¡Qué tonta! Pensé que no te dolía nada —ironizo con una sonrisa maliciosa.

—Serás... —Quiere maldecirme, pero en vez de eso, sonríe.

—Vamos a ver qué heridas de guerra tienes —le digo mientras inspecciono todo su cuerpo.

—¿Qué haces? —pregunta sorprendido, supongo que por mi destreza de enfermera.

—Costillas sin fracturas —le cojo la mano y la reviso—, nudillos magullados.

Siento la piel de su mano, lo miro y ya no sonríe, está serio y observa cómo le voy tocando cada parte del cuerpo. Coloco la mano en su rostro y algo dentro de mí comienza a arder. Pone su mano sobre la mía y nos miramos el uno al otro a los ojos.

Siento nervios y algo más que no sé identificar. Tengo unas ganas tremendas de besarlo y noto que él también, porque se aproxima hasta que nuestros labios hambrientos quedan a escasos centímetros de distancia.

—La-labio partido —balbuceo sin mover un solo pelo.

Cada vez estamos más cerca, el corazón me late a toda velocidad. Y no me queda otra opción, el deseo puede más que mi cabeza, la que no deja de recordarme que eso es una mala idea.

Cuando siento el calor de sus labios sobre los míos, fuegos artificiales se instalan en mi estómago. Solo es un roce, que se intensifica hasta el punto de que nuestros labios quedan muy apretados.

Deseo.

Ardor.

Lujuria.

Y abro la boca para dejar pasar la lengua en la suya. De un beso tierno, se convierte en uno lleno de pasión. Nos abrazamos fuerte, nuestras manos acarician el cuerpo del otro. No puedo parar de besarle, él tampoco.

Tomi sigue sentado en el banco y me pongo cómoda en sus piernas a horcajadas para saborear y notar todos sus músculos en mi cuerpo.

Son sensaciones nuevas para mí y disfruto cada una de ellas, que arremeten con fuerza en cada parte de mi ser. Nos movemos al unísono, como si fuéramos una sola persona. Me deleito con sus

besos juguetones y sus caricias, a cuál más sensual, mientras él hace ruiditos varoniles que se calan en mi cabeza.

Quiero más, mucho más. Pero hace tanto tiempo que no me entrego a un hombre que el miedo me invade. Parece que él piensa lo mismo que yo, porque levanta con suavidad mi camiseta hasta pasarla por la cabeza, dejándome en sujetador. No siento pudor ni vergüenza, estoy cómoda entre sus manos y le doy permiso para continuar.

—¿Quieres que continúe aquí? —susurra en mi oído sin detener sus caricias.

La respuesta debería haber sido que no, que lo más lógico es que continuáramos con esto en un lugar más íntimo, pero el calentón que tengo encima me hace decir lo contrario. O, mejor dicho, no decir nada y pasar a la acción. Me levanto, lo miro con lujuria y pongo las manos sobre la cinturilla de su pantalón, que bajo despacio hasta deshacerme de él. Veo el bulto que asoma entre sus calzoncillos y un calor me sube desde la punta de los dedos de los pies hasta la nuca.

Él busca mi pantalón, desabrocha el botón y lo desliza con lentitud por mis piernas. Después siguen las braguitas, que las desliza con ternura a la par que acaricia mis muslos y los besa con suavidad. Estoy en éxtasis y disfruto de cada beso y de cada caricia. Me coloca sobre su miembro para seguir jugando. Nuestros labios no dejan de desafiarse y su miembro cada vez crece más y más, queriendo entrar dentro de mí, pero se contiene. Lo rodeo con los brazos y me aprieto a él con fuerza.

Ya no hay contención que valga, ambos deseamos lo mismo y no podemos esperar más.

—Espera —dice, mientras me aprieta con mimo. Se levanta, me aparta con mimo y se dirige hasta la puerta. Ver su cuerpo desnudo me excita, si cabe. Tiene la espalda ancha y un trasero perfecto. Me relamo el labio, deseosa de que no tarde en llegar y acabar lo que hemos empezado. Llega a la puerta y me mira juguetón—. Mejor echamos el pestillo —dice en tono burlón.

Si verle desnudo por detrás me ha excitado, verle caminar hacia mí me tiene anonadada. ¡Un dios griego es poco!

No puede esperar más y, cuando llega hasta mí, me coge en brazos y rodeo su cintura con mis piernas. Me lleva hasta las duchas, enciende una y apoya mi espalda contra la pared. Vuelve al ataque, me besa con frenesí y noto que coloca su miembro en la entrada de mi sexo. Lo introduce rápido y un escalofrío recorre todo mi cuerpo.

Fuerte.

Rápido.

Duro.

Me embiste una y otra vez y jadeamos al unísono. Nuestras respiraciones se acompasan y siento su aliento en mi cuello. Estoy disfrutando de lo lindo, como hacía tiempo que no lo hacía. De hecho, jamás he sentido algo igual a esto. Tomi es increíble y me lo demuestra con cada embestida.

Llegamos al clímax casi al mismo tiempo después de varios minutos de un gran sexo desenfrenado. ¿Quién me iba a decir que hoy, ahora, disfrutaría del mejor sexo que he tenido en mi vida con la persona menos indicada?

Tomi, sin duda, debe pensar lo mismo, aunque no dice nada. Mantiene su cabeza en mi pecho, intenta recuperar el aliento. Todavía no sé de dónde ha sacado la energía después de la pelea.

—¿Estás bien? —le pregunto algo preocupada porque sigue sin decir nada.

—Sí… —es lo único que logra decir, pero sigue sin moverse. Le acaricio la cabeza con ternura y apoyo la mejilla sobre su pelo.

Hace una mueca de dolor y entiendo que tiene que dolerle todo el cuerpo. Aparto su cara de mi pecho despacio y nos miramos con un sentimiento extraño. Me siento incómoda, él parece que también y me baja poco a poco.

—Gracias —suelto en un susurro.

¿En serio le acabo de dar las gracias?

«Idiota, idiota, idiota», me digo a mí misma.

—¿De nada? —responde extrañado.

Al momento, se ríe y acaba contagiándome a mí.

—Lo siento, no sé por qué he dicho eso.

Y sigue riéndose.

—Tranquila. Ha estado bien, ¿verdad?

Eso es lo que tendría que haberle dicho, pero ahora las preguntas inundan mis pensamientos. ¿Qué se supone que tenemos que hacer ahora?

Creo que lo mejor es olvidarlo, dudo que Tomi quiera involucrarse sentimentalmente con alguien ahora mismo. Pero me sorprende, porque al ir a recoger mi ropa interior, me agarra del brazo y tira de mí. Me besa de nuevo y mi cuerpo vuelve a querer lo mismo que minutos antes.

—Bastante bien —le digo, mientras sonrío después de ese beso robado.

—¿Quieres venir esta noche a mi casa?

Capítulo 17

«No debo».

—Sí, me gustaría. —¿Por qué he dicho eso?

En ese momento se oye a alguien aporrear la puerta.

—¿Quién hay ahí? ¡Abrid! ¡Necesito entrar!

¡Mierda! En cuanto nos vean salir juntos, me voy a morir de la vergüenza.

Miro a Tomi desconcertada.

—¿Qué hacemos? —le pregunto nerviosa. Él solo se ríe—. En serio, si salimos juntos, van a pensar que…

—¿Qué van a pensar? —dice con una sonrisa bobalicona.

—Pues ya sabes… que tú y yo…

—¿Acabamos de follar? —Acaba la frase por mí.

Yo no habría utilizado esas palabras, hubiera sido un poco más fina, pero sí, es eso.

—Sí…

—¿Y qué?

—¿Cómo que y qué? —No entiendo por qué no se escandaliza igual que yo. Como si fuera tan normal…

—¿Piensas que el de ahí atrás no ha echado nunca un polvo en algún sitio inapropiado? —Estoy a punto de replicar, cuando él interviene de nuevo—: Verás cómo suelta una risilla y ya está.

Lo dudo, aun así, acabo de vestirme con rapidez y espero a que él esté listo. Me agarra de la mano con firmeza y abre la puerta. Al otro lado, nos encontramos con un hombre de mediana edad. No puedo creerlo, al vernos salir juntos, abre los ojos y suelta una risilla, tal y como ha dicho Tomi.

¡Menuda vergüenza!

Paso por el lado de ese hombre con la cabeza agachada mientras Tomi sonríe.

—¿Ves como no es para tanto? —Aminora el paso y yo le replico:

—¿Podemos irnos ya de aquí, por favor?

Ha notado lo mal que lo estoy pasando y se apiada de mí. Aprieta mi mano con fuerza y salimos de allí deprisa.

A la salida nos espera un taxi, que, con las indicaciones de Tomi, nos lleva hasta su casa, bueno, mejor dicho, a su piso compartido con tres estudiantes más.

A la hora que llegamos, están todos durmiendo, por lo que entramos sin hacer ruido y me conduce hasta su dormitorio. Todavía no me explico qué diablos hago yo aquí, aunque la verdad, quiero estar y vivir al menos una vez más, disfrutar del sexo con él. Mañana será otro día para arrepentirse, o quién sabe, para aventurarse a nuevas experiencias.

—No es muy grande, pero para mí ya está bien —dice para romper el silencio—. ¿Te apetece beber algo? —pregunta al ver que no contesto.

Pero no lo hago, no porque no tenga nada que responder, sino porque mi mente solo puede pensar en besarle y hacerle el amor. Y es lo que me propongo hacer. Me lanzo a su cuello sin que se lo espere, con tan mala suerte, que pierde el equilibrio y cae al suelo con mi cuerpo encima.

—Lo siento, lo siento, lo siento —repito una y otra vez avergonzada.

«Tierra, trágame».

No sé qué me ocurre, pero estoy más torpe de lo normal. Al menos, Tomi no se lo toma a mal; se ríe a carcajadas y consigue que me relaje un poco.

Y entonces, se estira de espaldas al suelo, me agarra de la cintura y me coloca en la suya.

—Estás preciosa cuando te ruborizas —susurra. Y lo que debería haberme hecho poner colorada consigue el efecto contrario. Inhibe mi vergüenza y me da una fuerza interior desconocida para mí. Lo beso con sensualidad y me corresponde de la misma manera. Noto sus manos acariciando todo mi cuerpo y una mezcla de diferentes sensaciones me invaden de una manera poco habitual.

Hacemos el amor y no una sola vez, sino que disfruto de ese manjar unas tres veces más.

Estoy extasiada con lo que acaba de ocurrir. Sabía que me atraía Tomi, desconocía hasta qué punto. La noche de sexo que hemos tenido me ha dejado agotada. Y no solo físicamente, sino también en lo emocional. Demasiados recuerdos del pasado han vuelto a mi mente y no estoy dispuesta a que me amarguen este momento.

Me gusta Tomi y sé que yo a él también. La pregunta del millón es cuánto, mas no voy a preguntarle.

Me despierto en su habitación y me siento sobre la cama, mientras le observo dormir. Está desnudo y una fina sábana le cubre de cintura para abajo, dejando al descubierto los músculos de los brazos y la ancha espalda. Está muy sexy en esta posición, boca abajo y con el brazo sobre la almohada.

Me deleito con las vistas hasta que me fijo en mi alrededor. Es un dormitorio espacioso, pero no tiene ni un poco de personalidad. Está pintado de blanco, con armarios bastante viejos en color marrón. No hay cuadros ni fotos que decoren la estancia. Eso me parece extraño. Es como si fuera un hogar de paso, como si no pensara quedarse allí mucho tiempo.

—Buenos días —balbucea Tomi a mi espalda.

Me doy la vuelta y lo veo despeinado, los ojos con lagañas y, aun así, lo encuentro de lo más sexi, lo que me hace olvidarme de los pensamientos. Le sonrío.

—¡Hola! —Mi voz suena alegre, quizá hasta demasiado.

—Qué energía por la mañana —dice medio dormido a modo de queja.

—Lo sien... —A punto de terminar el «lo siento», ya tengo sus manos agarrándome de la cintura y estirando hacia él. Quedo colocada de un costado, encogida, y Tomi está detrás abrazándome con todo su cuerpo. Su boca se encuentra muy cerca de mi nuca. Puedo sentir el cálido aliento que desprende y que rebota en mi cuello, lo que me provoca escalofríos muy placenteros.

Está bromeando y noto que sonríe. Quién me iba a decir que el chico al que conocí tan solo hace unas semanas y que siempre estaba en tensión y serio, fuera tan sensible y cariñoso.

—Gracias por curarme las heridas ayer —vuelve a susurrarme.

Estoy convencida de que lo que acaba de decir no solo se refiere a las heridas físicas, pero no quiero arruinar esta maravillosa escena.

—No hay de qué, siempre se me ha dado bien ser enfermera.

Me besa el cuello y aprieta su miembro contra mi trasero, indicándome que tiene ganas de algo más que un simple roce. Y, en realidad, no es el único; yo también quiero más de lo que él me da.

Coloco la mano sobre su miembro y oigo unos gruñidos varoniles, que me indican que le gusta. Quiero ser yo esta vez quien lleve la voz cantante, así que me desprendo de la poca ropa que llevo y me quedo desnuda por completo. Tomi solo lleva un calzoncillo y este, al verme, se deshace de él de inmediato.

Tal y como vinimos al mundo, comenzamos a jugar. Besa mi cuello, mientras aprieta uno de mis pechos. Lo amasa con sensualidad hasta que sus labios llegan hasta él. Estoy muy excitada como para darme cuenta de que alguien ha abierto la puerta.

—Tomi, ¿quieres desay…? —La joven que aparece en el dormitorio, no logra terminar la pregunta al ver el espectáculo pornográfico que Tomi y yo ofrecemos.

—¡Mierda! —exclamo mientras busco algo con qué cubrirme. Cojo la sábana y la coloco alrededor del cuerpo con rapidez.

—No, no, ya desayunamos un poco más tarde —le contesta con naturalidad.

La muchacha parece molesta, muy molesta. Mi cabeza comienza a trabajar y piensa en unas cuantas teorías, y la que más encaja es que entre ellos dos ha pasado algo en el
pasado, en un pasado no muy lejano.

Capítulo 18

—Es mi compañera de piso —dice en cuanto la chica cierra la puerta.

—¿Solo tu compañera? —le pregunto, salvo que en el mismo momento que lanzo la pregunta, me arrepiento, pues parezco celosa y no es cierto—. No me malinterpretes, no me importa tu pasado, pero la he visto algo molesta —me excuso.

Me mira y sonríe. Me encanta cuando lo hace.

—No pasa nada. Y sí, fue un ligue de hace unas semanas, aunque ya no hay nada entre ella y yo.

Le creo y, aun así, saber que esa chica ha estado en la cama con él no me sienta bien. Parece darse cuenta porque se acerca, pasa su brazo alrededor de mi cuello y comienza a besarlo con delicadeza, mientras me susurra palabras enternecedoras. Recorre el cuello y baja hasta el pecho. Me encanta sentir sus besos en mi cuerpo. Agarra mi mano y la besa. Se detiene.

—¿Qué significa esta «C»? —Se refiere a la «C» que tengo tatuada en la parte baja de la muñeca.

Todo lo que estaba sintiendo en ese instante se esfuma para dejarme paralizada. Todavía no estoy preparada para hablar del pasado, así que improviso:

—Es para recordarme que siempre siga mi instinto y mis valores, que nunca nadie se anteponga ante mis principios. Es la «C» de coraje —le explico con la mirada perdida entre las sábanas y compungida.

En cierto modo, aunque no es una «C» de coraje, el significado es el mismo, así que es una mentirijilla a medias.

Hago silencio y pienso en lo que le he dicho.

—¿Estás bien? No pretendía hacerte sentir mal.

Borro cualquier rastro de pensamiento negativo y creo una sonrisa algo falsa.

—¡Claro que estoy bien! —exclamo.

Me mira y asiente, conforme con la respuesta.

—Está bien. Quiero que sepas que, si necesitas hablar de algo, puedes hacerlo conmigo.

Si ya estaba encandilada con Tomi, ahora lo estoy mucho más. Saber que puedo contar con él es un punto a favor. Como respuesta, me lanzo a su boca y lo beso con pasión. Quiero que le quede claro lo que siento y lo demuestro entregándome a él en cuerpo y alma. Volvemos a hacer el amor, esta vez de una manera diferente, suave, calmada, con miradas que lo dicen todo, con caricias que curan heridas.

Desayunamos con tranquilidad en el salón del piso. Por suerte, su compañera ha salido; habría sido muy incómodo compartir el café con ella.

—Oye, por cierto, ¿cómo sabes tanto de boxeo? —No espero esa pregunta y, ante mis caras, que deben ser un cuadro, continúa—: Sabías cuáles eran los puntos débiles de mi oponente.

Pienso rápido y continúo con la mentira que le solté a Sandra cuando les di lo suyo a aquellos tres chicos:

—Lo aprendí en las clases de defensa personal que hice el año pasado. —Se queda extrañado—. ¿Tú has ido alguna vez a alguna? —le pregunto con la esperanza de que su respuesta sea un no.

—No, pero tampoco sabía que dieran esa clase de lecciones. —Respiro aliviada.

—Bueno, sí. En las que yo fui, sí. —Espero que me crea.

—¡Pues está muy bien! Me ayudó mucho, gracias.

—¡No hay de qué! —exclamo contenta.

Continuamos comiendo y no quiero que este día acabe. Hacía mucho tiempo que no me sentía de esta manera. La complicidad que tengo con Tomi me da suficiente confianza y seguridad para estar con él. Si todo va bien, podré confesarle todos mis secretos y quitarme ese peso de encima que cargo desde hace tiempo. Porque tener que ocultar cosas y mentir a la persona con la que quieres estar, es muy duro y frustrante. Todavía es pronto, pero ganas no me faltan.

—Me gustaría llevarte a cenar esta noche —suelta de repente.

—¡Vale! Todavía sigo de baja en la empresa, así que no trabajo —respondo sonriente.

—Ya te queda poco para que te quiten esa cosa, ¿no? —Se refiere al vendaje de la mano.

—Sí, en unos días tengo visita con el médico y espero que ya me dé el alta. Tengo ganas de volver a la normalidad.

Y en cierto modo es así, no disponer de una de las manos al cien por cien a veces me agobia. Y tener tanto tiempo libre no le viene bien a mi cabeza. Tiene sus ventajas, como la de poder ir a cenar con Tomi esta noche.

—Me alegro de que ya puedas disponer de tu mano —se burla—. Y me apetece mucho tener una primera cita contigo.

Me sonrojo. ¿Cómo unas simples palabras pueden tener ese efecto en mí?

—A mí también me apetece mucho.

Millones de sensaciones revolotean en mi estómago. ¿Esto es amor? Si no lo es, se parece mucho.

Estoy ansiosa por esa cena, esa cita. En el camino de vuelta a casa, me entretengo mientras pienso en qué voy a ponerme. Quiero estar presentable, guapa. Lo más probable es que busque algo en el armario de Sandra, porque en el mío no hay más que pantalones tejanos y camisetas básicas.

Al abrir la puerta, oigo risas inconfundibles que pertenecen, sin duda, a Sandra. Me intriga saber por qué tantas risas y aligero el paso hacia el salón.

¡No!

—¡Perdón, perdón! —exclamo avergonzada.

Sandra está con Carlos en el sofá, sin ropa y en una postura que me temo, recordaré durante mucho tiempo.

Oigo más risas como respuesta, aun así, yo ya he desaparecido de allí.

Aprovechando que Sandra está «ocupada», entro en su dormitorio, sorteo obstáculos que me encuentro por el suelo y abro su armario.

Comienzo a buscar una prenda que pueda ponerme sin que enseñe más de la mitad del cuerpo, salvo que apenas encuentro

algo. Hasta que doy con lo perfecto: un pantalón blanco y un top a juego.

Capítulo 19

La hora de la cita se acerca y cada vez me siento más nerviosa. Además, el tiempo no acompaña. Veo nubarrones muy feos que se acercan a gran velocidad y es cuando comienzo a arrepentirme del modelito que he escogido. Aun así, decido mantenerme firme en la elección; tampoco tengo otra cosa que ponerme.

Cruzo los dedos mientras me visto y rezo para que no comience a llover. Mis plegarias surten efecto, pues no ha caído ni una gota y ya es la hora de que Tomi venga a buscarme.

—Te queda muy bien mi ropa —dice con una risilla mi amiga.

—Sí, perdona, estabas algo ocupada. No te importa, ¿no?

—Me importa que no hubieras cogido nada de mi armario. Hija, tienes que renovar el tuyo.

Asiento avergonzada porque tiene razón, mi vestuario deja mucho que desear y ya es hora de que lo renueve. Hago los últimos retoques en mi pelo y oigo el timbre de la puerta.

—Ya voy yo, píntate esos labios del rojo pasión que está en mi tocador —me dice mientras va a abrir la puerta.

Hago lo que me dice y, mientras pinto mis labios, oigo unas carcajadas de Sandra. Pienso en qué ha podido causarle tanta gracia y el no saberlo me corroe. Voy hasta ellos y me encuentro con ella, todavía riéndose, y a Tomi en la puerta desconcertado.

Al verme, levanta el brazo y lo coloca en la cabeza y también se ríe. Su expresión es más relajada ahora y entiendo por qué.

Va vestido todo de blanco, desde las deportivas hasta la camiseta, pasando por los pantalones.

—¿Os habéis puesto de acuerdo? —dice entre risas mi amiga—. Si es que sois tal para cual.

—Deja de reírte ya —le exijo divertida—. Voy a cambiarme, ahora vengo.

—No te cambies, estás preciosa —dice Tomi, devorándome con la mirada.

Me agarra de la cintura y me planta un beso en los morros que me deja sin sentido.

—Esto necesito tenerlo. —Sandra agarra su móvil y nos apunta con el objetivo de la cámara—. Decid: ¡blanco!

No nos da tiempo a reaccionar, porque cuando nos separamos, el flash ya ha saltado.

—¡Serás…!

Corro detrás de ella con la intención de hacerle borrar esa foto, pero se encierra en su dormitorio y ya no hay nada que hacer.

—¡Habéis salido muy guapos! —grita divertida desde el otro lado de la puerta.

—Diviértete lo que quieras, ya la eliminaré cuando duermas.

—¡No pienso dormir nunca! —exclama entre carcajadas.

La dejo estar. En el fondo, no me molesta que guarde este recuerdo. Tomi está guapísimo; el blanco resalta sobre su piel morena.

—¿Vamos? —Me ofrece su brazo para que me agarre.

Lo acepto y salimos en busca del coche. Las miradas de los más curiosos no tardan en llegar. Pero es que ahora mismo, Tomi y yo debemos ser un cuadro. Él también se da cuenta, me mira con complicidad y yo solo hago que sonreír como una boba, aunque por dentro tenga sentimientos de vergüenza.

Llegamos al restaurante. Me pregunto cómo ha descubierto esto; con seguridad ha tenido ayuda de Carlos. Es un restaurante con pocas mesas, cada una de un tamaño y forma diferente, igual que las sillas. La luz es escasa, apenas ilumina el local. Nos sientan en una mesa redonda y pequeña. Sobre ella, una maceta diminuta de color amarillo con una flor azul, que para mi sorpresa no es artificial. Junto a la flor, una vela que ayuda a la poca iluminación del restaurante. Es todo tan perfecto que me olvido de que vamos los dos vestidos igual.

—¿Qué te apetece pedir? —me pregunta después de cinco minutos de leer la carta.

—Tengo dudas, estoy entre un plato de pasta o una pizza. ¿Y tú?

—Yo pediré una ensalada con pollo. —Cierra la carta y la coloca sobre la mesa.

—¿Una ensalada?

Que él pida algo más saludable que yo me hace dudar en mi elección. Pero no me apetece nada comer verde.

—Sí, mañana vuelvo a pelear y tengo la manía de comer poco y sano el día antes de una pelea.

Terminamos de cenar y salimos del restaurante. El aire ha cambiado, está más frío y el cielo se ha vuelto de un negro amenazante. Apenas hemos caminado unos metros cuando las primeras gotas empiezan a caer. Acelero el paso, mas no sirve de nada: en cuestión de segundos, una tormenta feroz se desata sobre nosotros.

—¡Corre! —exclamo entre risas, pero Tomi me detiene de la mano.

—¿Para qué? Ya estamos empapados.

Levanto la vista y me río. Tiene razón, la lluvia nos ha dejado chorreando. Pero justo cuando creo que la situación no puede empeorar, un coche pasa a toda velocidad por un enorme charco y nos salpica de tal manera que quedamos cubiertos de agua sucia.

—¡No puede ser! —exclamo horrorizada después de observar mi vestido ahora manchado de barro.

Tomi se sacude la camiseta sin éxito y suelta una carcajada.

—Bueno, al menos ahora no combinamos tanto —bromea.

Me cruzo de brazos y finjo indignación, sin embargo, su risa es contagiosa, así que río junto a él. La gente a nuestro alrededor corre a refugiarse, pero nosotros seguimos en medio de la calle, empapados y descojonándonos como dos locos.

—Creo que esta cita no la olvidaremos nunca —susurra Tomi, mientras se acerca más a mí.

—Definitivamente, no.

Y, sin importarnos el frío, la lluvia o nuestras ropas arruinadas, me besa otra vez, sellando la noche con una
velada aún más inolvidable.

Capítulo 20

Llegamos a su piso empapados hasta los huesos, entre risas y miradas cargadas de tensión. La lluvia ha calado hasta la última fibra de nuestra ropa, que se adhiere a nuestra piel como una segunda capa húmeda y fría. Ahora bien, lo que siento no tiene nada que ver con el frío. Es calor. Un calor que me consume desde dentro, que se enciende cuando mis ojos resbalan por el cuerpo de Tomi.

No es la primera vez que lo veo desnudo. Pero aún no me acostumbro. Sus músculos se marcan bajo la camiseta mojada, definiendo cada línea de su abdomen, cada curva de sus brazos. Podría jurar que la tela parece una caricia sobre su piel y, por un instante, envidio su ropa.

—Creo que deberíamos quitarnos esto antes de que nos resfriemos —dice con una sonrisa ladeada, mientras se sacude el cabello oscuro, empapado.

Trago saliva. Mi corazón late con fuerza.

—Sí..., sí, claro —respondo e intento sonar casual, aunque mi voz tiembla.

Tomi no se lo piensa dos veces. Se agarra la camiseta por el bajo, la desliza hacia arriba con un movimiento y deja al descubierto su torso. Es como si el mundo entero se parara por un segundo. Las gotas de agua resbalan por su piel dorada y bajan por su pecho hasta perderse en la cinturilla de su pantalón. Y yo no puedo hacer nada más que mirarlo.

Mis pensamientos son un caos. Quiero desviar la mirada, sin embargo, mi deseo es más fuerte. No sé si es la electricidad del ambiente o la confianza que se ha ido forjando entre nosotros, pero siento un impulso incontrolable. Me muerdo el labio y dejo caer mi chaqueta al suelo, luego mi camiseta. Percibo cómo su mirada inspecciona cada centímetro de piel que queda expuesta. Mis pezones se endurecen al contacto con el aire frío y sé que él lo ha

notado. La manera en que sus ojos azules se oscurecen aún más me lo confirma.

—Ven aquí —murmura, con voz ronca.

Obedezco sin dudar. Él envuelve mi cintura con sus manos firmes y cálidas y me atrae contra su cuerpo. Su piel húmeda choca con la mía y un escalofrío placentero recorre mi columna. Mis manos se apoyan en su pecho y noto el latido acelerado de su corazón, tan desbocado como el mío.

No sé quién se mueve primero, si él o yo, pero cuando nuestros labios se encuentran, es como si una chispa encendiera un fuego que nos consume. Su boca es cálida, demandante, su lengua acaricia la mía con una precisión que me hace temblar. Un gemido escapa de mis labios cuando sus manos descienden por mi espalda hasta mi trasero y me presiona aún más contra él.

—Joder, estás preciosa —gruñe contra mi boca y siento su erección presionarse contra mi vientre.

El deseo es insoportable. Quiero más. Necesito más. Mis manos bajan por su abdomen y siguen el camino de las gotas de agua, hasta encontrar la cinturilla de su pantalón. Sin pensarlo demasiado, deslizo mis dedos dentro y tiro de él, bajándolo junto con su ropa interior. Su aliento se entrecorta cuando mi mano lo envuelve, firme y decidida.

—Mierda... —jadea y cierra los ojos, mientras su frente se apoya en la mía.

Tomi no me deja jugar demasiado. En un movimiento ágil, me toma por los muslos y me levanta, hasta que rodeo su cintura con mis piernas. Me lleva hasta su habitación sin dejar de besarme, sin darnos tregua. Nos caemos sobre la cama entre risas ahogadas y jadeos. En cuestión de segundos, también me he deshecho del resto de mi ropa. Estamos piel con piel, sin nada que nos separe. Su boca recorre mi cuello, baja por mi clavícula y deja pequeños mordiscos hasta alcanzar mis pechos. Su lengua juega con mis pezones y me arqueo contra él. Busca más fricción, más contacto, más de todo lo que él puede darme.

Cuando sus dedos descienden entre mis piernas, me encuentra muy mojada para él. Un gruñido de satisfacción escapa de su pecho

y me besa con más intensidad mientras introduce un dedo en mí. Me explora; me provoca.

—Estás lista para mí —susurra contra mis labios. Yo solo puedo gemir en respuesta.

No puedo esperar más. Lo necesito dentro de mí, lo necesito ahora. Y él lo sabe. Nos acomodamos en la cama; su cuerpo cubre el mío; su punta me roza justo donde más lo deseo. Nuestras miradas se encuentran en el momento exacto en que me penetra despacio, me llena y me hace sentir suya.

El placer es instantáneo, una explosión de sensaciones que me hace aferrarme a sus hombros con fuerza. Sus embestidas son profundas, pausadas al principio, como si quisiera saborearme, como si disfrutara cada segundo de estar dentro de mí. Pero pronto el ritmo se acelera y nuestras respiraciones se vuelven erráticas.

Los gemidos se mezclan con el sonido de la lluvia que golpea la ventana. El vaivén de nuestros cuerpos se convierte en una danza frenética, en un frenesí de placer y deseo descontrolado. Y cuando el orgasmo me golpea, es como si el mundo entero se desvaneciera y solo quedara la sensación de su cuerpo fundiéndose con el mío.

Tomi me sigue poco después, entierra su rostro en mi cuello, mientras murmura mi nombre y su cuerpo se estremece sobre el mío.

Nos quedamos así, con la respiración entrelazada, envueltos en el calor de nuestro propio deseo, mientras la tormenta ruge en el exterior, aunque entre nosotros reina una paz absoluta. Y, por primera vez en mucho tiempo, siento que estoy donde debo estar.

Me despierto en su cama bien entrada la mañana. Lo veo que duerme tranquilo y lo observo durante un rato, hasta que la ducha me llama a gritos.

Mientras duerme, me ducho y me entretengo con el agua caliente más tiempo de la cuenta. Me encanta sentir el agua correr por mi cuerpo. Cuando creo que ya es suficiente, salgo y me enrollo en una toalla que he cogido del armario del baño.

Salgo y mi piel desprende humo y todavía caen algunas gotas de mi pelo. El cambio de temperatura me hace coger algo de frío y me

meto a toda prisa en la cama. Me acurruco junto a Tomi, que, sin querer, lo he despertado con tanto ruido.

Hablamos durante un buen rato de la nada y de repente, me suelta:

—En unos días vuelvo a pelear —me dice cabizbajo—. ¿Te gustaría venir?

¡Claro que me gustaría ir a verlo! Pero no sé si debo. Demasiados recuerdos dolorosos están llegando a mí últimamente y que todavía no he superado. Tomi nota la preocupación en mis ojos y, cuando va a decir algo, me adelanto:

—Sí, iré a verte.

—Sé que no te gusta lo que hago, si no quieres...

—No es que no me guste —comienzo—, es que sufro mucho cuando te hieren.

Tener esta conversación me molesta. Me encanta el boxeo y todos los sentimientos que me provoca, pero no tengo que estar tan cerca de ese mundo, no puedo permitir que me encuentren.

—¿Así que te preocupas por mí? —pregunta mientras me agarra de la cintura y me besa el cuello.

Se siente tan bien este acercamiento.

—¡Por supuesto! —Me lanzo a su cuello y lo envuelvo con los brazos.

Nos fundimos en un tierno y dulce beso. Deseo que esto no se acabe nunca. Tomi me provoca mil sensaciones placenteras que no recuerdo haber tenido antes.

Me siento bien, demasiado bien con Tomi y, solo espero, que nada ni nadie estropee lo que tenemos. He decidido no hacer más comparaciones. Tomi no tiene nada que ver con Claudio, me convenzo una y otra vez para darme permiso para estar con él.

Capítulo 21

Paso unos días increíbles con él. Todo parece ir a la perfección y me siento afortunada de haber conocido a un chico como Tomi. He perdido el miedo a estar con él. Sé que Tomi es de fiar y que nunca me haría daño, aunque llevamos poco tiempo saliendo.

Hoy vuelve a pelear y estoy muy nerviosa por volver a ese escenario de nuevo. Espero poder sobrellevarlo y que ningún otro ataque de pánico aparezca de nuevo.

Al llegar a casa, me encuentro a Sandra hecha un ovillo en el sofá.

—¿Qué haces ahí? —le pregunto.

En cuanto hace el intento de levantarse, me sorprende ver su cara. Tiene una pinta horrible.

—Creo que he cogido algo —balbucea, mientras se lleva la mano a la cabeza en señal de dolor.

—¿Crees? ¡Estás hecha un asco! —me burlo de ella.

—Ya lo sé, no hace falta que me lo recuerdes...

Vuelve a echarse y cierra los ojos. Me sabe mal verla en ese estado. Con lo enérgica que es siempre...

—¿Necesitas algo? —le pregunto preocupada.

—¿Puedes llamar a Carlos y decirle que no podré salir esta noche? No me veo con fuerzas ni de coger el móvil.

—De acuerdo.

Hago lo que me dice. Al otro lado del teléfono responde Carlos muy eufórico. Le explico lo que ocurre con su novia y se preocupa. En menos de treinta minutos se aparece en la casa para encontrarse con Sandra. Es muy dulce verle interesado en ella. La coge en brazos y la lleva a su dormitorio.

Vuelve enseguida para charlar conmigo.

—Se ha quedado dormida. Tiene un resfriado de la hostia —me dice mientras se acomoda en el sofá.

—Sí, le ha venido de repente.

Mantenemos una charla amigable y, después de un par de horas, Sandra se acerca a nosotros, se sienta al lado de Carlos y se acurruca en su pecho.

—Tienes mejor cara —le digo.

—Me encuentro mucho mejor, quizá sí pueda ir a ver a Tomi.

—¡Ni hablar! Tú y yo nos quedamos a descansar esta noche aquí —le ordena con cariño.

—Sí, descansa —le digo con toda sinceridad—. Carlos, ¿quieres que me quede yo con ella? Sabes que a mí no me gustan esos sitios y a ti te encantan.

Es la excusa perfecta para no ir y alejarme un poco más de ese mundo. Además, a Carlos siempre le ha gustado acompañar a Tomi.

—No sé, Sandra estando así…

—Cariño, vete a esa pelea. Esto es solo un resfriado —interviene Sandra—. Y tú también deberías ir —se dirige a mí.

En ese momento, comienza a toser de manera desproporcionada y lo aprovecho como excusa.

—Me quedo contigo. Ya sabes que no soporto ver esas peleas —le miento para reforzar mi excusa.

Asiente conforme y cierra los ojos para descansar. Recibo un mensaje de Tomi. Ya está en la puerta esperándome. Salgo a su encuentro para informarle de los nuevos acontecimientos.

Tomi está guapísimo y eso que lleva ropa de deporte. Le informo de la enfermedad de Sandra y le comento que me quedaré con ella. No se opone, de hecho, le parece una idea estupenda. Él sabe a la perfección que no me gusta todo ese mundillo —o al menos, es lo que le he hecho creer todo este tiempo—. Estoy segura de que algún día le contaré la verdad, aunque no estoy preparada aún para desenterrar el pasado.

Se marcha con Carlos y yo me quedo haciendo compañía a mi amiga. Lo cierto es que no está bien. Comienza a balbucear palabras ininteligibles y me preocupa, así que pongo mi mano sobre su frente y ¡mierda! Está ardiendo. Corro a buscar un termómetro, mas desconozco si hay alguno por la casa. Rebusco entre sus cosas y al fin doy con uno. La veo temblar y, como siga así, deberé llevarla a un hospital.

39,5 de fiebre. Le pongo un paño humedecido sobre la frente. No tengo ni la más remota idea si eso funciona, pero en las películas es lo que se suele hacer. Agarro un paracetamol y se lo doy con un vaso de agua.

No me despego de ella ni un segundo. Al menos, eso me mantiene entretenida para no pensar en la pelea de Tomi.

Pasada la hora, vuelvo a tomarle la temperatura con la mano y me quedo más tranquila de notar que la fiebre le ha bajado.

—¿Por qué no te vas a dormir? —le pregunto.

—Sí, ya me encuentro mucho mejor. Gracias por quedarte a cuidarme —dice mientras se levanta del sofá.

—¡No digas tonterías! Eres mi mejor amiga. —Me levanto también y la acompaño hasta su dormitorio—. Me quedaré un rato hasta que te oiga roncar.

Me mira con la ceja arqueada.

—Yo no ronco.

—¡Oh, sí! Pareces una aspiradora, te oigo desde mi habitación —bromeo.

Eso la hace sonreír.

Se acuesta y me deja un huequito para tumbarme junto a ella. No tarda en quedarse dormida y me marcho a mi habitación. Al ver la hora, me sorprende que Tomi no haya llamado y eso me preocupa. Hace media hora que debería haber terminado. Le escribo un mensaje para preguntarle cómo ha ido; tampoco quiero ser una pesada y seguro que se ha quedado con Carlos tomando una copa.

Me pongo el pijama y me acuesto.

Capítulo 22

Son las doce de la noche y el sonido del móvil me despierta. Es Carlos quien llama y me asusto de inmediato. No suele llamar a estas horas.

—¿Ha pasado algo? —le pregunto ya de los nervios.

—No, bueno, sí. Estamos en el hospital —responde.

¿Estamos? ¿Quiénes? ¿En el hospital? ¿Por qué? Miles de preguntas se apelotonan en mi cabeza y necesitan respuesta con urgencia. No me queda más remedio que pensar que algo malo le ha podido pasar a Tomi.

—¿Qué ha pasado? ¿Está bien, Tomi?

—Sí, sí. Le están haciendo unas radiografías en la mano —explica con total tranquilidad—. Ha tenido un pequeño accidente durante la pelea y me ha pedido que te lo dijera.

—¿Pero está bien?

Sé que solo es la mano, pero me siento preocupada por él.

—Sí, Nadia. Mañana iremos a desayunar a tu casa y podrás verlo tú misma.

—¿Mañana? ¡No! ¡Ahora mismo voy para allí! —exclamo, angustiada por la incertidumbre de saber cómo se encuentra Tomi.

Me visto con lo primero que encuentro mientras llamo a un Uber, que no tarda en llegar.

—¿Se puede saber adónde vas a estas horas? —me pregunta Sandra, que al parecer la he despertado de su profundo sueño.

—Tomi está en el hospital —respondo con la voz temblorosa.

—¿Qué? ¿Está bien? ¿Qué le ha pasado? ¡Ay, Dios! —Como siempre, Sandra tan melodramática. Esa vez, yo estaba incluso más nerviosa que ella, aunque no lo demostrara.

—Tu novio dice que está bien, pero necesito verlo con mis propios ojos.

—¡Por supuesto! ¡Espérame, que te acompaño! —grita mientras se aleja a su dormitorio.

El Uber acaba de llegar; Sandra y yo salimos deprisa de la casa y nos metemos dentro. Le indicamos el hospital donde se encuentra y nos dirigimos allí sin perder el tiempo.

Durante el trayecto, ninguna de las dos dice nada. Yo, por los nervios que estoy pasando, y mi amiga, por respetar mi espacio.

Al llegar, preguntamos a la recepcionista que, muy amablemente, nos dice que, al no ser familiar, no nos puede dar la información de dónde se encuentra Tomi.

Sin esperar a que reclame, mi amiga ya está con el móvil en la mano y marca el número de su novio.

—Hola, gordi —la saluda Carlos.

—¿Dónde cojones estáis? No nos quieren dar vuestra localización —responde Sandra sin compasión.

—En urgencias, en el box 5, pero no creo que os dejen entrar. No deberíais haber venido, ya solo falta que nos den el informe y salimos —se queja con indiferencia a su chica.

—¡Pues porque estamos preocupadas, joder! —se defiende Sandra —. Entonces os esperamos aquí afuera.

Al colgar, la miro desconfiada.

—¿Sabes que voy a entrar, verdad?

—Lo sé. —Me guiña un ojo divertida—. Pero no me apetecía discutir con él. Urgencias, box 5 —me informa Sandra con la mejor de sus sonrisas traviesas.

Me dirijo a paso ligero a la puerta que pone «Urgencias», me aseguro de que ninguna persona del hospital me vea y aprieto el botón que la abre.

Al entrar, nadie se percata de mi presencia, porque hay un poco de caos. Todos los box están ocupados, las enfermeras y enfermeros andan de un lado a otro con prisas, mientras que los médicos atienden a los pacientes.

Busco el número cinco y lo encuentro al final del pasillo. Me dirijo hasta allí y, antes de entrar, sin querer, oigo la conversación que tienen Carlos y Tomi.

—¿Y qué vas a hacer? —le pregunta Carlos—. Tío, ya sabes que si yo tuviera dinero te lo dejaba, pero estoy sin blanca —se excusa con tristeza en su voz.

—Lo sé, no te preocupes. Ya pensaré cómo pagar la jodida deuda —suelta Tomi con la voz preocupada.

—¿Y Nadia? ¿No te puede ayudar?

—Ni una palabra a Nadia, ella no sabe dónde estoy metido —dice algo violento.

Lo que acaba de decir me desconcierta. ¿Dónde está metido Tomi?

—Ya, tío, pero esa gente debe ser peligrosa. Me preocupa que no puedas pagarles.

Espero que le confiese a su amigo algo más para enterarme un poco más de la situación en la que anda metido mi chico. Pongo más atención a la conversación que mantienen.

—¡Lo sé! ¡Mierda! —Parece alarmado y eso me preocupa en exceso porque nunca lo había visto de esa manera—. ¿Tú no sabes pelear, no? —le pregunta medio en broma.

—¿Yo? ¿Estás loco? Si supiera, ten seguro que me cambiaría por ti —dice muy serio—. ¿No conoces a nadie que pueda sustituirte?

—No, no conozco a nadie.

Intento descifrar la conversación y he entendido lo siguiente: que Tomi tiene una deuda con alguien y que la estaba saldando con sus peleas y ahora, no puede hacerlo.

En ese preciso instante, sale Carlos del box y se encuentra conmigo en el pasillo.

—¡Ei, hola! —dice nervioso—. ¿Llevas mucho aquí afuera?

—Lo que de verdad quieres preguntar es si he oído vuestra conversación. —no le dejo responder—. Sí, la he oído y tú y yo tenemos que hablar.

—¡Mierda! —exclama Carlos por tener que meterse en ese lío.

Lo agarro del brazo y lo guío por todo el pasillo casi a rastras. En cuanto salimos de urgencias, lo acorralo.

—¿En qué está metido Tomi?

Carlos suspira, incómodo, y se lleva la mano a la nuca.

—Creo que eso te lo debería decir él —contesta con la voz entrecortada.

—No, me lo vas a decir tú ahora mismo. —Puedo infundir miedo cuando me lo propongo.

—Está bien, pero no me metáis en vuestras cosas.

—Ok. Ahora, habla —le ordeno con contundencia.

—Tomi debe mucho dinero a la empresa para la que pelea y, como se ha roto la mano, no puede pagarles —dice cabizbajo.

—¿Sabes cuánto debe? ¿Y por qué lo debe? —le pregunto.

—Creo que le falta por pagar más de diez mil euros. —Se me hace un nudo en la garganta tras oír tal cantidad—. Y no sé decirte por qué les debe ese dinero. Creo que fue un préstamo, no sé para qué.

—¿Sabes cuándo lo tiene que pagar?

—No me ha dicho la fecha exacta, pero en pocos meses.

Con esa respuesta me conformo, aunque no tengo ni la más remota idea de cómo ayudarle. Yo cobro una miseria en el restaurante y ni haciendo horas extras podría conseguir ese dinero en tan poco tiempo.

—Está bien. Por favor, no le digas que sé todo esto. Voy a ver de qué forma puedo ayudarle. Hasta entonces yo no sé nada —le exijo con la voz más autoritaria que jamás he puesto.

Carlos asiente, cuando aparece Tomi por la puerta.

Cambio por completo mi actitud y me lanzo a sus labios.

—¿Cómo estás?

Después de decirme una y otra vez que está bien, decidimos irnos todos a nuestra casa, la de Sandra y mía.

Tomi, cae rendido en la cama, de lo agotado que está. Después de haber peleado y pasar unas cuantas horas en el hospital, no es de extrañar. Me acurruco en su pecho hasta
que me duermo.

Capítulo 23

He tomado una decisión: pienso ayudar a Tomi. El cómo lo haré es lo que me da miedo, aunque sabiendo que puedo hacerlo, no estoy dispuesta a dejarle de lado cuando más me necesita. Sé que no llevamos mucho tiempo juntos, sin embargo, algo me dice que esto que siento es de verdad y tampoco podría perdonarme que le pudiera pasar algo malo. Sé que el resto de las personas pensará que es una locura, que lo conozco de hace dos días, como quien dice, pero no tener familia hace que las personas que entran en mi vida las cuide como si lo fueran y estoy dispuesta a darlo todo si con ello, puedo hacerle un poco más feliz. Porque así soy yo.

Recuerdo la conversación que tuve con Carlos después de la del hospital y me ha conseguido todos los contactos que necesito, después de prometerle que no correría ningún riesgo.

Entro en la aplicación de Uber y solicito un coche para que me lleve a mi destino. No tarda en llegar y le doy las indicaciones necesarias para que me conduzca hasta un gimnasio del centro de Sevilla.

Nada más entrar, observo el lugar y no encuentro nada fuera de lo normal. Parece un gimnasio corriente, donde varias personas entrenan con sus sacos de boxeo.

Reconozco a quien debe ser el entrenador. Es un joven de unos cuarenta años, con una musculatura muy trabajada. Debe ser, o fue boxeador. Con seguridad, me aproximo hasta él.

—Hola, ¿puedo hablar con el dueño?

Parece sorprendido y me revisa de arriba a abajo.

—¿Quién pregunta por él? —responde.

—Nadia, soy la novia de Tomi, un chico que...

—Ya sé quién es —me interrumpe—. ¿Qué quieres?

Entiendo que es el dueño del lugar y es con él con el que tengo que hablar.

—Como sabrás, Tomi ha sufrido varias lesiones que le impiden pelear —comienzo con un breve temblor en la boca.

—Algo he oído, pero si vienes a pedirme que le elimine o le perdone la deuda que tiene conmigo, ya puedes dar media vuelta y largarte —espeta molesto y con el ceño fruncido.

—No. Vengo a intercambiarme por él. —Me mira boquiabierto y sorprendido—. Sé boxear y puedo pagarte su deuda.

En cuanto lo digo, un pequeño escalofrío recorre mi cuerpo, que me alerta de que no le parece buena idea, pero ya está decidido.

—¿Tú? —Vuelve a revisarme de arriba abajo y sus labios forman una sonrisa maliciosa—. Pues va a ser que no —suelta muy convencido.

Respiro profundamente, porque lo que estoy a punto de revelarle es doloroso para mí. Sabía que podía ocurrir y por eso me mentalicé.

—¿Has oído hablar de «La Chiquita»? —le digo mientras todo mi cuerpo empieza a temblar de nervios. Aprieto los puños para que no se me note.

Ahora sí parece muy sorprendido. Vuelve a mirarme, se queda unos segundos en silencio y sopesa lo que acabo de confesarle.

—¿Tú eres ella? —Sonríe victorioso—. ¡Qué interesante! —Piensa en algo, aunque me resulta imposible saber qué—. Muy bien, me vendrá bien tener publicidad.

Ese cambio de opinión repentino me hace dudar, pero no tengo más remedio que aceptar. Estrechamos las manos de manera amistosa y cierro el trato. Me dice que tendré noticias suyas muy pronto.

—Solo hay una condición —le digo. Levanta las cejas y se pone serio. Antes de que eche para atrás el trato, me adelanto—: Tomi no puede enterarse, él no sabe nada.

Suelta una carcajada demasiado escandalosa y consigue ponerme los pelos del brazo de punta.

—Él no sabe quién eres, ¿verdad? —Asiento—. Me lo imaginaba. Acepto la condición. Tendrás noticias mías muy pronto. Deja tu número en la recepción.

No entiendo muy bien lo que ha pasado, ese cambio de parecer me preocupa. Deben ser paranoias mías, así que no le doy mayor

importancia y salgo a paso ligero de allí.

Mientras camino en dirección a la recepción, pienso en que tengo que entrenar duro. Hace mucho que no boxeo y necesito coger forma.

Dejo el número a una chica muy simpática y voy en busca del autobús.

Durante el trayecto elaboro un plan de entrenamiento para los próximos días. «Debería buscar un gimnasio que tenga el material necesario», pienso mientras viajo en autobús hasta mi casa.

Cojo el móvil y busco los gimnasios más cercanos, miro la descripción de cada uno de ellos y hago capturas de pantalla a los que encajan con lo que necesito.

En cuanto llego a casa, me pongo manos a la obra y, después de comer algo para llenar el estómago, salgo para visitar e informarme sobre las tarifas de los gimnasios.

Entro en el que tengo más cerca de casa. Indica que ofrecen clases de boxeo, aun así, en el interior solo encuentro máquinas de cardio y musculación, por lo que me doy la vuelta y voy a mi próxima elección.

Tan solo está a unas pocas calles del anterior y, al entrar, me doy cuenta de que tampoco es lo que busco.

Me queda uno por explorar. Está a las afueras del pueblo, en una pequeña nave de un recinto industrial. El camino se hace algo pesado, pero para mi sorpresa, está más cerca de lo que pensaba.

Al entrar, no hay ninguna recepción a la que poder acercarme y preguntar. Mis ojos marrones se iluminan al descubrir que ese lugar era lo que buscaba. Es una nave diáfana, de techos muy altos. En el centro hay un ring bastante nuevo y en los alrededores, varios sacos de boxeo, máquinas de cardio y musculación.

Varios muchachos entrenan en solitario, cada uno golpea un saco. No lo hacen nada mal.

—Hola, ¿te puedo ayudar? —me sorprende una voz a mi espalda.

Al darme la vuelta, me topo con un chico de estatura mediana, de piel bronceada y con un cuerpo muy trabajado, aunque delgado. Estoy segura de que es boxeador.

—Busco un lugar para entrenar —le digo con total tranquilidad.

Me mira de arriba a abajo y levanta una ceja. Parece confundido.

—No sé si aquí encontrarás lo que buscas, esto es...

—Sé lo que es —le corto antes de que continúe—. Necesito ponerme en forma en poco tiempo. ¿Me informas de las tarifas?

Vuelve a repasarme y levanta los hombros.

—¿Te gustaría probar primero?

Sigue desconfiado y me estoy empezando a molestar. Así que, no me queda más remedio que aceptar para demostrarle que sé lo que me hago.

Me guía hasta uno de los *rings* que hay al fondo. Veo cómo, al pasar por el local, los chicos que entrenan se giran para verme. Los veo sonreír maliciosamente y eso activa en mí una energía positiva.

Antes de entrar, caliento un poco. Ejercito el cuello, los brazos y las piernas.

El dueño me mira curioso y me anima a subir al ring. Me lanza unos guantes y me los coloco deprisa. ¡Cuánto tiempo hacía que no sentía el calor en mis puños!

Doy unos golpes al aire, mientras espero que el chico suba al ring.

—¿Lista? —Asiento—. A ver qué sabes hacer —suelta con una sonrisa en la cara.

Comenzamos a dar pasos en círculos. Ninguno desvía la mirada del otro. Cubro mi cara con los guantes y espero a que dé el primer paso. Lo hace y me defiendo bien. Todavía piensa que no sé lo que hago, por lo que me canso de sus golpes indefensos y ahora soy yo la que ataca con energía.

«Derecha, derecha, izquierda», repito en mi mente mientras lo reproduzco con los puños. Soy rápida, más de lo que recordaba, y el chico no se espera lo que está sucediendo y retrocede. Hasta que veo un hueco entre sus guantes y arremeto contra él lo más fuerte que puedo, le doy de lleno en el mentón.

Detiene el combate, mientras se toca la mandíbula. Se ha debido de morder el labio, pues un hilo de sangre resbala por su barbilla. La limpia con el brazo.

—¿Quién eres tú? —pregunta, intrigado y sonriente a la vez.

—Nadia —contesto con indiferencia.

—Me suena tu cara de algo.

«Cambia de tema, cambia de tema», me digo a mí misma; temo que me haya reconocido.

—Entonces, ¿puedo entrenar aquí?

—¡Por supuesto! Me encantará tenerte por aquí. —Mira a su alrededor—. Seguro que alguno de ellos querrá enfrentarse contigo.

Y es en este mismo momento que me doy cuenta de que tenemos público y que, con seguridad, han visto toda la pelea.

Después de recibir toda la información del gimnasio, salgo de allí muy contenta. ¡Ya tengo un lugar para entrenar!

Capítulo 24

—¿Nadia? —Tras descolgar la llamada y escuchar mi nombre, sé de quién se trata. Una señal eléctrica recorre a sus anchas por todo mi cuerpo y me advierte de un posible peligro.

—Soy yo —contesto seria.

—Tu primera pelea es mañana a las once. Recibirás un mensaje con la dirección.

No me da tiempo a confirmar, pues el hombre corta la llamada de inmediato. Quiero pensar que estoy haciendo lo correcto, pero algo me dice que me estoy metiendo en un lío. Le prometí a Marta, la educadora del centro, que me alejaría de todo esto. Y mira dónde estoy…

No tardo en recibir el mensaje, tal y como me ha dicho. Es escueto y solo indica la hora y una dirección, que no tardo en buscar por internet.

Necesito ropa y material y, antes de ir a comprarlo a una tienda, decido acercarme al gimnasio y preguntar al dueño si tiene algo y si puede prestármelo.

Cuando llego, me recibe con los brazos abiertos. He ido unas cuantas veces y ha acabado asombrado de mi destreza con el boxeo. Claro que desconoce que lo practico —o practicaba— desde hace muchos años. Me he enfrentado a varios de sus alumnos y me he defendido bastante bien. A la mayoría puedo vencerlos con facilidad, pero me han servido para entrenar.

Le resulta extraña mi petición, aun así, no duda en llevarme hasta el almacén, donde guarda todo el material necesario para las clases. Abre un gran armario y compruebo que está muy bien organizado en cajas. Se pone de puntillas para alcanzar una de ellas, que está en el estante más alto.

—Mira a ver si encuentras algo de tu talla —me dice mientras deja la caja en el suelo y la abre para mí.

Observo todo el material que hay ahí dentro, que no es poco, y él abre la puerta de otro armario y consigue una nueva caja. Me quedo con unos guantes blancos, que me van como «anillo al dedo» y que se encuentran en buen estado, unas vendas normales negras y un casco talla XS.

—¿Me prestas esto? —Le enseño lo que he cogido—. En cuanto pueda comprarlo, te lo devuelvo.

—No hace falta, te lo regalo. Son prendas que han dejado los antiguos alumnos y nadie las usa —dice muy convencido—. Mira esto. —Me hace señas para que me acerque a él.

De la segunda caja extrae un conjunto de pantalones y camisetas en color negro y dorado. Me las muestra y mis ojos brillan emocionados.

—¿Es para mí? —pregunto sorprendida.

—Sí, es un conjunto que le compré a mi exnovia y que nunca se probó —suelta con la voz compungida.

—¡Ay, lo siento! —le contesto por haberle hecho recordarla.

—No te preocupes. Ya hace varios años de todo eso.

Asiento conforme y agarro la ropa. El tacto de la tela es fresco. ¡Me encanta!

—¿Y puede saberse para qué necesitas ropa como esta? —pregunta Alfonso, intrigado.

Lo pienso unos segundos y, definitivamente, tampoco quiero que él conozca nada de mi propósito. Apenas le conozco, pero cuantas menos personas sepan sobre el tema, mucho mejor.

«Sí, es lo mejor», me convenzo.

—Para entrenar más a gusto —improviso una mentirijilla.

Veo cómo levanta una ceja. No se ha creído la excusa que le acabo de dar y es normal, pues él sabe que para entrenar solo es necesario un pantalón corto y una camiseta de deporte. Y Alfonso ya ha visto que de eso tengo todo. No hace más preguntas y se lo agradezco.

Esta noche es la primera pelea y tengo muchos nervios. Hace ya varios años que no hago nada parecido y me preocupa no estar a la altura. Necesito hacer un buen combate o la misión de ayudar a Tomi se esfumará. Conozco este mundillo y o vales, o no te comes ni

un rosco. No es necesario conseguir una victoria, aunque sí ofrecer un buen espectáculo.

Comienzo a recordar las rutinas que hacía en el pasado antes de enfrentarme con una rival. Primero, dejo la ropa lo más extendida posible para que no se arrugue. Después, me ducho con agua fría, eso hace que se reactive la circulación, ya que el frío favorece la contracción de los vasos sanguíneos. Además, no hay nada mejor para despejarse que una ducha de agua bien fría, que te activa el cuerpo.

Minutos antes de salir, como un par de plátanos para no luchar con el estómago vacío. Y ahí está, el Uber me espera en la puerta. Coloco con cuidado la ropa en el interior de una bolsa, compruebo que Sandra esté en su habitación para no levantar sospechas, pero me temo que no.

—¿Se puede saber a dónde vas a estas horas?

«Piensa rápido», me digo a mí misma.

Llevo ropa de deporte y una bolsa colgada al hombro.

—Al gimnasio —le suelto con la voz temblorosa por miedo a que pueda descubrirme.

—¿A estas horas? ¿Y desde cuándo vas tú al *gym*? —me interroga con los brazos en forma de jarra sobre su cadera.

—Esto... Es que... desde que estoy con Tomi he ganado unos kilillos... —¿Desde cuándo a mí me preocupa eso? Además de que es mentira, no he engordado ni un solo gramo, espero que Sandra se lo trague.

—Sí, es verdad. Ya te había notado algo... —¿En serio? Será... —. Muy bien, no llegues muy tarde, que siempre haces demasiado ruido cuando entras.

Me da la espalda y cierra la puerta de su dormitorio tras de mí. Respiro aliviada, pero sé que tengo que andar con cuidado si no quiero que me descubra en un futuro.

Me subo al Uber y le doy las indicaciones al conductor, que me mira de arriba abajo, confuso.

En media hora estamos en la dirección que he recibido. Es una zona de naves, poco iluminada y apenas con personas por los alrededores.

—Suerte —me dice el conductor; intuyo qué voy a hacer allí.

Le sonrío, le pago y me bajo. Camino hasta la puerta de la nave, donde me topo con un guardia de seguridad vestido de negro.

—¿A dónde vas?

—Soy Nadia, me están esperando.

Mira una libreta que lleva consigo y me deja pasar. El interior de la nave es enorme, solo que con poco mantenimiento. Supongo que van alternando lugares para las peleas clandestinas.

Me acerco al ring que han improvisado en el centro de la nave. Toco con suavidad las cuerdas para hacerme con su tacto. Es algo que siempre he hecho antes de una pelea: familiarizarme con el entorno.

—¿Eres Nadia? —me dice alguien tras de mí. Asiento—. Te acompaño al vestuario.

Le sigo y, por vestuario, él entiende un espacio diminuto con una silla y una caja al lado para guardar la bolsa de deporte. No me quejo, en peores lugares he luchado. Me cambio de ropa y la talla que me ha dado Alfonso es perfecta para mí. Si tuviera un espejo, me revisaría, aunque allí no hay nada.

Es la hora y los músculos de mi cuerpo comienzan a tensarse. Estoy preocupada porque nada puede salir mal. Confío en mí misma, tengo que darlo todo en el ring y, si gano, mucho mejor.

Subo a la plataforma y espero a la contrincante apoyada en las cuerdas.

A diferencia de antes, la nave se ha llenado. El ruido ensordecedor de gritos y aplausos parece no tener fin. Respiro hondo y dejo que el aire, cargado de nervios y adrenalina, llene mis pulmones. Las luces me ciegan por un instante y hacen que mi sombra se alargue en el suelo, como un fantasma del pasado que me recuerda todo lo que fui.

Hace años que colgué los guantes de boxeo. Apenas se ven las pocas cicatrices de mis nudillos, que cuentan la historia de aquellos días de gloria, pero también las noches de insomnio que rabiaba de dolor. Pude encontrar la paz lejos de las cuerdas y pensé que nunca volvería a estar en esta situación. Sin embargo, aquí estoy, de nuevo

con unos guantes en las manos, acompañada de los murmullos del público que desean verme pelear. O al menos, a la otra chica.

Frente a mí, se encuentra mi oponente. Es joven, más o menos de la misma edad que yo. La miro a los ojos y veo hambre en ellos, me recuerda a quien solía ser yo.

El primer campanazo resuena como un trueno en mi cabeza. Avanzo sin miedo y siento cómo los viejos instintos cobran vida. La memoria muscular recae en mi cuerpo y parece que todos los músculos saben lo que tienen que hacer, porque mandan ellos, no yo. Me pregunto si todavía tengo la fuerza, la energía, la velocidad y la resistencia para luchar.

Los primeros golpes son un tanteo, como si de un saludo se tratara. Un jab, un gancho, una finta. Nos medimos y probamos las habilidades del otro. La pelea no tarda en intensificarse. Lo que parecía un saludo se convierte en una pelea de leonas. Los puños empiezan a caer como martillos y, cada golpe que recibo, me sacude hasta los huesos, Me recuerdan que ya no soy la joven invencible de antes.

El dolor es real, el cansancio comienza a arrastrarse por mis músculos, pero sigo avanzando. Cada vez que caigo, me obligo a levantarme. No lo hago por orgullo ni por miedo al fracaso. Me levanto porque sé que este combate es mi última oportunidad de reconciliarme con mi pasado, de demostrarme a mí misma que puedo con todo lo que me proponga.

Las rondas se suceden, una tras otra, en un borrón de golpes y sudor. La multitud es un rugido distante, un trueno constante que apenas registro. Y entonces, entre aquella multitud, me encuentro con unos ojos negros conocidos que me observan con intensidad. Pierdo el equilibrio por un segundo al reconocer a Alfonso, el entrenador del gimnasio, y eso provoca que reciba dos buenos golpes en la mejilla.

«¡Vamos, tú puedes con ella!», leo en su boca.

No oigo al árbitro, no siento el dolor, solo el ritmo de la pelea, la danza brutal que se desarrolla sobre el ring. Consigo reponerme rápido y es el turno de atacar. Lo hago con contundencia y consigo acorralar a mi oponente. Doy lo mejor de mí y la golpeo con fuerza,

hasta el punto de que cae al suelo. Esto no ha acabado porque no pasan ni dos segundos cuando se levanta. Sonrío.

Finalmente, la última campanada suena. Estoy exhausta, cada fibra de mi cuerpo grita por descanso. Miro a mi oponente y en sus ojos veo el mismo agotamiento, la misma mezcla de respeto y desafío. Pero dentro de mí, hay algo más. Ganar o perder ya no importa tanto. Lo que de verdad importa es que, esta noche, en este ring, he redescubierto quién soy. Y al hacerlo, he encontrado la paz que tanto tiempo busqué.

He conseguido la victoria, salvo que, al no estar acostumbrada, ha dejado huellas en mi rostro. El labio abierto y, con seguridad, algún que otro moratón que no tardará en salir.

Me dirijo al «vestuario», descanso sentada en la silla durante unos segundos y comienzo a cambiarme.

Unos golpes en la puerta me alertan.

—Nadia, soy Alfonso, ¿puedo entrar?

—Pasa.

Se acerca despacio y me coge de la cara para ver más de cerca las heridas.

—¿Se puede saber qué haces? —Esa pregunta me cae como un jarro de agua fría. Él ha descubierto que estoy luchando clandestinamente, así que tengo que contarle la verdad.

Después de explicarle que necesito dinero para Tomi, se queda pensativo unos segundos.

—Está bien. Te conozco poco, pero estoy seguro de que, aunque te pida que dejes de combatir, no lo harás. Así que no me queda más remedio que ayudarte.

—¿Ayudarme? ¿Por qué...?

—Hoy lo has hecho bien, pero esta chica no era de las mejores. Nos vemos mañana a las seis en el gimnasio.

—Pero... —No logro terminar, porque la puerta se cierra en mis narices.

Capítulo 25

El gimnasio está vacío a esta hora de la mañana, son las seis de la mañana y apenas acaba de salir el sol. Dudo que Alfonso lo abra para sus clientes a esta hora y por eso no hay un alma en el interior. El olor familiar a cuero y sudor me recibe al entrar y los recuerdos del pasado regresan a mí en un segundo. ¿Cuánto tiempo pasé en gimnasios entrenando?

Alfonso ya está allí, con las manos en los bolsillos. Observa un saco de boxeo con una intensidad que parece fuera de lugar. Es un chico alto, de complexión robusta, de pelo corto y oscuro. Su apariencia es atractiva y debe rozar los treinta años. Sus ojos, sin embargo, son lo que más destaca: oscuros, casi negros. Un escalofrío me recorre la espalda porque más recuerdos inundan ese momento. Mi exnovio, mi exentrenador aparece en mi mente. Alfonso me recuerda a él.

—Pensé que no ibas a venir —dice sin siquiera girarse para mirarme. Ha debido notar mi presencia.

—Pensé lo mismo —le respondo, mientras dejo la bolsa de deporte en un banco cercano—. Todavía no estoy segura de si esto es una buena idea.

Él, finalmente, se da la vuelta, con una media sonrisa.

—Lo descubriremos juntos, ¿no crees?

Me acerco al ring y lo observo a cierta distancia. Alfonso se une a mí, se cruza de brazos sobre el pecho y siento su mirada fija en mí, como si intentara descifrar qué clase de persona soy.

—Empecemos con algo simple —dice para romper el silencio que se ha creado entre nosotros—. Quiero ver cómo te mueves, si todavía tienes esos reflejos que te hicieron famosa en el pasado.

La última palabra se clava en mi estómago. Me ha descubierto, sabe quién soy.

—Ya no soy la que era —le digo, más para recordármelo a mí misma que a él.

—Y yo ya no soy un chaval —responde con una sonrisa ladeada.

Me gustaría saber cómo me ha descubierto, porque sí, fui famosa, pero en Cataluña, no luché en otras comunidades. Quizá lo que sucedió aquel día dio la vuelta a España. No sé, pasé demasiado tiempo desconectada de todo.

Asiento, sin poder evitar sonreírle de vuelta. Hay algo en él que me da confianza, a pesar de la tensión que flota en el aire. Me quito la chaqueta y empiezo a vendarme las manos. Él me observa en silencio, y sé que está evaluando cada movimiento. No es solo un entrenamiento para mí; es una prueba para ambos.

—¿Por qué te ofreciste a entrenarme? —le pregunto mientras ajusto las vendas—. No soy exactamente un proyecto prometedor. Además, no puedo pagarte si eso es...

Alfonso se encoge de hombros, como si la respuesta fuera evidente.

—No quiero dinero. Es porque creo que tienes algo que ofrecer. Y porque, si soy sincero, también necesito esto tanto como tú.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es lo que necesitas exactamente?

—Tal vez solo quiero ver si todavía tengo lo que hace falta para hacer de alguien un campeón. —Su mirada se vuelve más seria—. Y por lo que vi ayer, creo que tú también lo necesitas, aunque no quieras admitirlo.

No respondo, sin embargo, sus palabras resuenan en mi cabeza mientras termino de vendarme. Sabe más de mí de lo que me gustaría admitir. Subo al ring y siento esta tensión en las piernas que me resulta tan familiar. El suelo bajo mis pies es firme, pero hay una leve sensación de inestabilidad que no solía estar allí.

Alfonso sube detrás de mí, sus movimientos son ágiles. Nos enfrentamos en el centro del ring, él con las manos alzadas en posición defensiva.

—Vamos, lánzame un par de golpes, quiero ver qué tienes.

Obedezco. Lanzó un *jab* rápido con mi mano izquierda, seguido de un gancho con la derecha. Él los esquiva con facilidad; se mueve con la fluidez de alguien que ha hecho esto toda su vida. Hay una parte

de mí que se siente frustrada al ver lo oxidada que estoy, pero otra se siente muy viva, como si este fuera el lugar al que de verdad pertenezco.

—Bien, aunque no estás poniendo todo tu peso en los golpes —dice mientras da un paso atrás mientras evalúa mis movimientos—. Inténtalo de nuevo, pero esta vez, quiero sentir que estás tratando de noquearme.

Esta vez, me concentro más. Respiro hondo y recuerdo los días en que cada golpe salía como un rayo. Lanzo una combinación rápida de golpes, *jab*, *cross*, gancho y, esta vez, veo un destello de aprobación en sus ojos cuando esquiva por poco el último golpe.

—Eso es —dice con una amplia sonrisa—. Tienes poder, Nadia. Solo necesitas recordar cómo usarlo.

Me detengo, mi respiración es más pesada de lo que me gustaría admitir.

—No es tan fácil como solía ser.

—El boxeo nunca es fácil —responde él, mientras baja las manos —. Pero tienes algo que otros no tienen. Experiencia. Sabes lo que es estar en la lona y levantarte. Eso vale más que cualquier otra cosa.

Esas palabras me golpean más fuerte que cualquier puño. No he pensado en ello de esa manera, mas tiene razón. He pasado por más que la mayoría y eso me ha dejado cicatrices, aunque también me ha hecho más fuerte.

—Vamos a trabajar en tu velocidad —dice Alfonso, sacándome de mis pensamientos—. Quiero que hagas sombra conmigo, sigue mis movimientos y no pares hasta que yo lo diga.

Pasamos los siguientes minutos en un baile constante, nos movemos en sincronía mientras lanzamos golpes al aire. Siento mis músculos quejarse con cada movimiento, también la vieja energía que solía llenarme cada vez que entrenaba. Alfonso no me da tregua, me exige más con cada paso, pero su presencia es tranquilizadora de alguna manera. Es como si, al ver que él confía en mí, yo también empiezo a confiar en mí misma.

—¿Por qué dejaste de boxear? —pregunta de repente, y así rompe el ritmo del entrenamiento.

La pregunta me toma por sorpresa, aun así, no dejo de moverme.

—Fue... muchas cosas —le contesto sin decirle la verdad. No quiero que sepa nada más de mí.

Alfonso asiente, poco convencido, como si supiera que no voy a decirle nada más.

—El boxeo no es solo un deporte, es una forma de vida. Te consume, te define. Pero también te da algo que nada más puede darte. La sensación de estar vivo por completo en el momento —suelta como si nada. Nos quedamos en silencio por un instante, ambos respiramos con dificultad. Luego, él se acerca y coloca una mano en mi hombro. —Todavía tienes eso en ti, Nadia. Lo puedo ver. Y si estás dispuesta a trabajar duro, podemos recuperar lo que creíste haber perdido.

Cree que lo dejé por perder la fe en mí misma y estoy dispuesta a dejar que siga creyéndolo, aunque me sorprende que piense de esa manera.

—¿Por qué crees en mí, Alfonso? —pregunto y siento un nudo en la garganta que no esperaba.

—Porque he visto lo que puedes hacer —responde mientras me mira a los ojos con una intensidad que me desarma—. Y porque creo que todavía tienes una pelea más en ti. Una pelea que necesitas ganar, no solo en el ring, sino en la vida.

Sus palabras tocan algo profundo dentro de mí, como una mezcla de gratitud y de desafío. Durante años, me he ocultado del mundo, me he alejado de lo que solía ser. Pero ahora, con Alfonso frente a mí, siento una chispa de lo que alguna vez me impulsó a ser la mejor. Y esa chispa empieza a arder con más fuerza.

—Está bien —digo finalmente. Asiento con determinación—. Vamos a hacerlo. Pero no me des tregua. Si vuelvo a esto, lo hago al cien por ciento.

—Eso es lo que quería escuchar —dice Alfonso con una sonrisa cargada de satisfacción que no puede ocultar—. Mañana a la misma hora. Quiero que vengas lista para trabajar. Y no te preocupes, no tengo intención de darte tregua.

Nos damos la mano, un gesto simple, aunque cargado de significado. Luego, bajamos del ring y, mientras recojo mis cosas, no

puedo evitar sentir una mezcla de nervios y emoción. Este es solo el primer día, aun así, algo me dice que este camino que he elegido, de la mano de Alfonso, va a ser mucho más que un simple regreso al boxeo.

Al salir del gimnasio, noto el aire fresco de la mañana en mi rostro y, por primera vez en mucho tiempo, no tengo miedo. En lugar de eso, siento una determinación renovada, una esperanza que pensé que ya no existía. Este es el comienzo de algo nuevo, algo que podría redefinir quién soy. Y aunque el futuro es incierto, sé que, con Alfonso como mi entrenador, tengo una oportunidad real de recuperar no solo mi forma, sino el poder ayudar a Tomi. Con él estoy segura
de que ganaré el dinero que mi chico necesita.

Capítulo 26

Tomi acaba de llegar. Quedamos el día anterior en comer en mi casa y con el combate y el entrenamiento lo había olvidado. Camino hacia la cocina para preparar algo. La adrenalina de la noche anterior y de esa misma mañana se desvanece, y en su lugar surge una mezcla incómoda de cansancio y culpa. Cansancio por todo el esfuerzo físico que he realizado en muy pocas horas y culpa por ocultarle a Tomi lo que estoy haciendo por él.

Siento el peso del dinero ganado en el bolsillo y, con cada paso, la ansiedad crece un poco más. No había pensado en lo que significaría tener ese dinero en las manos. En el ring, todo era instinto, pura supervivencia. Pero ahora, con la pelea detrás de mí, ese dinero se siente sucio, como un recordatorio tangible de la mentira que estoy a punto de contar al chico al que quiero. Sé que no tengo otra opción, al menos eso es lo que me digo a mí misma, aunque no puedo ignorar la punzada de traición que me atraviesa cada vez que pienso en lo que estoy a punto de hacer.

Cuando llego a la cocina, respiro hondo antes de entrar. Noto unas manos sobre mi cuello. Estaba tan sumergida en mis pensamientos, que no me he dado cuenta de que Tomi seguía mis pasos. Se sienten tan bien sus abrazos y los besos que me da en el cuello. La escena es tan normal que casi me hace dar media vuelta y salir huyendo de allí, pero me obligo a mantener la fachada y hacer como si no ocurriera nada.

—¿Tienes hambre, cariño? —le pregunto, lo más relajada posible.

—Mucha, pero tengo más hambre de ti —responde y me aprieta a su cuerpo con fuerza. Puedo sentir ese hambre bajo sus pantalones. Sonrío y, por un instante, me olvido de todo. Solo estamos él y yo.

Me doy la vuelta deprisa y le beso; lo devoro con ansias. Siento un dolor punzante en el labio y recuerdo que me lo partí en la pelea de anoche. Me retiro despacio y, para no tener ese dolor, saco el fajo de

billetes del bolsillo y lo dejo sobre la mesa, ante la atenta mirada de Tomi, que se extraña al verlo.

—Esto es para ti —le digo, tratando de sonar casual.

Tomi se gira hacia mí, sorprendido.

—¿Qué es esto? ¿De dónde ha salido todo este dinero?

Estaba convencida de que esa pregunta llegaría más temprano que tarde, por lo que había estado preparando una respuesta, aunque eso no hace que sea más fácil responderla.

Entra Sandra, que no sabía que se encontraba en la casa.

—¿Qué hay de comer? —pregunta tan risueña como siempre.

¡Perfecto! ¡Salvada por la campana! O más bien por el morro de Sandra.

—¡Claro! Iba a hacer macarrones —le suelto con la esperanza de que Tomi olvide la pregunta, pero qué equivocada estoy.

—No cambies de tema —dice muy serio—. ¿De dónde has sacado todo ese dinero?

—Tenía algo ahorrado y he conseguido más horas en el trabajo —repito la mentira que he ensayado toda la mañana.

Sandra me lanza una mirada inquisidora.

«¡Mierda! He olvidado contarle esta misma mentira a Sandra», reniego.

Tomi frunce el ceño, con evidente sorpresa.

—¿Trabajaste de noche? —pregunta Tomi.

—Sí, estaban faltos de personal y me pidieron que hiciera unas horas más.

Vuelvo a ver la cara de Sandra totalmente desconcertada y es que, no he caído en que a ella le dije que iría al gimnasio... ¡Qué mal se me da mentir!, salvo que ahora no puedo dar marcha atrás. Ya me inventaré algo para decirle a Sandra después.

Solo espero que no sea capaz de delatarme ahora ante Tomi.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—Fue algo de último momento —miento y fuerzo una sonrisa—. No quería preocuparte. Os oí hablar a ti y a Carlos en el hospital y sé que has estado estresado por el dinero, así que pensé que esto ayudaría.

Parece considerar mi explicación, pero sus ojos se clavan en mi rostro, en las heridas que no he logrado ocultar del todo. Puedo ver cómo se tensa y la preocupación empieza a asomarse en su expresión.

—¿Y qué te ha pasado? —dice, señalando mi cara mientras se acerca a examinar las heridas más de cerca.

Otra mentira, otra punzada de culpa.

—Tuve un pequeño accidente en el trabajo. Estaba tan cansada que tropecé con una caja y terminé en el suelo. Nada grave.

Sandra sigue en silencio. Observa la escena con todas las mentiras que han salido de mi boca, aunque prefiero que sea así, antes de que suelte alguna cosa que pueda delatarme.

—No me había fijado —interviene mi amiga—. ¿Así que te lo hiciste trabajando anoche? ¡Qué torpe eres! —suelta con una sonrisa tan forzada que me resulta incómoda.

Sé que finge, que está siguiendo mi mentira, pero se le nota tanto sus comentarios exagerados...

Siento un nudo en el estómago y pienso que Tomi puede darse cuenta de que todo es una mentira. Sandra me conoce demasiado bien, sabe que miento y su presencia me hace sentir aún más vulnerable.

—Sí, me caí en el trabajo —repito; intento sonar convincente—. Nada importante.

Sandra asiente. El ambiente se vuelve incómodo con mi amiga, que me mira como si intentara ver más allá de las palabras. Como si tratara de descubrir la verdad que quiero ocultar. Tomi, por su parte, parece ajeno a la tensión que hay entre nosotras.

—Tengo hambre —dice mi amiga para cortar el silencio creado entre nosotras.

—Podéis sentaros mientras hago los macarrones.

Me hacen caso y se dirigen al salón. Oigo cómo Sandra le dice a Tomi que va a poner la mesa. No tarda en aparecer de nuevo por la cocina.

—¿Se puede saber por qué le has mentido? —me pregunta molesta mientras me agarra del brazo con fuerza.

—Por favor, Sandra, baja la voz —le ruego para que Tomi no nos oiga—. No quiero que se entere de que voy al gimnasio. —Esa mentira suena muy falsa y para Sandra también.

—¿Crees que soy imbécil?

—¡Joder, Sandra, déjalo estar! Vamos a comer tranquilos y después hablamos —le digo para que pueda tener tiempo de inventarme algo creíble para Sandra.

—Está bien, luego hablamos. —Coge los vasos, cubiertos y bebida y se dirige de nuevo al salón.

Cuando la comida está hecha, me siento en la mesa junto a ellos. Cada vez que Sandra me mira, percibo que estoy al borde de perder el control, de romperme y confesar todo. Pero no puedo. No puedo arriesgarme a perder a Tomi, ni puedo permitir que Sandra sepa en qué me he metido. Así que me obligo a sonreír, a fingir que todo está bien.

Después de la comida, Tomi se ofrece a lavar los platos y me deja sola con Sandra en la sala de estar. El silencio entre nosotras es espeso, lleno de todo lo que no se ha dicho durante la comida. Puedo sentir sus ojos sobre mí, listos para confrontarme.

Sandra rompe el silencio.

—Nadia, ¿qué está pasando?

No quiero hablar de ello, no quiero enfrentarme a la verdad que trato de esconder.

—No sé de qué hablas, Sandra. No ocurre nada.

—No me mientas —dice con una voz firme, solo que cargada de preocupación—. Te conozco mejor que eso. Y no te caíste en el trabajo porque estuviste en el gimnasio. ¿O acaso eso tampoco es cierto?

Miro hacia la cocina para asegurarme de que Tomi no pueda oírnos, luego, vuelvo la vista hacia Sandra. Sé que no puedo mentirle por mucho más tiempo, pero tampoco puedo decirle la verdad.

—Sandra, no puedo hablar de esto. Es complicado.

—¿Complicado? —repite con el ceño fruncido—. ¿Qué puede ser tan complicado como para que no me lo digas? Somos amigas desde hace algún tiempo. Sabes que puedes confiar en mí.

Siento las lágrimas, que amenazan con desbordarse, aun así, las contengo. No me gusta mentirle, a ella no, aunque no quiero meterla en todo esto.

—No es que no confíe en ti. Es solo que... Quiero mantenerme en forma y, con lo torpe que soy, no quiero preocupar a Tomi.

Sandra me mira con intensidad y su expresión se suaviza un poco. Parece que esta vez sí ha colado la mentira.

—¿Y crees que mentirle es la mejor manera de que no se preocupe? Nadia, él te quiere. Si descubre que le estás ocultando algo, no se lo tomará bien.

Sé que razón no le falta, pero decir la verdad significa enfrentar las consecuencias y no estoy lista para eso.

—Tranquila, que cuando consiga el peso y el cuerpo que quiero, se lo diré.

No puedo creer que se crea eso. Por su cara, pienso que no lo ha hecho del todo. Mi amiga se acerca un poco más y con un tono de voz bajo y lleno de preocupación, me dice:

—Nadia, si te has metido en algún problema, déjame ayudarte. No tienes que hacer esto sola.

¡Claro que no se lo ha creído! Estoy a punto de confesarle la verdad y confiar en ella, no obstante, la imagen de Tomi, de su mirada cuando descubra en qué ando metida, me detiene.

—No estoy en problemas —miento una vez más, mientras siento cómo la mentira se hace más pesada con cada palabra—. Solo necesito manejar esto por mi cuenta.

Sandra no parece convencida, aun así, al fin asiente, con cierta reticencia.

—Está bien, pero si necesitas algo, cualquier cosa, sabes que estoy aquí, ¿verdad?

Asiento agradecida por su comprensión, sé que no la merezco.

—Lo sé, Sandra. Gracias.

La conversación acaba ahí, aunque sé que no ha terminado del todo. Sandra tiene sus sospechas y es solo cuestión de tiempo que empiece a hacer más preguntas.

Capítulo 27

Estoy en el gimnasio de nuevo, rodeada por el eco de los puñetazos que resuenan contra las bolsas de entrenamiento. El olor a sudor, cuero y magnesio llena el aire, un aroma que había olvidado, pero que ahora me resulta casi reconfortante. Las luces fluorescentes parpadean con sutileza y el sonido del ventilador en el techo zumbando es lo único que rompe el silencio entre cada golpe que lanzo. Alfonso está a mi lado, me observa con esa intensidad tan suya que me pone los nervios de punta. Ha sido así desde que empezamos a entrenar juntos y, aunque ya debería estar acostumbrada, su mirada me hace sentir vulnerable, expuesta.

—Más rápido. ¡No te detengas ahora! —Su voz es como un látigo que me empuja a seguir, a ignorar el dolor de mis nudillos, a seguir dando golpes con más fuerza, con más rabia.

Lanzo otro gancho y siento cómo todos los músculos protestan por el esfuerzo. No me detengo. No puedo. Pienso en todo lo que estoy haciendo, en todas las mentiras que he dicho, en Tomi... No, no puedo permitirme eso, ahora no puedo rendirme.

—Eso es. ¡Vamos! —Alfonso da un paso adelante, su presencia está tan cerca que casi puedo sentir el calor de su cuerpo. Su energía es intensa, casi sofocante, pero en el ring, en medio del entrenamiento, es lo único que necesito para mantenerme centrada.

Me concentro en su voz, en sus indicaciones y dejo que el mundo exterior se desvanezca. Aquí, soy solo yo y mis puños, la fuerza con la que impactan y la resistencia del saco frente a mí. Aquí, puedo ser quien era antes, la boxeadora que no tenía miedo a nada, la que luchaba sin pensar en las consecuencias.

—Más, Nadia. No te detengas. —Alfonso se mueve a mi lado con los ojos fijos en mí. Siento su mirada como una presión constante, una que no me permite flaquear.

Finalmente, después de lo que parece una eternidad, me detengo, respiro con dificultad. Mis pulmones arden mientras recupero el aliento. Alfonso me observa un instante antes de asentir, con una satisfacción más que evidente. Aunque en su mirada hay algo más, algo que me hace estar incómoda, como si estuviera viendo más allá de mi fachada.

—Buen trabajo hoy —dice con un tono bajo, cargado de algo que no logro descifrar—, pero necesitas mejorar la velocidad. Si quieres ganar la próxima pelea, no puedes permitirte ser lenta.

Asiento, mientras me saco el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Lo sé. Estoy trabajando en eso.

Alfonso se queda en silencio por un momento, luego da un paso más cerca, invade mi espacio personal de una manera que me hace tensarme.

—¿Hay algo que quieras decirme?

Su pregunta me toma por sorpresa. Lo miro a los ojos y mantengo la compostura, sin embargo, su mirada es demasiado penetrante. Es como si supiera que escondo algo, como si pudiera leer los secretos que llevo guardados.

—¿A qué te refieres? —sueno despreocupada, aunque mi voz tiembla y delata la tensión que se acumula en mi pecho.

—Pareces distraída últimamente —dice, con un tono más suave ahora, pero no menos intenso—. Como si estuvieras peleando contra algo más allá del ring.

Miro hacia otro lado, para evitar su mirada. No puedo permitir que descubra lo que está pasando; no quiero que Alfonso entre en esa parte de mi vida.

—Estoy bien. Solo es... presión, ya sabes. Quiero asegurarme de que estoy lista.

No responde de inmediato y puedo sentir su duda. La manera en que me examina me hace pensar que quiere desentrañar la verdad. Al fin, asiente, aunque sus ojos todavía están llenos de preguntas.

—Está bien. Pero si hay algo que te está distrayendo, necesitas lidiar con ello. No puedes entrar al ring con la cabeza en otro lugar.

Asiento de nuevo y no digo nada. Él se aleja para darme espacio para respirar; sin embargo, la tensión entre nosotros no se disipa. Siento su presencia como una sombra que me vigila.

El entrenamiento continúa, aunque mi mente no está completamente con él. Sigo sus instrucciones, me muevo como Alfonso me dice, aun así, mis pensamientos se desvían hacia Tomi, hacia la manera en que lo estoy engañando, hacia la culpa que crece con cada mentira que le cuento.

La próxima pelea se acerca y cada día siento más la presión de lo que estoy haciendo. Alfonso sigue empujándome y me exige más de mí, pero hay algo más en su manera de interactuar conmigo. Una tensión que no solo proviene del entrenamiento, sino de algo más profundo, algo que ni él ni yo estamos dispuestos a admitir.

Terminamos el entrenamiento más tarde de lo usual y, mientras nos dirigimos hacia la salida del gimnasio, el silencio entre nosotros es pesado, casi palpable. Me duele cada músculo y mis heridas, nuevas y viejas, laten con un dolor constante que me gustaría ignorar. Me pregunto cómo voy a explicarle a Tomi estas nuevas marcas, estas nuevas cicatrices que no pueden ser ocultadas tan fácilmente.

Cuando llego a casa de Tomi, este está sentado en el sofá, con una expresión de preocupación en el rostro. Mi corazón se estremece al verlo, consciente de que tendré que engañarlo otra vez.

—Hola —saludo con energía.

—Hola —responde Tomi, sin levantarse para abrazarme como suele hacer. En su lugar, me mira, sus ojos se fijan en mi rostro, en las nuevas heridas que no he podido cubrir del todo.

—¿Qué te ha pasado?

Mi mente trabaja a toda velocidad, intenta encontrar una explicación que tenga sentido, pero sé que Tomi ya está sospechando.

—Me caí —miento. Odio cómo las palabras salen de mi boca con tanta facilidad—. Fue en el trabajo, otra vez. Estaba distraída y... ya sabes cómo soy de torpe.

Tomi no dice nada, solo me mira y siento que su silencio es peor que cualquier otra cosa que pueda decirme. Suspira y se pone de pie.

—Nadia, por favor. No me mientas. Sé que algo está pasando.

Mi corazón se detiene un segundo y entro en pánico. Por un instante, estoy dispuesta a confesarlo todo, pero me echo atrás.

—No estoy mintiendo —insisto, aunque incluso a mis oídos suena desesperado.

Tomi niega con la cabeza con una expresión triste.

Me duele mucho verlo así; sé que lo estoy lastimando con cada mentira que le digo. Pero la verdad es peor, ¿no? No puedo decirle lo que en realidad estoy haciendo, porque sé que no lo entendería, que no aprobaría lo que he decidido hacer. Y, más que nada, no quiero perderlo.

—Lo siento por preocuparte —susurro—. No pienses nada raro. Es solo que estoy más cansada de lo normal y tropiezo más a menudo.

—¡Es que mira que eres torpe! —Ya vuelve a ser el Tomi de siempre—. Quiero que dejes de hacer más horas. Ya encontraré la manera de pagar la deuda.

Las palabras se clavan en mi corazón como cuchillos. Me acerco a él, quiero tomar su mano y asegurarle que todo estará bien, mas no sé si puedo hacerlo. No sé si podré sostener esta mentira por mucho tiempo.

—Son solo rasguños. Te prometo que cuando consiga casi todo el dinero, vuelvo a mi horario.

Parece que eso le convence más. Además, tampoco falta demasiado para que llegue al objetivo. Creo que con tres o cuatro peleas más, conseguiremos todo el dinero.

Pero entonces, las palabras de Alfonso resuenan en mi mente: «No puedes entrar al ring con la cabeza en otro lugar».

Y sé que tiene razón. No puedo permitirme estar distraída, no cuando tengo tanto en juego.

—De acuerdo, preciosa. Pero si ves que estás demasiado cansada, déjalo, por favor.

—Te prometo que estaré bien —digo, mientras tomo su mano con suavidad—. Solo confía en mí, ¿de acuerdo?

Tomi abre los ojos y me mira largo y tendido. En su mirada veo todo el amor que siente por mí, aunque también la duda y la preocupación que le estoy causando. Asiente, aunque sé que no está convencido del todo.

—Está bien —dice, pero su voz suena resignada.

Después de marcharme de casa de Tomi, llego a la mía y voy directa a la habitación. Me acomodo en la cama, me quedo despierta, con la mirada puesta en el techo y pienso en todo lo que estoy haciendo. La próxima pelea está cada vez más cerca y con ella, nace la necesidad de mantener esta fachada, esta vida que he construido sobre mentiras.

Pero mientras las horas pasan y la oscuridad me envuelve, no puedo evitar preguntarme cuánto tiempo más podré seguir así, cuánto tiempo más podré mantener a Tomi en la oscuridad, antes de que todo se desmorone. Porque en el fondo, sé que esto no puede durar para siempre. Y cuando todo salga a la luz, temo que ya sea demasiado tarde para salvar lo que una vez tuvimos.

Al día siguiente, vuelvo al gimnasio, pero esta vez la tensión con Alfonso es casi insoportable. Nos movemos por el espacio como dos combatientes en el ring, cada uno midiendo al otro y a la espera de que el primero haga un movimiento. Siento que él también está al borde de algo, como si esperara que yo cayera.

El entrenamiento es duro, más duro de lo habitual. Alfonso no muestra ninguna piedad, tampoco pido ninguna. Necesito este dolor, esta intensidad, para distraerme de todo lo que está mal en mi vida. Y él lo sabe, lo veo en la manera en que me observa, en la forma en que presiona cada uno de mis límites.

Mientras Alfonso me da instrucciones, con su voz cortante como un cuchillo, me pregunto cuánto tiempo más podré seguir con esta farsa antes de que todo se derrumbe, antes de que todos los secretos que he estado guardando salgan a la luz y me dejen sola en medio de las ruinas.

El combate se acerca y sé que tendré que estar en mi mejor forma, pero ¿a qué precio? La pregunta retumba en mi mente,

mientras lanzo otro golpe, más fuerte, más rápido. Intento ahogar las dudas con cada impacto.

Al final del día, cuando salgo del gimnasio, me siento agotada, tanto física como emocionalmente. Las luces de la calle parpadean mientras camino hacia mi casa y, por un segundo, deseo poder escapar de todo, dejar atrás las peleas, las mentiras y empezar de nuevo.

Sé que no puedo. Ya estoy demasiado involucrada, demasiado atrapada en esta vida que he creado para mí misma. Sé que el tiempo se agota y que pronto tendré que enfrentar las consecuencias de todo lo que he hecho.

Capítulo 28

Como estas últimas semanas, salgo a escondidas de mi propia casa. No quiero que Sandra se despierte y dé conmigo, no sabría qué excusas más inventarme y lo de que quiero mantenerme en forma no creo que siga colando.

¡Perfecto! No me ha oído y puedo salir de casa sin ser vista. El Uber ya me espera en la puerta, subo, le doy las indicaciones pertinentes y me lleva al lugar de la nueva pelea, que no está mucho más lejos que la de la última vez.

Alfonso ha llegado antes que yo y, aunque ya me ha dicho repetidas veces que puedo ir en su coche, prefiero que nadie nos vea juntos.

Aquella nave está repleta de gente y apenas cabe un alfiler. Supongo que es por mi contrincante, que debe ser muy conocida por estos lugares. Pero me temo que estoy equivocada porque cuando camino dos metros más, veo cómo las personas de mi alrededor me miran con curiosidad y comienzan a aplaudir.

Me sorprendo, ya que tan solo he peleado tres veces, demasiado pocas para hacerme famosa. Hasta que escucho un nombre que me resulta muy familiar, que me deja paralizada.

—¡Chiquita, Chiquita!

No es posible. ¿Cómo…?

—¿Te gusta la sorpresa? —suelta Alfonso entre los gritos de la gente, que vitorea mi nombre una y otra vez. Y entonces veo los carteles de publicidad que han hecho para esa pelea, donde el nombre de Chiquita sale en letras gigantes.

—¿Has sido tú? —pregunto sorprendida. Alfonso asiente orgulloso, sin darse cuenta del lío en el que me ha metido—. ¿Cómo has sabido quién era?

—Lo supe cuando te vi pelear la primera noche y las dos trenzas me lo confirmaron —explica sonriendo, como si haberlo descubierto

fuera un triunfo.

No puede ser cierto. Han pasado varios años de aquello y se supone que he cambiado, por no decir del cambio de color del pelo… ¿Cómo ha podido reconocerme?

—No debiste hacerlo —suelto más para mí misma que para él, aunque Alfonso lo ha escuchado y me mira algo desconcertado.

—¿He hecho algo mal? —me pregunta preocupado y con el rostro totalmente serio.

Pienso unos segundos antes de contestar. No puedo culparle cuando no le he dicho nada. Así que me relajo y le respondo con tranquilidad:

—No te preocupes, no pasa nada.

—¿Qué ocurre, Nadia? —Sabe que algo pasa, pero no sé si estoy dispuesta a contarle nada. ¿Qué pensará de mí si descubre la verdad? Los nervios se acumulan en mi estómago y tan solo faltan unos minutos para que comience la pelea.

Apoyo mi mano en su hombro y sonrío.

—Olvídalo, de verdad. No pasa nada.

Sin decir nada más, me dirijo al vestuario que han preparado para mí. Mientras camino a paso ligero, escucho los gritos de las personas que al parecer me conocen.

«¡A por ella! ¡Dale duro!» y no sé cuántas tonterías más.

Necesito calmarme, olvidar lo que acaba de ocurrir y centrarme en la pelea. Me cambio tranquila y espero a que digan mi nombre por el megáfono, tal y como han hecho en el resto de los combates. Solo que esta vez es muy diferente.

—Llegada desde Barcelona y con ganas de pelear… ¡Chiquita!, la mejor boxeadora de todos los tiempos.

«¡Qué exageración!», pienso mientras avanzo hacia el ring.

Sí, es cierto que era buena, muy buena. Me consideraban un portento, hasta que tuve que dejarlo.

Me planto en el centro del ring, a la espera de que mi oponente suba. Lo hace y me observa desafiante. Si yo estuviera en su lugar, me encantaría darme una buena paliza para demostrar lo valiosa que soy y vencerme. Por suerte, no tengo esa presión. Me da igual

ganar o perder, lo único en lo que estoy interesada es en conseguir todo el dinero posible para pagar la deuda de Tomi.

Suena la campana y me dispongo a pelear.

Capítulo 29

Y entonces, la veo.

A una cierta distancia, escondida en las sombras, reconozco una figura familiar. Mi corazón se detiene un segundo y el pánico me golpea con fuerza.

¿Es posible que sea ella? No, no puede ser.

Enfoco la vista y la figura se vuelve más clara y sus rasgos son reconocibles a pesar de la oscuridad que la rodea.

Sandra.

Está parada allí, a no más de veinte metros de distancia, con una expresión de shock y confusión en el rostro, con los ojos fijados en los míos, como si no pudiera creer lo que está viendo. Más o menos como yo, que me siento igual.

Cualquier pensamiento que estuviera apareciendo por mi cabeza se desvanece de inmediato al recibir un golpe en la mejilla. Mi oponente se ha dado cuenta de lo distraída que estoy, como para no estarlo, cuando mi mejor amiga ha descubierto un gran secreto que le estaba ocultando.

Tengo que concentrarme en la pelea. Ya pensaré en cómo explicarme ante Sandra después. Y conociéndola, no será nada fácil hacer que me perdone por tanta mentira. Y lo peor de todo: ¿qué le cuento? ¿La verdad? ¿O parte de ella?

Después de terminar la pelea, que no ha resultado ser complicada y he salido victoriosa, busco a mi amiga entre la multitud. La encuentro y voy en su dirección a paso ligero. Mi mente trabaja a toda velocidad y trata de encontrar una explicación, una excusa, cualquier cosa que pueda decirle para salir de esta situación. Pero sé que es inútil, ella ya ha visto demasiado.

—Sandra —susurro con la voz cargada de preocupación y dolor—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Por qué estás…? —dejo la frase

incompleta y el silencio que le sigue es más elocuente que cualquier palabra.

Me acerco a ella despacio, mi cuerpo se tensa y mi mente busca con desesperación palabras que puedan ayudarme en este momento. No sé qué decirle, no sé cómo explicar lo inexplicable. Ella es mi mejor amiga, la única en la que he confiado desde hace mucho tiempo y ahora, la he decepcionado, he roto la confianza que había entre nosotras con mis mentiras.

—Esa pregunta debería hacerla yo, ¿no crees? —Se nota el enfado en su voz—. ¿Qué se supone que haces subida a un ring de boxeo? Y, ¿desde cuándo boxeas? Nos hiciste creer que no te gustaba y ahora, eres una experta en el tema. ¿Me lo explicas? —suelta con los brazos en forma de jarra sobre su cintura y con la expresión más seria que le he visto nunca.

Definitivamente, está enfadada.

—Puedo explicarlo —digo, pero incluso para mí las palabras suenan huecas.

—¿Explicarlo? —Su voz se eleva y noto la incredulidad en cada sílaba—. Pues empieza, porque me va a costar creerte, después de tanta farsa.

De nuevo, no sé qué decirle, o, mejor dicho, por dónde empiezo. No puedo decirle toda la verdad, todavía no. Cojo aire e intento mantener los nervios bajo control.

—Está bien. —Suspiro—. Tomi está en un lío y necesita dinero.

—¿Qué tiene que ver Tomi en esto? La pregunta es: ¿Cómo es que sabes boxear y por qué nos has hecho creer que lo detestas?

No puedo decirle la verdad, prometí que no lo haría, mas tampoco quiero volver a mentirle.

—No puedo darte respuesta a esas preguntas, solo te diré que me metí en un lío hace unos años y no tengo permitido subir al ring. Si lo he hecho, ha sido por Tomi.

Me mira incrédula, como si no creyera lo que le digo.

—¿Por qué no puedes decirme nada? ¿Lo sabe Tomi? —insiste, aunque por más que insista, no puedo confesarle la verdad.

—Te prometo que te lo contaré, pero ahora no puedo. Y no, Tomi no sabe nada de esto y debe seguir así.

Ella sacude la cabeza y su mirada se endurece.

—¿Por qué? No lo entiendo. Él también pelea, ¿por qué no puedes saber que tú haces lo mismo?

—Ya te he dicho que no puedo decírtelo ni a él tampoco. Por favor, créeme cuando te digo que os lo contaré pronto, de verdad. —Las lágrimas amenazan con caer; sin embargo, logro contenerlas.

No me gusta esta situación, no quiero ocultarle nada a Sandra, aunque, por mi bien, no tengo otra opción. Sandra me sostiene la mirada durante lo que parece una eternidad, su expresión es una mezcla de dolor, compasión y resignación. Al fin, asiente despacio, aunque su mirada me dice que no está convencida de lo que está a punto de decirme.

Se da cuenta de mi angustia y suaviza el tono de voz.

—Te prometo que no le diré nada, con una condición. —La miro sorprendida, a la espera de que suelte esa condición—. Voy a acompañarte a todas las peleas, sin excepción.

Respiro aliviada y con el corazón encogido de saber que Sandra, mi Sandra, es la mejor amiga del mundo. Me lanzo a sus brazos y la abrazo con fuerza.

—Gracias, amiga.

—¿Se puede saber en qué está metido Tomi? ¿Por qué necesita tanto dinero?

—Esa misma pregunta me la he hecho muchas veces, pero como no quiero que haga preguntas de dónde saco el dinero que le estoy entregando, me hago la tonta —le contesto.

—Le preguntaré a Carlos, a ver si él tiene idea de lo que le pasa a Tomi.

Capítulo 30

Después de la pelea del día anterior, noto a mi amiga algo rara. No ha dejado de preguntarme durante toda la mañana por mi pasado con el boxeo. De nuevo, he mentido, más bien, he ocultado la verdad. Sigo sin estar preparada para hablar de lo que ocurrió y, a decir verdad, esto que estoy haciendo ahora es temporal. En cuanto consiga el dinero que le falta a Tomi, voy a dejarlo.

No sé si son las insistentes preguntas de Sandra, pero tengo una sensación extraña instalada en el estómago. Intento ignorarlo mientras me visto para ir al gimnasio. Escojo la ropa de deporte con un sentido de rutina que casi me consuela. Cada prenda se ajusta a mi cuerpo a la perfección y eso debería reconfortarme, pero no lo consigue. Me siento como si fuera una actriz en un papel que no puedo dejar de interpretar, como si estuviera atrapada en un guion que me ahoga.

Dejo esas sensaciones a un lado y salgo de casa. Camino hacia el gimnasio con un paso apresurado. Los pensamientos revolotean por mi cabeza a toda velocidad, pero el aire fresco de esta tarde me da una pequeña tregua, aunque no consigue despejarme del todo. La culpa que arrastro me atormenta y no sé cuánto tiempo más podré aguantar.

Cuando llego, el gimnasio está desierto. Se respira tranquilidad, a diferencia de las horas pico, que, a esas horas, apenas puedes concentrarte para dar un golpe en condiciones. No espero encontrarme a Alfonso, pues a estas horas suele estar metido en su despacho entre papeles. Debe ser un incordio tener tu propio negocio y no poder disfrutar de él como te gustaría. Pero hoy no es así. Él está entrenando en las máquinas de pesas. No lleva puesta la camiseta, raro en él, que nunca deja al descubierto su musculado cuerpo. Sus movimientos son metódicos y calculados. Nunca lo he

visto tan concentrado; ni siquiera se ha percatado de que estoy ahí delante, atenta a cada movimiento que hace.

—Hola —digo con naturalidad, mientras me acerco, atraída por su perfecto y trabajado cuerpo.

Mi voz me traiciona con un toque de nerviosismo que no puedo disimular.

—Hola, Nadia —responde Alfonso sin levantar la vista. Sus ojos permanecen fijos en la máquina—. Llegas justo a tiempo. Vamos a hacer un entrenamiento más intenso hoy. Trabajaremos en tu resistencia.

Asiento conforme. Me vendrá bien estar entretenida en otra cosa y un entrenamiento de este tipo, es perfecto para esta situación. Mientras me preparo, me esfuerzo en el ejercicio que me ha propuesto Alfonso. Me concentro en la forma en que mis músculos se tensan y se relajan bajo la guía del entrenador. Estoy exhausta.

A medida que avanzo con el entrenamiento, intento no pensar en la conversación que tuve con mi amiga la noche anterior, pero no puedo evitarlo. Recordar su cara de sorpresa al descubrir mi secreto y cómo le he estado mintiendo todo este tiempo se me clava en el estómago.

Cada golpe que lanzo contra el saco de boxeo, cada serie de pesas me recuerda que estoy atrapada entre dos mundos que no pueden coexistir.

Finalmente, después de un entrenamiento que se siente interminable, veo cómo Alfonso asiente satisfecho.

—Eso es todo por hoy. Buen trabajo —me anima cuando se da cuenta de que me falta el aliento.

Le doy las gracias, mientras me seco el sudor de la frente.

—Sí, hoy ha sido un buen entrenamiento, ¿no te parece? —Sonrío satisfecha.

—Lo has hecho muy bien, pero ¿se puede saber contra quién luchabas?

La pregunta me llega de imprevisto, porque es cierto que he estado muy activa y demasiado concentrada, quizás. Pienso en esa pregunta, o más bien en su respuesta. Saber que estoy mintiendo al

hombre que quiero y, que posiblemente, acabo de meterme en un lío del que todavía no soy consciente, me preocupa en exceso.

—¿Por qué lo preguntas? ¿No lo he hecho bien? —Como aprendí, cuando no quieres dar una respuesta, lo mejor es hacer otra pregunta.

—No es eso, Nadia. Sabes bien por qué te lo pregunto, pero si no quieres responder, no pasa nada —dice un entrenador comprensivo y compasivo.

Asiento para dar por terminada la conversación y le dejo saber que hay algo detrás de todo esto, solo que no quiero explicar. Su rostro cambia y se vuelve serio, más preocupado que molesto.

Alfonso se está convirtiendo en un buen amigo. Confío en él y sé que pronto no me quedará más remedio que explicarle todo, pero hasta que llegue ese momento, prefiero estar callada.

Capítulo 31

He peleado tres noches seguidas y, si sumo las horas de trabajo, los entrenamientos y las clases de la universidad, creo que he llegado al límite. Me siento cansada, no, exhausta y apenas puedo levantar los brazos más de treinta grados.

He quedado con Tomi para cenar en un bonito restaurante y, aunque a última hora le he pedido cenar en casa por estar agotada, no tengo fuerzas para esta cena. Aun así, me visto algo decente para recibirlo con una sonrisa forzada, porque me duele incluso al sonreír.

El cielo de la noche se va despejando mientras abro la puerta a Tomi. Para mi sorpresa, la cena es todo un éxito. Me he sentido tan a gusto con él, que por unos instantes he olvidado la farsante que soy. Pero solo me queda un par de combates más, con los que me pagarán lo suficiente para saldar toda la deuda de Tomi. Después, le confesaré todo.

Mientras la luz suave de la lámpara ilumina la sala, siento que la tensión comienza a aflojarse, aunque mi mente sigue en una maraña de preocupaciones.

—¿Quieres algo más de beber? —me pregunta Tomi mientras se dirige a la cocina. Su voz es suave, cargada de una calidez que me resulta reconfortante.

—Un poco de vino estaría bien —respondo, como si no tuviera ninguna preocupación.

Me acomodo en el sofá; siento el peso de la culpa y el cansancio en cada músculo. Tomi está haciendo lo que hace siempre, se ocupa de las cosas, mientras yo me permito un pequeño descanso en nuestra burbuja de normalidad.

Lo oigo moverse en la cocina, junto al sonido de las botellas y los vasos. Me permito unos minutos para cerrar los ojos y trato de calmar la mente. Cada detalle de esta cita me recuerda lo que tengo

que perder y a lo que estoy arriesgando con cada mentira que mantengo. Pero ahora, quiero concentrarme en lo que es real, en lo que es verdadero.

Tomi regresa con dos copas de vino y se sienta a mi lado en el sofá. Me entrega una copa y noto un ligero roce de manos. Su toque es una mezcla de ternura y familiaridad. Miro su rostro mientras se acomoda a mi lado y noto la preocupación en sus ojos.

—Gracias —digo, mientras tomo un sorbo del vino. El líquido es suave y cálido, un pequeño consuelo en medio del caos.

Él da otro sorbo de su propia copa, luego se recuesta a mi lado y mira hacia el frente con una expresión pensativa.

—¿Cómo estás? —pregunta con un tono de voz bajo y suave, casi como un susurro—. Hoy has estado un poco distante, como si estuvieras pensando en algo más.

La pregunta es directa y, aunque mantengo una sonrisa tranquila, siento que mi fachada comienza a desmoronarse. Tomi siempre ha tenido una habilidad para ver a través de mis barreras y captar cuando algo no está bien. Intento encontrar una respuesta que no revele el caos interno que llevo dentro.

—Solo estoy cansada —digo, forzando una sonrisa—. El entrenamiento ha sido agotador.

Hace días, decidí contarle que estaba yendo al gimnasio. Tarde o temprano se iba a dar cuenta de mis ausencias y no me quedarían demasiadas excusas para inventarme. Fue un gran acierto, porque le gustó la idea y dejó hacer tantas preguntas por mi agotamiento; pensaba que se debía a las clases del *gym*.

Tomi asiente y me observa con una mezcla de preocupación y cariño que me hace sentir aún más culpable.

—Lo entiendo. Últimamente, has estado muy ocupada. A veces, me pregunto si estás tan bien, como aparentas. No puedo evitar sentir que cargas con algo más, algo que no me cuentas.

Siento que un nudo se forma en mi garganta. Tomi ha comenzado a tocar un tema que me gustaría evitar, un tema que me aterra. No quiero mentirle más, aunque la verdad es peligrosa. No estoy lista para enfrentar las consecuencias de mis acciones y la idea de perderlo me resulta insoportable.

—Es solo estrés —repito con la voz temblorosa—. No quiero que te preocupes. Estoy bien, de verdad.

Tomi parece dudar, pero al final, se convence.

—Si tú me dices que todo está bien, lo dejo estar. Solo recuerda que estoy aquí para ti. Si necesitas hablar de algo, lo que sea, no dudes en decírmelo.

¡Mierda! ¿Cómo puedo ser tan desgraciada? ¿Por qué miento a este hombre tan maravilloso?

Por un instante, solo por un instante, pienso en contarle todo, pero me detengo. Debo aguantar unos días más y poder explicarle todo. Así que me acerco un poco más a él y busco su proximidad como un ancla en medio de la tormenta emocional en la que estoy atrapada.

Tomi me rodea con un brazo, su calor y su cercanía son un alivio temporal para todas mis preocupaciones.

Nos quedamos en silencio durante un largo espacio de tiempo; siento el contacto de su cuerpo cuando toca el mío. Se vuelve hacia mí con una mirada intensa y sincera.

—Hay algo que quiero hacer —dice con una sonrisa traviesa e ingenua.

Sé lo que quiere y, aunque esté muy cansada, también me apetece a mí, así que lo beso apasionada y me coloco a horcajadas sobre sus piernas.

Corresponde a mis besos, mientras me acaricia la espalda.

—Aunque me halagas y tengo muchas ganas de esto, no es en lo que estaba pensando —suelta con una sonrisa mientras se aparta con suavidad—. Túmbate boca abajo —me ordena.

Siento un respiro de alivio, agradecida por su intento de crear un remanso de paz. Hago lo que me pide y me tumbo en el sofá. Tomi, con mi ayuda, se deshace de mi camiseta e intenta —con torpeza— desabrocharme el sujetador. Cuando lo consigue, oigo el clic de un tapón, de lo que parece ser un bote de crema, y noto un líquido frío sobre mi espalda desnuda.

Siento su mano que masajea con suavidad mi espalda y parece que no es la primera vez que lo hace, porque da con los puntos más

tensionados que tengo y los aprieta como si supiera lo que está haciendo.

—Relájate y disfruta.

Cierro los ojos y me concentro en su toque, en el calor de su mano sana. Es un remanso de paz en medio de la tormenta. Nos quedamos así, en silencio, mientras las horas pasan. Cada instante que paso a su lado me recuerda lo afortunada que soy de tenerlo en mi vida.

De repente, Tomi se inclina hacia mí, sus labios rozan mi cuello en un beso suave y delicado. Es un beso que está lleno de amor, de preocupación y de un deseo de protegerme que me llega al alma.

—¿Nadia? —Oigo en mi sueño—. ¿Nadia? ¿Estás dormida?

Capítulo 32

Se acerca el día de Navidad y Tomi me ha convencido de decorar un poco la casa con adornos navideños. No me gustan demasiado estas fiestas porque llevo años que las celebro en condiciones algo especiales. Además, solo hace que recuerde los días tan entrañables que pasaba cuando mi madre seguía viva. A Sandra le pasa igual que a mí, o incluso peor. Ella no tiene recuerdos bonitos de estas fechas.

En fin, que después de casi una semana de insistencias, nos ha convencido, aunque Sandra solo ha puesto una condición: que lo hagamos nosotros.

No sé en qué momento pensé que decorar un árbol con Tomi iba a ser una buena idea. Estoy atrapada entre un nido de luces enredadas que parecen diseñadas para torturarme.

—¿¡Quién coño guarda las luces así!? —protesto mientras forcejeo con las luces como una.

Tomi se ríe. ¡Se ríe! El muy caradura.

—Me las ha prestado mi compañera de piso. Según ella, llevan años guardadas en el altillo. Además, no es mi culpa si tienen vida propia —dice al mismo tiempo que se acerca para ayudarme.

Le tiro un codazo flojito para mantenerlo lejos.

—¡No! Tengo un plan. Una técnica secreta.

—¿Ah, sí? ¿Qué técnica? —pregunta, cruzado de brazos, divertido.

—Improvisar —respondo, muy digna, mientras enredo peor las luces.

Él se dobla de risa y yo, por más que quiera hacerme la enfadada, termino con una carcajada también.

Después de veinte minutos de pelea cuerpo a cuerpo con los cables, logramos colocar las luces en el árbol... más o menos. Cuando las encendemos, el árbol parece un experimento fallido. Hay

huecos por todos lados y nos percatamos de que la estrella sigue en la caja.

—¿Quieres ponerla tú? —me pregunta y me alarga la estrella plateada como si fuera un premio.

Levanto una ceja. Miro la cima del árbol y vuelvo a los ojos azules de mi chico.

—¿Y morirme cayéndome de la silla? Paso.

—Yo te agarro —dice Tomi. Se acerca demasiado mientras sonríe como si pudiera convencerme de cualquier cosa.

Y claro que puede. Sus ojos inocentes y su sonrisa perfecta pueden hacer que haga cualquier cosa. Soy patética, lo sé.

Me subo a la silla. Él me sostiene de la cintura, firme, seguro. Y aunque sé que la estrella ha quedado torcida, no puedo pensar en nada más que en sus manos grandes y fuertes sobre mi cuerpo y en su risa baja cerca de mi oído.

Me ayuda a bajar de la silla. Más bien, me lanzo a sus brazos, a la espera de que me agarre, aunque mis cálculos no han acertado, claro que él tampoco esperaba que me tirara como si estuviéramos en un concierto de rock. Suerte que entre la altura de la silla y el suelo no hay demasiada distancia, además, su cuerpo duro me hace de amortiguador cuando caigo sobre él.

—¡Joder! ¡Avisa que vas a tirarte sobre mí para apartarme! —se queja muerto de risa.

—Serás… —Levanto la mano para darle un pequeño golpe como venganza por lo que acaba de decir, pero este se adelanta y, antes de que mi mano se tope con el pecho de Tomi, este la agarra con la suya, la coloca sobre mi espalda y deja que nuestros rostros queden a escasos centímetros.

—¿Sabes que eres lo mejor que me ha pasado este año? —me susurra con esa voz ronca tan seductora.

Mi corazón da un vuelco y mi cabeza solo tiene un único objetivo: hoy quiero ser suya, solo suya.

—¿Solo de este año? —pregunto, en voz baja mientras le coqueteo.

Él asiente, me roza la mejilla con los dedos.

—Me da miedo lo que siento por ti, Nadia.

A la mierda todo. Sus palabras dejan huella en mí, en mi corazón, en mi cabeza, en todo mi ser, porque yo siento lo mismo que él. Aun así, decido dejar a un lado mis miedos y le beso.

Le beso porque las palabras no me alcanzan. Porque no quiero que dude, no quiero que tenga miedo, porque no quiero tenerlo yo.

El beso empieza dulce; se vuelve hambre y necesidad al mismo tiempo. Me río entre bocados cuando me levanta como si pesara menos que una pluma.

—¡Eres un animal! —grito, entre risas.

—Ya protestarás después... —me susurra.

Me lleva al sofá y ya no hay más palabras.

Me desnuda entre caricias torpes y urgentes, como si tuviera miedo, como si pudiera escaparme. Pero yo no pienso irme a ningún sitio. No esta noche, no de sus brazos.

Cuando quedamos piel con piel, él se detiene. Me mira como si fuera un regalo, como si fuera algo que no merece. Me tiemblan las rodillas —literalmente— cuando me acaricia la mejilla y murmura:

—Nunca... Nunca me he sentido así con nadie. Me haces querer ser mejor. Me haces querer quedarme y olvidarme de todo.

Le acaricio la cara y siento que me derrito a cada palabra. Y la verdad, no sé muy bien a qué se refiere. No obstante, lo entiendo, porque yo también siento lo mismo.

—Entonces quédate para siempre, incluso cuando sea insoportable.

Él sonríe. Esa sonrisa que me desarma.

—Me voy a quedar hasta que me eches y, aunque lo hagas, con seguridad, volveré.

El primer roce de su cuerpo sobre el mío me arranca un gemido bajito. Nos movemos lento, como si el tiempo fuera solo nuestro. Sus manos exploran cada rincón de mi cuerpo, como si quisiera memorizar cada una de las partes. Yo me entrego, sin miedo, sin barreras.

Cuando se une a mí, cierro los ojos y me pierdo en su ritmo, en sus susurros roncos, en el calor que me consume. No es solo sexo. Es algo más grande. Algo que me llena de vértigo y esperanza al mismo tiempo.

Cuando el orgasmo me atraviesa, me aferro a él como si fuera mi único refugio. Después, nos quedamos abrazados en el sillón, bajo la luz parpadeante y ridícula del árbol más feo que he visto en mi vida, pero que atesoraré en mis recuerdos para siempre.

Apoyo la cabeza en su pecho y escucho su corazón acelerado. Ya no pienso en el pasado, sino en el futuro que tengo por delante con Tomi. Esta noche solo existimos él y
yo y nadie ni nada más.

Tomi y su risa.

Tomi y sus abrazos.

Tomi y sus besos.

Tomi y este primer pedazo de felicidad que me atrevo a
robarle a la vida.

Capítulo 33

Después de pasar una Navidad inolvidable junto a los que considero mi familia, debo prepararme —física y mentalmente— para la pelea de fin de año. Es un evento especial, al parecer, asistirá mucha gente. Eso me ha confirmado Alfonso, que, tras llegar al gimnasio, me informa preocupado.

Llevo días sin entrenar por las fiestas navideñas y me mete presión para que dé todo de mí en cada golpe.

Todavía no me han comunicado quién será la rival, pero estoy deseando que no sea demasiado difícil el combate, porque me doy cuenta de que, perder unos días de entrenamiento, me afecta mucho.

Llego exhausta del gimnasio y la ducha me reconforta. Cuando salgo del baño, aún con el pelo mojado y una toalla envuelta sobre mi cuerpo, Tomi ya ha llegado y me espera sentado en el sofá, junto a mi amiga. Los oigo hablar y noto que Tomi está molesto.

—¿Y no puede decir que no? —le pregunta con cierta indignación a Sandra.

—Ya sabes cómo son estas fiestas. Fin de año da mucho dinero —le contesta y es cuando sé de lo que están hablando.

Tomi lleva días preguntando lo mismo: por qué tengo que trabajar en fin de año, pero es la única excusa que he podido inventar para asistir al combate. Sandra, como buena amiga, le quita hierro al asunto y se ha convertido en mi cómplice, por mucho que no le agrade.

—¡Hola! —saludo con energía mientras me seco el pelo con la toalla.

Tomi se levanta y me recibe con un beso que me sabe a poco. Me echo a sus brazos y lo beso con pasión, para ver si con esas consigo animarle. Y lo consigo. Veo cómo sonríe de manera traviesa y me da un apretón en el trasero.

—¿Qué tal el *bodypump*? —me pregunta sin alejarse demasiado de mí.

Sí, al decirle que comenzaba a ir al gimnasio, también le mentí en eso. Le dije que hacía clases y una de ellas era el dichoso *bodypump*. Menos mal que no pregunta demasiado, porque exactamente no sé muy bien ni qué es.

—Estoy agotada.

Me besa en la cabeza y nos sentamos en el sofá a ver una película que hace días teníamos planeado ver.

En mitad de la película, suena mi móvil y veo que es un mensaje de un número desconocido. Ya me han asignado hora y rival.

—¿Quién es? —pregunta Tomi con indiferencia.

—Es del trabajo. El jefe me dice que tengo que estar a las once en el restaurante en fin de año. —Miro a Sandra para saber si ha entendido el mensaje y hace un breve gesto con la cabeza para asentir.

—¡Joder! ¡No te van ni a dejar cenar! —se queja de mal humor.

—¡Sí, vaya mierda! —respondo para disimular.

—Podemos cenar antes —interviene Sandra, como buena cómplice.

Aunque no le hace gracia, Tomi acepta la idea de hacer la cena de fin de año a las ocho de la tarde. Sé que lo hace a regañadientes, aunque en breve, conseguiré el dinero restante de su deuda y me lo agradecerá, aunque no me apetece nada perderme las uvas.

En cuanto se marcha, Sandra y yo nos quedamos solas y, tras oír la puerta cerrarse, se dirige a mí:

—¿Te han dicho contra quién peleas? ¿La conoces? ¿Es fuerte?

—No, y deja de hacer tantas preguntas o me vas a poner más nerviosa.

—Dime el nombre, voy a buscarla en internet —se apresura a decir con el móvil ya en la mano.

—¡Qué pesada! —le contesto mientras reviso de nuevo el mensaje.

A decir verdad, podría haberlo hecho en otras peleas, solo que eso solo se le ocurre a mi amiga y no a mí.

Le digo el nombre y ella teclea con energía en el móvil. Hay varias entradas con ese nombre y relacionadas con el boxeo.

¡Joder! Lo que descubrimos de ella no nos asusta.

—¡No puedes ir! —me grita Sandra muy angustiada—. Esa chica es una bestia.

La observo en silencio. Soy consciente de que tiene razón, pero no me puedo echar para atrás, no ahora que falta poco para saldar la deuda de Tomi.

—Voy a ir —le contesto con tranquilidad—. Es la última pelea y con ella, Tomi ya no deberá nada y lo dejarán tranquilo.

—¡Pero Nadia! Es peligroso…

No la dejo terminar. Sé que hay un riesgo enorme, sin embargo, es lo que tengo que hacer.

—Sandra, no te preocupes. Voy a estar bien.

—¿Y por qué no ibas a estarlo? —salta una voz detrás de mí.

El vello de los brazos se me eriza tras reconocer esa voz. Es Tomi, que acaba de aparecer por la puerta porque se había olvidado de su móvil. Ha utilizado la llave que le dejé hace unos días y estábamos tan sumergidas en leer cualquier cosa de esa chica que no nos hemos percatado de que había entrado. Me paralizo. ¿Qué habrá oído?

—Tomi, tienes que hacer cambiar de opinión a Nadia. No puedes dejarla ir —se le escapa a Sandra.

—No entiendo nada. —Me mira confuso—. ¿Dónde se supone que no deberías ir?

Me pongo nerviosa. No quiero que descubra mi secreto, le lanzo una mirada inquisidora a Sandra y le advierto que cierre la boca.

—No le hagas caso; son paranoias suyas —miento.

—Pero… —Sandra no está conforme y lo intenta de nuevo. Consigue sacarme de mis casillas y, por primera vez, pierdo los papeles con ella.

—¡Cállate! ¿Piensas que necesito que alguien me diga lo que puedo o no hacer? Soy mayorcita, ¿sabes?

Se queda tan sorprendida como Tomi; sin embargo, es la única manera que he encontrado para que no involucre a mi chico en esto.

Se hace un silencio incómodo, tanto que oigo el zumbido de una mosca volar cerca de mí. El ambiente está tenso y nadie dice nada. Por la cara de Sandra, noto que está algo ofendida y molesta por mi arrebato, pero no he encontrado otra forma de hacerle callar.

—Me voy al gimnasio —suelto, interrumpiendo ese silencio. Agarro la mochila, que he preparado hace un rato y, al pasar por el lado de Sandra, le susurro—: Por favor, no le digas nada.

No veo gesto alguno. Sé que me ha oído, sin embargo, no estoy muy segura de que vaya a hacer lo que le he pedido.

De momento, hasta el fin de año, tengo doble entrenamiento, uno a primera hora de la mañana y el otro, por la tarde.

Me despido de Tomi con un dulce beso en los labios, aunque parece que no es demasiado bien recibido. Se ha quedado con la mosca detrás de la oreja y en sus ojos veo algo de preocupación.

La duda me invade.

Será la última pelea y con ella, puede terminar todo. Cuando acabe, tengo la intención de confesarles toda la verdad a Tomi y a mis amigos. Tengo que decirle la verdad de inmediato. Las mentiras que le he dicho estas últimas semanas pronto saldrán a la luz. Sandra y Carlos ya lo saben y me siento mal por este último, por hacerle prometer que no le dirá nada hasta que yo lo haga. Ya me ha dado el ultimátum y, en cuanto termine el último combate, será el día
en el que se lo cuente todo.

Capítulo 34

Ha llegado el gran día y, como planeó Tomi, nos reunimos los cuatro en casa para hacer la cena de fin de año.

Sandra sigue tensa por lo que descubrió de mi rival y ha estado insistiendo todos los días para que abandone, mas no lo pienso hacer.

Mientras Sandra y yo nos acicalamos un poco, los chicos preparan la cena. Y por lo bien que comienza a oler la casa, estoy segura de que va a estar todo delicioso.

La cena es perfecta. Decido no beber nada para estar lo más serena posible, pero ya se encargan Carlos y Tomi de beber por mí. ¡Menuda llevan encima estos dos! Eso sí, nos mantienen muertas de risa con sus historias.

—Me marcho a trabajar ya, si no quiero llegar tarde —le informo a Tomi con la mejor sonrisa que pude fingir.

—No vayas —me implora algo ebrio, mientras se agarra como puede a mi cintura.

—Tengo que ir, ya lo sabes —quiero convencerle mientras me deshago de sus brazos.

Me da un beso apasionado, como último intento para que no vaya y, aunque lo saboreo con gusto, tengo que irme, muy a mi pesar.

—Ten cuidado, ¿vale? —se despide Carlos.

—¡Que solo va a dar de beber! —se queja Tomi ante el tono serio de su amigo.

—¡Por eso mismo! Demasiado borracho suelto va a haber hoy —improvisa Sandra, mi cómplice.

—Eso sí, si tienes problemas con algún idiota, solo tienes que llamarme —me dice Tomi. Me besa de nuevo.

Asiento y me marcho.

Unas calles más adelante, me espera Alfonso sentado en su coche y nos dirigimos al lugar que indica el mensaje. El lugar es

espectacular, propio de un evento especial de fin de año. No cabe un alfiler.

Y llega el gran momento.

Subo al ring y la gente empieza a gritar y a llamarme por mi seudónimo. Es una puñetera locura. Jamás hubiera imaginado que sería tan bien recibida. Sé que muchos me recuerdan del pasado y otros, han visto mis últimos combates.

Cuando presentan a mi contrincante, se hace un gran silencio, hasta que aparece por un pasillo acompañada de quien debe ser su entrenador.

Esa mujer es enorme, no tendría que estar peleando en esta competición. Supongo que es algo puntual, después de la cantidad de dinero que van a darme por esta pelea, quieren ver un buen espectáculo.

Analizo sus movimientos mientras realiza algunos ejercicios para provocar al público. Es rápida y me temo que también muy fuerte.

—¡Nadia! —grita mi entrenador. Me hace señas para que me acerque. Extrañada, voy para allí—. ¿Sabes quién es?

—¿Debería? —pregunto intrigada. Yo ya he hecho la investigación, pero hago ver que no sé nada de ella. Alfonso parece serio y preocupado.

—La conozco. Es una bestia, Nadia. —Me mira unos segundos—. Voy a retirarte ahora mismo.

—¿Qué? ¡No! ¡Ni hablar! —le grito enfadada.

—No sabes lo que dices —contesta con el tono de voz serio—. Ha llevado a más de una al hospital y alguna, sigue en coma—. No voy a permitir que te pase nada a ti.

Lo pienso y no tengo miedo. Bueno, un poco sí, para qué engañarnos, aun así, no puedo echarme para atrás.

Me agacho para ponerme a su altura. Le agarro la cara con cariño y la acerco hasta la mía.

—Quiero que confíes en mí. Esta va a ser mi última pelea.

—Pero Nadia… Si te pasara algo… —Veo una gran preocupación en sus ojos y no quiero verlo así. Deseo que se calme, que esté tranquilo, así que le abrazo como puedo entre las cuerdas y es bien recibido—. Prométeme que, si te ves en peligro, te retirarás.

—Te lo prometo.

Y acto seguido, siento un calor extraño en mis labios. ¿Me está besando?

No tengo tiempo de reaccionar, ha pasado todo tan rápido que no me he dado cuenta de que me ha plantado sus morros en los míos.

Me aparto todavía incrédula por lo que ha hecho y cuando voy a pedirle explicaciones, el juez del combate me llama.

—Hablamos luego sobre esto —le digo confusa. Él solo asiente.

—Ten cuidado, ¿vale?

—Lo tendré.

Me acerco al medio del ring, donde ya está mi contrincante preparándose para la pelea. Nos saludamos y el árbitro da comienzo al combate.

Como imaginaba, es rápida. Consigue alcanzarme en más de una ocasión. Puedo sentir el dolor en mi mejilla y el sabor de la sangre empieza a correr por mi labio.

Estoy distraída, todavía sigo pensando en el beso de Alfonso y eso no puede ser. Debo concentrarme en la pelea si no quiero salir mal parada.

Sigo peleando y esta vez, soy yo la que ataca y consigo llegar hasta ella. Me cuesta seguir el ritmo de la pelea, no estoy acostumbrada a luchar a este nivel.

Noto cómo las fuerzas disminuyen poco a poco, y sé que tengo el combate perdido. Ella es superior a mí, así que, debo aguantar un poco más si quiero recibir la cantidad que me han prometido. Tengo que llegar al menos al quinto asalto, de los doce que hay. Y solo llevo uno…

Menos mal que ha llegado el minuto de descanso del primer asalto. Me acerco a mi rincón, donde me espera Alfonso con cara de preocupación. Voy a decirle que estoy bien, que puedo continuar, pero en la lejanía reconozco a alguien y me quedo paralizada.

Tomi se encuentra de brazos cruzados al fondo, apoyado en la pared y con un semblante más bien serio.

¿Qué hace aquí? ¿Desde cuándo? ¿Habrá visto el beso?

Le sonrío y mis sospechas se cumplen porque no me devuelve la sonrisa, más bien, frunce el ceño. Parece enfadado. Me encantaría ir

corriendo hasta él y decirle que ese beso no ha significado nada para mí, que no lo esperaba ni lo he pedido, pero no tengo tiempo. Decido prestar atención al entrenador; ya hablaré con él después.

—¿Quieres que nos retiremos? —Más que una pregunta parece un ruego.

—No. Si quiero cobrar, tengo que llegar al quinto asalto.

—Pero Nadia, te está machacando, no llegarás ni al tercer asalto.

—Lo sé, pero aguantaré. Este es mi último combate y necesito el dinero.

—Nadia…

—¡He dicho que no! No pienso retirarme. —Antes de que pueda responder, se acaba el minuto de descanso y vuelvo al centro del ring.

El segundo asalto va mucho mejor. Contengo la energía y regulo la respiración. He recibido varios golpes, aunque he esquivado los de mayor envergadura. Ella también parece cansada y eso me anima a continuar.

Tercer asalto.

Cuarto asalto.

Solo me queda uno... y todo habrá terminado.

Vuelvo a mirar a Tomi, que sigue en la misma posición exacta. Veo odio en sus ojos y me pregunto si es porque me están dando una buena paliza o si es por lo que ha visto. Eso logra ponerme más nerviosa, si cabe.

«Un asalto más, solo uno. Aguanta, Nadia», me digo mientras me dirijo al centro de la pista.

Vuelvo a recibir más de un puñetazo y patada, aun así, no me quedo atrás, hago todo lo que puedo para defenderme y atacar y no es suficiente. Esta chica sabe mucho y tiene muy buena condición física. Apenas me quedan fuerzas para levantar un brazo y estoy a punto de tirar la toalla cuando, en un descuido, recibo un golpe muy fuerte en la cabeza. Por unos segundos me quedo inmóvil y ella aprovecha para darme más y más golpes.

Caigo al suelo y no puedo moverme. Lo veo todo negro, creo que tengo los ojos cerrados.

—¡Nadia! ¿Me oyes? ¿Estás bien? —Noto las manos del entrenador sobre mis hombros. Me zarandea con fuerza para ver si reacciono. Lo hago, abro los ojos y me reincorporo poco a poco.

—Estoy bien, estoy bien.

Me ayuda a levantarme y todavía me siento mareada.

He perdido, pero a la vez he ganado. La deuda de Tomi está saldada.

Voy en su búsqueda y no lo encuentro en la pared donde ha estado mirando todo el combate. No está por ningún lado. Espero que no se haya marchado, pues tenemos muchas cosas que hablar. Empezando por contarle la verdad sobre mi pasado y acabando por el beso que ha visto.

Necesito una ducha con verdadera urgencia. Me duelen todos los músculos del cuerpo y el agua caliente me aliviará.

Voy a los vestuarios y me desvisto como si la ropa pesara cincuenta kilos. Entro en una de las duchas y abro el agua caliente. Sentir el agua resbalar por todo mi cuerpo, me calma, me serena. Cuando ya me he enjabonado el pelo y el cuerpo, me enrollo en la toalla y salgo para vestirme.

Para mi sorpresa, Tomi está sentado en uno de los bancos, con la mirada fija en el suelo y serio.

—Hola —le digo con la voz temblorosa.

Levanta la vista hasta mí y el odio que vi en sus ojos antes, sigue ahí—. Yo lo siento…

—¿Qué sientes? —Su voz suena grave y con enfado—. ¿Haberos reído tu novio y tú de mí?

—¿Qué? No, no. Puedo explicarlo. Ese beso… —quiero explicarme, pero Tomi no me lo permite.

Se levanta y continúa reprochándome cosas.

—¿Así que tú eres Chiquita, ¿no? ¿Cómo he podido ser tan idiota? ¿Cómo no lo vi venir? —Ahora habla para sí, mejor dicho, se fustiga. Da vueltas en círculos sobre sí mismo mientras maldice en voz alta.

—¡Lo siento! Iba a contártelo —me disculpo. Acerco la mano hasta él, pero se aparta de manera ruda.

—¡No me toques! ¡Y aléjate!

No entiendo por qué está tan enfadado, si es por el maldito beso o por ser Chiquita.

—Tomi, entre el entrenador y yo no hay nada. Me ha besado él y no lo vi venir.

—Me da igual, como si te lo estás follando todas las noches. ¡No me importa! —Veo cómo le cae una lágrima y me siento la mujer más mala del mundo—. ¿Cómo has podido? —Esta vez me mira con los ojos llorosos y yo me vengo abajo.

—Que no estamos juntos, de verdad. Créeme. —Me lanzo a sus brazos y consigo llegar hasta él. Lo abrazo mientras le repito una y otra vez, que yo no siento nada por Alfonso.

Me aparta de inmediato.

—No quiero volver a verte en mi vida.

Se da la vuelta y se marcha sin mirar atrás.

—¡No! ¡Espera! —le grito, aunque parece que se hace el sordo, porque ni se inmuta.

Me derrumbo y caigo de rodillas al suelo. Lloro con desconsuelo, pero unas voces interrumpen mis lágrimas.

Son Tomi y Alfonso, que discuten en la puerta del vestuario. Espero que no lleguen a las manos, pues ambos son fuertes y dominan las técnicas de artes marciales. No logro escuchar todo lo que hablan, solo consigo entender esto:

—Por culpa suya, mi hermana murió.

Y, de repente, todo se vuelve oscuro y ya no veo ni oigo nada.

Capítulo 35

—Papá, no quiero luchar con ella.

—Eso no depende de ti —responde de manera brusca, como suele ser él.

—¡Pero es una niña! —replico molesta.

—¡Vas a luchar y no se hable más! —interviene Claudio.

—¡Estoy hablando con mi padre! —le recrimino a mi novio.

—¡Haz caso a tu novio, María! ¡Y tenle más respeto, joder! ¿Qué clase de educación te he dado?

Ese es mi padre, un hombre que no se anda con tonterías y que educa a su hija con dureza y sin un ápice de cariño. Agacho la cabeza, compungida por el miedo que me infunde mi propio padre.

Se acerca un hombre acompañado de un chico unos años mayor que yo. Lo miro y es guapísimo. Es moreno y tiene los ojos claros. Desvío de inmediato la mirada en cuanto veo que Claudio comienza a bufar. Es muy celoso y no tiene reparo en mostrarlo al público.

Claudio es mayor que yo, tiene veintitrés años y yo solo dieciséis. Mi padre siempre ha estado de acuerdo, así que nunca he tenido problemas, ningún problema ante la ley, claro.

—Buenos días —dice el mayor de los dos y, enseguida, le ofrece la mano a mi padre para estrecharla.

—Buenos días —le contesta mientras aprieta la mano del señor—. ¿Es el padre de Cristina?

—Padre y entrenador —suelta sonriente.

—Muy bien. Aquí la tonta de mi hija, María, que dice que no quiere luchar porque es más pequeña —suelta en un tono burlón.

Agacho la cabeza avergonzada. ¿Por qué tiene que humillarme de esa manera?

El hombre sonríe.

—Tranquila, ella sabe lo que se hace. Tenía muchas ganas de luchar contra la Chiquita. —Saber que su padre está conforme me

quita un peso de encima. —Tomás, ve a ver por qué tarda tanto tu hermana —le ordena a quien debe ser su hijo mayor.

El chico asiente y hace lo que le ordena.

Nos alejamos para que mi novio y mi padre, mis entrenadores, puedan darme la charla de antes de la pelea. Antes los escuchaba con mucha atención para interiorizar todos sus consejos, aunque hace ya un tiempo que dejé de hacerlo, en cuanto mi afición se convirtió en un negocio para ellos. La Chiquita, que así me bautizaron por ser la más menuda de mi categoría, no había perdido ni un solo combate y eso significaba un montón de dinero por pelea, claro está que clandestinamente.

Subo al ring y me encuentro con Cristina, la niña con la que voy a enfrentarme. De cerca ya no me parece tan bajita. De hecho, es más o menos de mi altura, aunque todavía no se ha desarrollado del todo.

Comienza la pelea y no lo hace nada mal. Es ágil y fuerte, además de poseer una técnica impecable. Conseguimos llegar al tercer asalto y la pelea está bastante igualada, así que decido apretar un poco más y la alcanzo varias veces, lo que le ocasiona algunas heridas visibles.

«Ya es mía», pienso en cuanto tengo claro cuáles son sus puntos débiles.

Siempre sigo el mismo patrón: primero, analizo todos sus movimientos, después ataco y utilizo sus puntos débiles en su contra. Da el resultado que esperaba.

Domino el combate y, justo entonces, escucho la voz de mi novio…

—¡¡Noquéala!!

Mi cabeza hace un clic y dejo de ser yo para convertirme en la máquina que ellos quieren que sea. Doy golpes a diestro y siniestro, rápidos, fuertes. Logro desconcertar a la chica, hasta que…

Pasa en una milésima de segundo, no me doy cuenta, no soy dueña de mis movimientos. Mi puño impacta en su nuca, tan fuerte que oigo el sonido de un hueso romperse.

Cae ante mí y es cuando me doy cuenta de todo el daño que le he hecho. Sale mucha sangre de su labio inferior y de la ceja. Tanta,

que poco a poco, se forma un charquito de ese líquido rojizo alrededor de su cuerpo inmóvil.

«¡Ay, Dios!», me asusto muchísimo.

Me acerco despacio, tiemblo e intento reanimarla con unos golpecitos en el pecho. La zarandeo con suavidad hasta que unas manos me apartan. El médico del recinto está ahora en mi lugar y, después de reconocerla…

—¡No! ¡No puede ser! —Un grito agonizador sale de mi garganta en cuanto el médico, con la cara compungida, niega con la cabeza.

Voy hasta allí para asegurarme de que no es verdad, pero unas manos grandes y fuertes me cogen.

—María, no puedes hacer nada —dice mi padre mientras me sujeta como puede.

—¡No, no! —Lágrimas y lágrimas se amontonan en mis ojos y caigo abatida de rodillas al suelo. —La he matado… yo la he matado —repito una y otra vez.

—¡Asesina! —Oigo detrás de mí. Me doy la vuelta y me encuentro con el hermano de Cristina.

Viene directo hacia mí. No pienso poner resistencia; merezco todo lo que él pueda hacerme. Agacho la cabeza y miro al suelo, a la espera de sentir el dolor que él pueda infligirme.

—¡No te acerques! —Sale en mi defensa Claudio, mi novio.

Se interpone entre el hermano de la chica y yo; es un muro que me protege.

—¡Aparta! ¡Ella ha matado a mi hermana! —grita colérico, pero Claudio no lo hace, se mantiene inmóvil entre él y yo.

—¡Aléjate, si no quieres que te haga daño! —le ordena Claudio.

El muchacho está fuera de sí y no tiene pensado obedecerle, por lo que se acerca hasta él y lo empuja con dureza.

El punto fuerte de Claudio nunca ha sido la templanza, por lo que al recibir el empujón no se contiene, arremete contra y le propina un buen directo a la barbilla.

—¡No! —Me levanto deprisa y me interpongo entre ellos—. ¡No le hagas daño!

El muchacho no se lo piensa y aprovecha la oportunidad para hacerme daño.

—¡Tomás! ¡Apártate de la chica! —El padre de los chicos grita con rudeza.

—¡Papá, ha matado a Cristina! —le replica el muchacho.

—Sí, es un riesgo que tiene este deporte —dice como si nada.

Me sorprende la pasividad de ese hombre al ver a su hija sin vida en el suelo. No lo entiendo.

—¡Pero…!

—¡Pero nada! ¡He dicho que te apartes!

Y en ese mismo instante, comienzan a oírse sirenas de policías. Entran un montón de hombres y mujeres uniformados y empiezan a detener a todo el mundo.

Veo cómo unos doctores de una ambulancia socorren a Cristina y una última esperanza de que esté viva se instala en mi interior. No, después de reanimarla, la cubren con una sábana blanca, señal inequívoca de que ha muerto.

Capítulo 36

El sonido del equipo médico y el zumbido constante de los monitores en la habitación del hospital son una cacofonía sutil que apenas logro distinguir. Sé que estoy en coma, porque no puedo hablar ni ver nada, pero sí pensar, y mi mente ahora mismo es un torbellino de pensamientos, enredados en un caos de recuerdos y sentimientos. Reconozco las voces que se filtran en mi cabeza.

Alfonso está aquí y puedo oírlo habar en voz baja con Tomi. La conversación que se desarrolla es un diálogo de dolor y traición que atraviesa el velo de mi inconsciencia. Aunque mis sentidos están embotados, cada palabra de Alfonso y Tomi penetra en mi conciencia y me revela fragmentos de una verdad que he tratado de evitar durante tanto tiempo.

—No puedo creer que esté aquí —dice Tomi. Noto ira en su voz. —No puedo creer que fuera ella quien lo hizo. ¿Cómo ha podido ocultarme algo tan terrible?

Alfonso responde con una voz tranquila, casi resignada.

—¿Y tú? ¿Le habías dicho algo de tu hermana? Lo que Nadia hizo, lo hizo en circunstancias que no puedes comprender. No es una excusa, pero tienes que saber que lo que ocurrió fue un accidente.

—¿Un accidente? ¡Ella era mayor que Cristina, no debió golpearla tan fuerte! —Su enfado va en aumento. Su voz está cargada de dolor y furia—. Ella mató a mi hermana, ¡joder! Era una niña inocente. ¿Cómo puedes decir que fue un accidente? No hay nada que pueda justificar lo que hizo. Nada puede borrar lo que me ha hecho.

Me encantaría intervenir en esa discusión y no precisamente para defenderme. Quiero decirle a Tomi que tiene razón y que no tengo perdón. Acabé con la vida de una niña, aun sabiendo que era inferior a mí. El corazón me duele, no solo por las palabras de Tomi, sino por el dolor palpable en su voz. Estoy atrapada en este estado entre la

vida y la muerte, incapaz de moverme, aunque del todo consciente de la tormenta que se desata a mi alrededor.

—Lo sé —responde Alfonso, su voz apenas un susurro—. Sé que no hay palabras que puedan aliviar el dolor que sientes. Pero tienes que entender que Nadia ha cargado con esta culpa durante mucho tiempo. Lo que hizo la ha destruido desde dentro.

—Lo que hizo es irreversible. Mi hermana está muerta y no puedo perdonar eso. No puedo mirar a Nadia sin recordar la pérdida que me ha causado.

El silencio que sigue es pesado, lleno de un dolor que parece casi tangible. Mis pensamientos se agitan mientras proceso la magnitud de lo que está ocurriendo. El dolor en la voz de Tomi es abrumador y mi mente, aunque confusa, capta la enormidad de sus palabras. En mi estado de inconsciencia, siento que las palabras de Tomi y Alfonso me desgarran la última capa de mi humanidad. Estoy atrapada en este limbo, obligada a escuchar y sentir la crueldad de las circunstancias en las que me encuentro sin poder hacer ni decir nada.

Alfonso sigue hablando, pero decido dejar de escuchar. Apago el interruptor que he encontrado en mi mente y ya no los oigo.

Capítulo 37

Los días en el hospital pasan en una neblina de desasosiego y confusión. Aunque estoy inmóvil y en un estado de inconsciencia, mi cabeza sigue siendo un campo de batalla. La conversación que tuvieron Tomi y Alfonso resuena una y otra vez en mi cabeza. Cada palabra la siento como un puñal clavado en el pecho y cada respiración se convierte en un esfuerzo por sobrevivir.

La ausencia de Tomi me hace consciente de la magnitud de la devastación que he causado. No sé cuánto tiempo llevo aquí; deben ser varios días, varios días en los que no oigo la voz de Tomi ni percibo su presencia. Sin embargo, las visitas de Sandra y Alfonso hacen que mi vida tenga algo más de sentido. Ella viene a verme todos los días, habla y habla, como si ella supiera que la estoy escuchando. Aunque no se equivoca, no puedo responder ni reír ante sus ocurrencias.

Quiero salir de este estado de inmediato, solo que las palabras del médico no son nada reconfortantes.

—Su condición es inestable —le explica el médico a mi amiga—. No hemos visto demasiada mejoría. No obstante, los signos vitales son algo estables por ahora. El trauma craneal ha sido severo. No podemos predecir con certeza cómo o cuándo podrá despertar, ni cuáles serán las secuelas, si las hay.

La preocupación en su voz es palpable, como lo son los monosílabos de Sandra.

—Gracias, doctor. Haré lo que pueda para asegurarme de que reciba la mejor atención posible —responde Alfonso con una voz cansada.

Oigo unos pasos alejarse, lo más seguro es que sea el doctor que se marcha de la habitación. Mis amigos se quedan solos.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —le pregunta Alfonso a Sandra.

—No lo sé. —La voz de mi amiga tiembla en exceso. Su preocupación por mi estado es muy notable.

—Lo siento —se disculpa Alfonso—, jamás pensé que pudiera pasar esto.

Quiero gritarle que no es su culpa, que es toda mía. Yo decidí pelear; él solo me ha acompañado y le estoy muy agradecida por eso. Pero ya se encarga mi amiga de tranquilizarlo:

—Esto no es culpa tuya. Nadia me lo contó todo y fue idea de ella meterse en este lío. Tú solo la ayudaste y te doy las gracias por no dejarla sola hacer esto.

Sus palabras son un bálsamo en medio del caos emocional que estoy atravesando. La culpa y el arrepentimiento se mezclan con una tristeza profunda y, aunque no puedo responder, siento una oleada de gratitud hacia ellos dos por formar parte de mi vida.

Los días transcurren con normalidad, sin nuevas noticias favorecedoras. La habitación del hospital se convierte en un escenario de constantes visitas y conversaciones que no puedo comprender del todo. La ausencia de Tomi se vuelve cada vez más insoportable. Me pregunto si podrá perdonarme alguna vez o, al menos, si me dará la oportunidad de pedirle perdón. Eso si salgo algún día y recobro la consciencia, que poca fe tengo en ello.

Una tarde, noto un cambio en el ambiente de la habitación. La luz que entra por la ventana parece más tenue y el aire se siente más denso. Hay una presencia que no conozco. Quiero abrir los ojos de una vez, aunque por más que lo intento, los párpados continúan pegados. Y entonces le oigo:

—Sé que no debería estar aquí. —¿Tomi? ¡Es él! Me gustaría gritarle que me perdone, pero de nuevo, la voz está encerrada en una caja—. No puedo perdonar lo que le hiciste a mi hermana. —Se hace el silencio. ¿Se ha ido? No, puedo oír el sonido de su respiración—. Sabes que te quería, ¿verdad? Como nunca he querido a otra mujer. ¿Por qué tuviste que ser tú? ¿Por qué apareciste en mi vida de esa manera? Ojalá no te hubieras cruzado en mi camino, Nadia. —Suspira y me coge la mano. Quiero recordar esta sensación, memorizarla en alguna parte de mis recuerdos—. Aun así, no puedo negar lo mucho que te qui... —No termina la palabra, aunque sé que

quiere decir que me quiere. Una diminuta dosis de esperanza se aloja en mi interior—. No quiero que te pase nada malo. Aunque no pueda estar a tu lado, deseo que vivas y seas feliz. —Noto en su quebrada voz que no miente, que está siendo del todo sincero—. Carlos me ha dicho que no hay demasiadas esperanzas de que vuelvas en ti, pero tienes que hacerlo. ¡Despierta, Nadia!

Esa insistencia hace que lo intente de nuevo. Reúno todas mis fuerzas para abrir los ojos, con todo y eso, no me hacen caso. Quiero despertar, quiero abrazarte, quiero...

Y ya no oigo nada de él, ni siquiera siento el roce de su piel sobre mi mano.

Capítulo 38

Abro los ojos muy despacio. El primer destello de luz que veo en mucho tiempo me obliga casi a cerrarlos de nuevo. Un zumbido molesto se clava en mi cabeza y un dolor lacerante recorre todo mi cuerpo.

Aunque mi visión sigue borrosa, mi mente ya está consciente. Reconozco de inmediato que estoy en la habitación de un hospital, más que nada por los innumerables cables enredados a mi alrededor y el incesante pitido de las máquinas.

—¡Nadia!

Al oír mi nombre, giro la cabeza con esfuerzo hacia la voz familiar. Me encuentro con mi amiga Sandra, que parece tan sorprendida como yo.

—¡Estás viva! —exclama antes de abalanzarse sobre mí en un abrazo sofocante.

—Si no me sueltas pronto, creo que me quedaré sin respiración —logro decir con esfuerzo, consciente de lo difícil que me resulta hablar.

Ella se aparta de inmediato con la sonrisa más dulce y melodramática que le he visto jamás. Puedo ver el alivio que le produce verme despierta en sus ojos.

—Voy a llamar a un médico. Espera.

—Tranquila, no voy a ir a ninguna parte —bromeo y levanto los brazos para mostrarle las vías insertadas en mi piel.

Sandra sonríe con ternura y se marcha de la habitación. En el corto tiempo que tarda en volver, una maraña de pensamientos invade mi mente. ¿Cuánto tiempo he estado postrada en esta cama? Y, más aún, ¿qué ha pasado mientras estaba inconsciente?

Los recuerdos me golpean de repente, como una tormenta desbocada. La pelea, los golpes que me dejaron en este estado y la peor de todas las revelaciones: Tomi es el hermano mayor de la niña

que maté. Hago el esfuerzo para no derramar ni una lágrima, pero aunque haya pasado mucho tiempo en estado inconsciente, la culpa me asfixia.

—¿Señora Fernández?

La voz del médico me saca de mis pensamientos. Entra a la habitación con evidente sorpresa al verme despierta.

—Hola —murmuro, mientras las lágrimas siguen cayendo.

—¿Te encuentras bien? ¿Te duele algo? —pregunta con preocupación.

—Estoy bien... Solo estoy abrumada —respondo con la voz temblorosa.

Me examina muy breve, antes de hablar con su tono profesional y sereno.

—Es bueno verte despierta. Has estado en un estado crítico, pero tu recuperación ha sido sorprendente. Seguiremos monitoreando tu progreso, así que tómatelo con calma.

—¿Cuánto llevo así? —pregunto, ansiosa por obtener respuestas.

Sandra me mira con nerviosismo; sus manos inquietas traicionan su angustia.

—Casi un mes —responde con un hilo de voz—. Ya pensábamos que no ibas a despertar.

«¿Pensábamos?». La duda me corroe, aun así, en el fondo ya intuyo la respuesta. Tomi no forma parte de ese «nosotros». Durante mis momentos de inconsciencia, recuerdo voces... solo que ninguna era la suya.

—¿Quiénes? —me atrevo a preguntar.

Sandra baja la mirada antes de contestar.

—Carlos, Alfonso y yo.

Lo entiendo. De verdad que lo entiendo. No puedo culpar a Tomi por no estar aquí. ¿Quién podría preocuparse por la persona que mató a su hermana?

Golpeo el colchón con las pocas fuerzas que tengo, consumida por la rabia. Los recuerdos regresan como un alud. Cristina... Ese era su nombre. La hermana de Tomi. Sin darme cuenta, acaricio la letra «C» tatuada en mi piel y las lágrimas vuelven a caer.

—Esa letra es de… —La miro a los ojos y asiento.

—Sí. Es la «C» de Cristina. Me la tatué para recordarme que nunca más volvería a anteponer los valores de los demás a los míos.

—No lo entiendo. ¿Quieres hablar de ello?

Ya no tengo nada que ocultar. No puedo seguir escondiéndome. Ha llegado la hora de contar la verdad.

Cojo todo el aire que mis pulmones pueden soportar, desvío la mirada de los ojos de mi amiga y me centro en un punto fijo de la pared blanca del hospital. Mi voz suena extrañamente calmada cuando empiezo a hablar.

—Tenía trece años cuando mi padre descubrió que tenía talento para el boxeo. Mi madre había muerto hacía poco y él se vio sobrepasado. Comenzó a beber y estoy segura de que también a drogarse. Lo echaron del trabajo y el dinero se volvió un problema. Encontró una salida: las peleas clandestinas de niños.

Hago una pausa. Sandra me observa con los ojos vidriosos.

—No me preguntes por qué tienen tanto éxito las peleas de niños y niñas —levanto la vista hasta ella y veo cómo se le iluminan los ojos—, no he querido saber nunca esa respuesta. Pero comencé a pelear, a ganar dinero y a hacerme un nombre. Era muy buena boxeadora, ¿sabes?

—Eras muy buena y lo sigues siendo —susurra, mientras aprieta mi mano con fuerza.

Le sonrío con gratitud antes de continuar.

—Maldito sea Claudio... —Mi voz tiembla al pronunciar su nombre —. Un entrenador que se interesó en mí más allá de mi talento. Tenía quince años cuando me convertí en su «novia», casi obligada por mi padre. Y fui una ilusa. Tanto él como mi padre solo querían aprovecharse de mí.

Las lágrimas brotan con furia y Sandra me envuelve en un abrazo.

—Mi niña... Lo siento tanto...

—El día en que maté a la hermana de Tomi, me negué a pelear contra ella. Era más joven que yo y no estaba en mi peso. Pero mi padre y Claudio me obligaron. Y lo peor de todo... —Mi voz se quiebra—. El padre de Tomi estuvo de acuerdo.

—Tú no tienes la culpa, Nadia.

—¡Claro que la tengo! —La aparto de un empujón—. Pude negarme. Pude hacer caso a mis valores, ¡joder!

—Nadia…

—¡Me llamo María! ¡María Nadia! —grito, consumida por la rabia.

Arranco las vías del brazo y me incorporo, tambaleante. Doy un paso, dos... y mis piernas ceden. Caigo al suelo con estrépito.

—¡Joder! —exclama Alfonso al entrar y ver la escena.

Corre hacia mí y me ayuda a incorporarme.

—¿Qué haces aquí? —le espeto con furia.

Sandra interviene con voz suave.

—Ha venido todos los días, Nadia. Ha estado a tu lado todo el tiempo.

¿Ha venido todos los días a verme? Es en ese mismo momento, recuerdo el beso, el que me dio en la última pelea y que me sorprendió por completo.

Mis mejillas se tornan rosadas, aunque ese recuerdo ha conseguido calmar mi estado de nervios. Me dejo ayudar y me acompaña hasta la cama. Después, Sandra aprieta el botón rojo para pedir ayuda y de inmediato llega una enfermera a recolocar las vías sin hacer preguntas.

Alfonso está serio, pero su cara relajada me indica que se alegra verme despierta.

—¿Cómo estás? —me pregunta con ternura, aunque sin acercarse demasiado a la cama.

—Creo que estoy bien.

—¡Cómo me alegra! He estado muy preocupado, Nadia.

—Eh…, tengo hambre, voy a comprar algo a la cafetería —dice Sandra en un intento de dejarnos a solas.

Asiento conforme y se marcha.

—Gracias, Alfonso. Gracias por todo lo que has hecho por mí —le digo cuando ya no hay rastro de mi amiga en la habitación.

—Lo siento mucho.

—¿El qué sientes? Si no has hecho nada malo.

—Debí tirar la toalla blanca, debí parar ese combate —contesta con rabia en su voz, como si se culpara de lo que me había ocurrido.

—¡Pero qué dices! Si yo fui la que quiso continuar con aquello.

—Pero debí…

—¡No! No te culpes por esto; me lo he ganado yo solita. Te agradezco que estuvieras siempre a mi lado, Alfonso. Eres un buen amigo.

Veo cómo aprieta los puños con rabia cuando pronuncio la palabra amigo, pero no puedo cambiar mis sentimientos. Desde ese beso, comprendo lo que siente él por mí, sin embargo, yo estoy enamorada de Tomi, no puedo corresponderle.

—Prométeme que no volverás a hacer ninguna locura más.

—Te prometo que no haré locuras —le digo con una risa suave.

¿Acaso fue una locura enfrentarme a una chica superior a mí? A veces se gana, otras se pierde. Y ahora, veo tan compungido a Alfonso que prefiero no entrar en esos detalles.

—¿Cuándo te dan el alta?

—Pues no lo sé, tampoco he preguntado. Dudo que me aguanten mucho más tiempo aquí, con lo mala paciente que soy… —Con eso consigo sacarle una sonrisa.

—Ya me imagino, pero no corras, ¿vale? Pronto ya estarás recuperada al cien por cien, tú misma lo verás.

Sus palabras me reconfortan. Estar recuperada al completo es lo que ansío ahora, aun así, pienso en mi futuro y lo veo todo negro. Y más aún sabiendo que Tomi no va a estar en él.

Capítulo 39

Han pasado dos semanas y por fin me han dado el alta en el hospital. Ya no me duele nada, ni siquiera tengo esos terribles dolores de cabeza con los que desperté el día que recobré la consciencia. Demasiado han tardado, si me preguntan.

Sandra y Alfonso han estado a mi lado cada día. Su constancia y preocupación me han mantenido cuerda en estas interminables horas de reposo obligatorio. Pero, a pesar de su apoyo incondicional, no puedo ignorar la ausencia que me carcome por dentro: Tomi. Ni una llamada, ni un mensaje, ni una señal de vida. Nada. Como si la tierra se lo hubiera tragado. He preguntado por él, claro. Carlos, que también se ha portado como un auténtico hermano, evade mis preguntas con respuestas cortas y vacías. Y lo entiendo, son amigos, no quiere meterse donde no le llaman. Pero eso no evita que cada vez que lo veo intente sonsacarle algo. Sandra tampoco quiere contarme nada, lo que me inquieta aún más. Ella lo ha visto, estoy segura, y su silencio es una tortura.

Hasta que, al final, cede.

—¿Podemos hablar? —Su voz es grave, seria. Nada bueno viene después de esa frase.

Me acomodo en el sofá con el corazón latiéndome en la garganta.

—¡Claro! Dime.

Sandra titubea, lo cual es extraño en ella. No es de las que dudan. Y eso me pone nerviosa.

—Es sobre Tomi —confiesa al fin.

Me enderezo de golpe.

—¿Qué pasa? ¿Está bien? ¿Le ha pasado algo? —Mis preguntas salen disparadas una tras otra sin darle tiempo a responder.

—Calma, Nadia —pide, aunque su tono solo consigue ponerme más nerviosa—. Sé que no debería contarte esto, pero no puedo callarlo más.

Aprieto los puños y respiro hondo, lista para la verdad, sea cual sea.

—Habla.

—Tomi está en un buen lío. Debía mucho dinero a una gente peligrosa.

—Lo sé. Y con mi última pelea, se liquidó la deuda.

Sandra asiente, pero su expresión no se suaviza.

—Sí y no —responde enigmática—. Carlos me contó por qué debía ese dinero.

Lo que está a punto de contar me interesa. Llevo mucho tiempo haciéndome esa pregunta y ahora, más que nunca, necesito saber por qué puse en peligro mi vida.

—Y exactamente, ¿qué es lo que te contó?

Me mira con ojos tristes, como si lo que estuviera a punto de decirme pudiera hacerme daño, romperme más de lo que ya estoy rota.

—Al parecer, su familia contrató a esos tipos para encontrar a la persona que mató a su hermana, es decir, a ti.

Se me hace un nudo en el estómago. Esa información no la esperaba. ¿Tomi pagó para encontrarme? ¿Y qué pensaba hacer cuando lo consiguiera? Son respuestas que ya no tienen sentido, por lo que dejo esos pensamientos a un lado y me centro en el ahora.

—Está bien. Con mi última pelea, saldaré la deuda.

Qué irónico, ¿verdad? He pagado por encontrarme a mí misma.

—Sí, pero cuando te encontraran, Tomi debía pagar un plus.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—Pero ellos no me encontraron —protesto—. Fui yo quien se topó con ellos.

—Exacto. Pero no les basta. Quieren su dinero y lo quieren ya. Y como Tomi no tiene cómo pagarles...

Me llevo las manos a la cabeza.

—Mierda.

—Sí, mierda —confirma Sandra con un suspiro pesado—. Lo están amenazando, Nadia. Y esta vez va en serio.

Un torbellino de emociones me golpea el pecho. Rabia. Frustración. Miedo. Culpa. Odio la idea de que Tomi esté metido en

esto por mi culpa, otra vez.

—Voy a ayudarlo.

—No —me corta ella, tajante—. Ni se te ocurra. Esto no es tu problema.

—¡Claro que lo es! —estallo—. Si no fuera por mí, él no estaría en esta situación.

Sandra niega con la cabeza.

—Ya encontrará una solución.

Pero sus palabras no me convencen, aunque tampoco necesito convencerla. Zanjo la conversación de un modo brusco y me encierro en la habitación durante un rato. Después de varios minutos dándole vueltas al asunto, decido centrarme en otra cosa, en los estudios, quizá, que los tengo bastante abandonados desde hace demasiado tiempo. Necesito recuperar el tiempo perdido en el hospital si quiero aprobar el curso, solo que mi cabeza es un caos ahora mismo, por lo que necesito salir de casa.

Me dirijo a la universidad y entro en la biblioteca. Extraigo los libros de las asignaturas que voy con más retraso y comienzo a estudiar. Pasa un buen rato cuando me doy cuenta de que no consigo concentrarme, por mucho que lo intente. La misma frase del libro de texto se repite una y otra vez ante mis ojos sin que pueda asimilarla del todo.

Resoplo frustrada y cierro el libro de golpe. Así no consigo nada.

Dejo la biblioteca y vuelvo a casa. Sandra no está, lo cual me viene bien; no quiero discutir con ella de nuevo.

Me cambio de ropa, agarro mi mochila de entrenamiento y salgo sin dar explicaciones. Necesito despejarme. Necesito descargar esta tensión antes de explotar.

No puedo ir al gimnasio de Alfonso. Hace días que no lo veo ni contesto a sus llamadas. Presentarme allí como si nada sería algo violento e incómodo. Así que tomo la opción B: un descampado a las afueras, lejos de miradas curiosas de los vecinos del pueblo.

El lugar es desolador, casi fantasmal, pero perfecto para lo que necesito.

Empiezo con unas vueltas corriendo, caliento los músculos y luego paso a los ejercicios de sombra. Golpeo el aire con fuerza y me

concentro en la técnica, en la velocidad y en la defensa. Cada golpe es una forma de liberar la frustración. Cada patada, un grito ahogado que no puedo soltar.

Estoy tan inmersa en mi entrenamiento que el tiempo pasa sin que me dé cuenta. La luz del sol comienza a desvanecerse en el horizonte y tiñe el cielo de tonos anaranjados y rosados. A pesar del cansancio, no quiero parar. Golpeo el aire una vez más, más rápido, más fuerte. Necesito sentir que puedo controlar algo, aunque sea mi propio cuerpo.

Pero una punzada en mi costado me obliga a detenerme. Coloco las manos en mis rodillas, e intento recuperar el aliento. El sudor me resbala por la frente y, por un instante, me permito cerrar los ojos.

Respiro hondo y me obligo a calmarme. No puedo solucionar los problemas de Tomi con mis puños, por mucho que quiera. Pero tampoco puedo quedarme de brazos cruzados.

Mañana será otro día. Y encontraré la manera de ayudarlo, le guste o no.

Capítulo 40

He decidido continuar ayudando a Tomi. Se lo debo a él y a su familia. Sé que eso no hará que me perdone, pero si con ello consigo que él tenga algo menos por lo que sufrir, lo haré.

Llamo a Carlos, el novio de mi amiga y mejor amigo de Tomi.

—Tengo que pedirte un gran favor —le indico en cuanto descuelga el móvil.

—Hola, Nadia. ¿Ya te encuentras mejor? —me pregunta con una leve sonrisa en su voz.

—Sí, ya estoy recuperada casi al cien por cien.

—Me alegro, estábamos muy preocupados por ti. —Me gustaría pensar que se refiere a él y a Tomi. Sin embargo, tengo mis dudas; él ya me dejó claro que no quería saber nada más de mí —y con razón—. Obvio esa afirmación y él continúa—: Dime, ¿en qué puedo ayudarte?

—Voy a seguir pagando la deuda de Tomi, pero no quiero que él lo sepa, de lo contrario, no aceptará. —Noto que quiere responder y, suponiendo que no va a aceptar, prosigo—: Sé que no está recuperado y conozco a esos tipos, pueden hacerle algo y no voy a permitirlo. Por favor, hazme este favor y no te pediré nada.

—Nadia, ya le mentí una vez por ti y no acaba de perdonarme. No puedo hacerlo de nuevo —me dice angustiado.

—Lo sé y lo siento, pero se lo debo. Y estoy segura de que, si conoce de dónde proviene el dinero, no lo va a aceptar. No es por mí, sino por él.

Se hace el silencio y eso es una buena señal. Después de varios segundos, al fin contesta:

—De acuerdo. Le diré que es mío, aunque si me insiste demasiado, le diré la verdad.

—¡Gracias! —Ese trato me sirve, al menos, si no sospecha nada, tendré la oportunidad de ayudarle.

—¿Y cómo piensas ayudarle? No me digas que vas a pelear de nuevo, ¿verdad? Porque si es así... ¡Olvídalo!

—Solo va a ser una pelea más, te lo juro. —Y es cierto, con la última pelea que me han propuesto conseguiré el dinero restante.

Todavía no me explico por qué me han ofrecido eso, aunque ya me está bien.

—¿Tú quieres que Sandra me mate? —dice medio en broma.

—Tranquilo, de Sandra me encargo yo. No pienso mentirle nunca más.

Después de todo lo ocurrido, he entendido que ella es «mi persona», con la que siempre voy a poder contar. Ella es mi media naranja, o limón —mi mitad—. Y nunca debí mentirle, a ella no. Esta vez pienso contarle todo, aunque reciba un gran sermón por su parte.

—Está bien. Que sepas que, aun así, va a matarme. —Esta vez sonríe y me alegro por ello.

En cuanto llego a casa, encuentro a mi amiga bailando subida a una escalera para limpiar el polvo de unas estanterías altas. Lleva los auriculares puestos y limpia al son de la música. No se ha percatado de mi presencia, por lo que, con cuidado de no asustarla para que no se caiga, me acerco a ella y con suavidad le toco la pierna.

—¡Coño! ¡Me has asustado! —grita sobresaltado.

—Y eso que he ido con cuidado —le digo con una sonrisa.

—¿Qué? —Con los auriculares no me ha oído y se deshace de uno de ellos.

—¡Nada! ¿Puedes bajar el sonido un segundo? Tengo que contarte algo.

Por mi tono de voz sabe que es importante. Asiente y desciende por la escalera despacio.

—¿Qué ocurre? ¡Ay, Dios! ¿No estarás preñada, no? ¿Lo sabe Tomi? ¿Qué piensas hacer? Sabes que puedes contar conmigo, ¿verdad? ¡Ay, voy a ser tía!

Ella sola se ha montado su película, pero es Sandra, así es ella. Suelto una carcajada y le respondo:

—¡Para el carro y deja de imaginarte cosas! No es nada de eso, solo que...

—¿Que qué? ¡Va, habla de una vez, que me tienes toda intrigada!

Sonrío, solo que esta vez de nervios. No tengo ni la más remota idea de cómo se va a tomar lo que voy a decirle, así que, sin más, se lo suelto:

—Voy a pelear una vez más. —Veo la cara de Sandra y sé que va a protestar, por lo que no la dejo—. Con el dinero que voy a recibir, liquidaré toda la deuda de Tomi. Se lo debo, Sandra, por mi culpa perdió a su hermana. —Solo de recordarlo mis lágrimas están a punto de brotar, aunque consigo retenerlas—. Por favor...

—¿Sabes que no le debes nada? Fue un accidente, eras una niña...

Todo eso ya me lo han dicho antes, aunque nunca ha conseguido reconfortarme. Por mi culpa arrebaté una vida; por mi culpa Tomi perdió a su querida hermana pequeña. No pienso rebatirle nada a mi amiga, pues no conseguirá convencerme, ni yo a ella.

—Lo sé, aun así, es algo que tengo que hacer.

Respira profundamente y, al fin, asiente. Me abraza con fuerza y me dejo abrazar. No sé por qué, pero lo necesitaba.

—Sé que no me crees cuando te digo que no fue culpa tuya, pero vuelvo a repetírtelo, no fue culpa tuya.

—Lo sé... —vuelvo a mentir.

—No lo sabes, Nadia. ¡No fue tu culpa!

Y como en una sesión de psicoterapia, noto mis mejillas mojadas. Las lágrimas han conseguido romper la barrera y campan a sus anchas por mi cara. Nos quedamos así durante minutos, hasta que ya no puedo llorar más.

—Gracias, Sandra.

—No me des las gracias, es la verdad. Y pronto, Tomi se dará cuenta y volverá.

Eso no lo tengo tan claro. Más bien, diría que en la vida Tomi va a poder perdonarme y, si lo hace, ¿cómo podría estar con la asesina de su hermana?

—¿Tú estarías con la persona que ha matado a una de tus hermanas? —Me mira sorprendida por esa pregunta y no tiene respuestas—. No hace falta que contestes; yo tampoco podría

estarlo, por eso no puedo pedirle a Tomi que me dé ninguna oportunidad. Lo respeto y lo acepto. No hay más que hablar.

—Lo siento, Nadia.

—Está todo bien. Lo he asumido —le digo con la voz más apagada que jamás he utilizado.

Dejamos estar la conversación; ella sigue con los quehaceres de la casa y yo entro en mi habitación para estirarme en la cama y continuar destruyéndome. Creí que tenía superado el pasado y ha vuelto para atormentarme.

Capítulo 41

El día ha llegado y, como siempre, recibo las indicaciones de la hora y el lugar de la pelea, la última pelea. Ya no tengo nervios porque sé que lo hago por una buena razón y, aunque no estoy al cien por cien, tengo que intentarlo.

Desde que salí del hospital no he vuelto a acercarme al gimnasio de Alfonso. Aunque se ha portado muy bien conmigo desde que he estado en coma, no puedo olvidar el beso que me dio ni tampoco puedo decirle que voy a pelear de nuevo. De hecho, he recibido algunos mensajes que no he sido capaz de contestar. Sé lo que siente por mí, pero sigo enamorada de Tomi. Quizá si él no hubiera aparecido en mi vida, podría haberme enamorado de Alfonso, solo que no es el caso. Tomi ocupa mis pensamientos y, aunque no cierro puertas, es muy pronto para pensar en volver a rehacer mi vida de nuevo.

Decido contestarle por lo bien que se ha portado conmigo y porque lo considero un buen amigo.

—Siento no haberte contestado. Me encuentro muy bien. Gracias.

Sé que he sido seca; no me sale hablarle de otra manera.

—Me alegro de que estés bien. Ya vamos hablando.

Qué mal me sabe comportarme así con él, pero no quiero darle esperanzas de nada. Por ahora, no puede haber nada entre nosotros, no hasta que supere la pérdida de mi chico —mi exnovio —.

Me visto con la ropa que me regaló Alfonso, peino mi pelo en dos trenzas, como siempre, y salgo con la mochila.

—¿Puedo acompañarte? —salta Sandra al verme pasar por delante de su dormitorio.

—Creo que no deberías, sé lo que sufres... —le contesto consciente de que no lo pasa bien cuando ve que me golpean.

—Aun así, quiero hacerlo. Eres mi mejor amiga.

Quiero abrazarla, achucharla y besarla. La quiero tanto... Acepto que me acompañe, de hecho, se ofrece a llevarme en el coche de Carlos, que no tarda en llegar después de que Sandra le informe del nuevo plan.

Me mantengo en silencio durante el trayecto y ellos captan que lo necesito. Lo único que hago es pensar y pensar en todo lo ocurrido los últimos días y me viene a la cabeza lo que me dijo Alfonso: «No puedes entrar a pelear pensando en otra cosa que no sea pelear», así que le hago caso y me centro en el combate. Esta vez no sé quién es mi oponente y, aunque me resulta extraño porque siempre me han comunicado su nombre, no le doy mayor importancia.

Llegamos al lugar, otra nave a las afueras de Sevilla. Nunca he estado en aquel lugar, pero es enorme y me pregunto si se llenará. Tras aparcar y acercarnos a la puerta, observo un cartel gigante en la fachada que anuncia el combate.

—¡No puede ser! —exclamo en voz alta muy sorprendida.

Carlos y Sandra se giran al escuchar mi reacción.

—¿El qué no puede ser? —pregunta Carlos.

—A esa chica la conozco.

¡Claro que la conozco! Aunque haya estado alejada de las peleas, no suelo perderme los combates de la televisión y estoy convencida de que ella es profesional. La he visto un millón de veces. ¿Cómo es posible que se haya prestado a una pelea tan insignificante como la mía?

—¿Quién es? —insiste Sandra al ver mi cara de asombro.

—Natasha, ella es campeona de España en boxeo.

Y sin más, veo cómo cambian los rostros de mis amigos.

—¿Cómo? ¿Y eso está permitido? —pregunta mi amiga preocupada.

—Aquí no hay normas de inscripción, aunque me sorprende que ella haya aceptado una pelea como esta.

—No luches, retírate, Nadia —suelta Carlos con la misma preocupación que su novia.

—No puedo hacerlo, necesito ese dinero.

Y si antes no albergaba nervio alguno, el estómago se ha encogido y los músculos se han tensado. Tengo miedo, debo

reconocer.

—¡Qué más da! Puedes esperar a la siguiente pelea.

—No, me he prometido que esta iba a ser la última pelea y lo pienso hacer.

Sé que no tengo nada que hacer, pero también sé que, aunque no gane, recibiré el dinero que me hace falta. Ahora entiendo tanta incógnita y por qué no me avisaron antes de quién era mi oponente.

—¡Mierda! —salta Carlos—. Me está llamando Tomi.

—No se lo cojas, ya lo llamarás mañana. Con lo mal que se te da mentir...

Este besa la frente de su chica y guarda el móvil en el bolsillo sin contestar la llamada. Se lo agradezco, no quiero que sepa dónde estoy ni qué me propongo hacer.

Entramos en el interior de la nave y me sorprende ver cómo han decorado el interior. Parece que es un combate importante porque está lleno de detalles que en ninguna otra pelea han puesto. Me despido de mis amigos y me dirijo al vestuario, que esta vez no es un cuartucho cualquiera. Es un vestuario como Dios manda, hasta duchas tiene.

Me siento en un banco y me concentro en la pelea. Intento recordar sus combates y retengo en mi cabeza sus movimientos y golpes. Es posible que tenga alguna oportunidad porque conozco su técnica, a diferencia de ella, que, con seguridad, no tiene ni idea de quién soy.

Es la hora. Salgo en cuanto me presentan por el megáfono. Una música pegadiza sale a mi encuentro mientras subo al ring. Pero el verdadero espectáculo es la entrada de Natasha. Puedo oír cómo el público grita su nombre. Está a reventar, no cabe un alma más y sé que es por ella.

Si pierdo, al menos quiero dar un buen espectáculo, sobre todo para todas aquellas personas que han venido a verlo. Quiero darle guerra, que se acuerde de mí en un futuro y que pueda divertirse al menos.

Da comienzo el combate. Es rápida y se mueve por el ring muy cómoda y confiada. En cambio, yo, todo lo contrario, nunca me había sentido tan insegura en un combate. Doy los primeros golpes

y los esquiva con facilidad. En su turno, recibo varios puñetazos que me dejan algo aturdida. Es muy fuerte y, si continúo así, no duraré ni un asalto más.

Dejo estar mis miedos y me centro en ella. Sé sus puntos fuertes y débiles e intento aprovecharme de ello. No consigo ni rozarle y eso me desanima.

Aguanto el primer asalto y ya noto que me falta la respiración, mientras que ella, no aparenta ni estar cansada.

—¡Nadia! —Esa voz..., no es posible, no puede ser él.

Busco entre la multitud al dueño de esa voz y me topo con la cara desencajada de Tomi. ¿Qué hace él allí? ¿Y qué hace Alfonso con él? No entiendo nada, pero veo que se acercan y se hacen paso entre el gentío. Tarde, no logran llegar antes de que la campana vuelva a sonar. Decido ignorarles y vuelvo al combate.

Esta vez, Natasha es más dura conmigo. Parece que quiere acabar ya la pelea e intenta darme unos buenos golpes en el mentón, que logro esquivar de milagro. Recibo y recibo mientras que yo no logro ni tocarle un pelo. Noto el sabor de la sangre resbalar por el labio y la visión ha quedado reducida a un 75%. Estoy segura de que debo tener el ojo muy hinchado, aunque no me importa, lo estoy haciendo muy bien.

Termina este asalto y me dirijo a mi rincón, donde me esperan Alfonso y Tomi nerviosos.

—¡Tienes que abandonar! —me grita Tomi.

Lo miro confundida, ¿por qué me pide eso?

—No pienso hacerlo —le respondo con un hilo de voz.

—Por favor, Nadia, escúchale —me pide Alfonso.

No entiendo nada, ¿por qué están compinchados?

—He dicho que voy a acabar lo que he empezado —contesto con firmeza.

—¡Joder, Nadia! ¡Puede matarte! —Tomi está fuera de sí y algo en mi interior me pide que le haga caso. No obstante, lo ignoro. Estoy dispuesta a terminar este combate.

Suena la campana de nuevo y me pongo de pie. Comienza el siguiente asalto y ahora comprendo lo que Tomi me advertía. Ya no

es la oponente de antes, parece que se estaba reservando, porque recibo una buena paliza por su parte.

Creo que estoy a punto de perder la conciencia, salvo que ahora no puedo rendirme, menos aún sabiendo que Tomi está aquí conmigo y preocupado por mi bienestar. Me levanto después de una caída brutal y le planto cara a Natasha. Toda la fuerza que todavía me queda se acumula en mis puños. Comienzo a golpearla una y otra vez y, tras un traspiés, consigo darle muy fuerte. Se aparta y mueve la cabeza en señal de dolor, cosa que la cabrea.

—¡Nadia! Retírate ya, por favor. —Vuelvo a oír a Tomi y, por un momento, cuando veo que mis fuerzas caen en picado, pienso en hacerle caso, pero mi oponente no me deja ni pensar. Se abalanza sobre mí como una leona en celo y consigue atacarme.

Tarde. Muy tarde. Ya no puedo hacer nada. Me tiene entre la espada y la pared y aprovecha todas sus fuerzas para noquearme. Por un segundo, veo a Tomi, que es sujetado por Alfonso, y caigo al suelo. Ya no veo ni oigo nada. Otra vez no...

Pero no, esta vez solo pierdo la conciencia por unos segundos, aunque he perdido el combate.

Después de nombrar a Natasha como ganadora, me dirijo a mi rincón.

—¿Estás bien, Nadia? —me pregunta Tomi, saltando al ring y agarrándome de la cara.

Solo deseo que no se despegue de mí. Notar de nuevo sus manos sobre mi cuerpo se siente bien. Lo dejo hacer, hasta que se da cuenta de que solo tengo heridas superficiales, por lo que se aparta deprisa.

—¿Qué haces aquí?

Piensa en si responder o no a mi pregunta.

—Ya te lo contaré otro día. Si sé que estás bien, me conformo.

—¿Sigues preocupándote por mí? —No sé por qué le he preguntado eso; lo conozco y sé que no me va a responder.

—Nadia —dice serio—, no puedo olvidar lo de mi hermana, lo siento.

—Y lo entiendo, lo acepto y lo respeto —contesto dolida. Todos mis pensamientos negativos vuelven a mí tras oír de su boca que no

puede perdonarme. Aunque ya lo sabía, es doloroso escucharlo de él.

Salto las cuerdas para ir al vestuario y Alfonso me agarra del brazo.

—¿Estás bien? ¿Te espero en la salida?

—Estoy bien y no hace falta, están Carlos y Sandra que me llevarán a casa. Gracias por todo —le digo con sinceridad.

Capítulo 42

El sudor corre por mi frente mientras me quito las vendas de las manos. Cada vuelta que deshago parece llevarse consigo una parte de la tensión que me ha estado acechando toda la noche. No es solo el combate, es todo.

No puedo evitar pensar en ella, en Cristina, cada vez que, bajo la guardia, cada vez que siento el impacto de un golpe en mi rostro. Es como si su espíritu me susurrara al oído y me hiciera recordar lo que hice, lo que causé.

Mis pasos resuenan en el pasillo vacío, como un eco que parece burlarse de mi soledad. La mayoría de los boxeadores ya se han ido; algunos celebran, otros se curan las heridas en algún rincón. Yo, en cambio, me quedo atrás, esperando… ¿A qué? Tal vez a algún tipo de redención que nunca llega, una disculpa que nunca bastará.

Al llegar a la puerta de salida, siento una ráfaga de aire fresco que me golpea el rostro y me alivia momentáneamente del estrés que cargo. No veo a Sandra y a Carlos, imagino que estarán conversando con Tomi. Me dispongo a irme sin ellos. Estar sola en este momento, creo que es lo mejor para mí.

Camino a paso lento, mientras disfruto de la suave brisa que acaricia mi cara. Me detengo en seco tras sentir algo extraño, como una presencia que me observa desde la lejanía. Me doy la vuelta en todas las direcciones y me convenzo de que son solo imaginaciones mías, no hay rastro de nadie sospechoso que me vigile.

Sigo caminando, con el presentimiento de que algo no está bien. Me digo que es solo la paranoia, el cansancio, la culpa que se manifiesta de formas insidiosas. Me repito a mí misma que estoy a salvo, que esta noche no es diferente a cualquier otra. Sin embargo, mi instinto me grita lo contrario. Ese grito se convierte en una alarma ensordecedora cuando, de repente, aparecen ellos.

Tres figuras emergen de las sombras, encapuchados, que se mueven con una coordinación que solo se consigue con práctica, con intención. Me detengo en seco, el corazón se me sube a la garganta y mi cuerpo, tan acostumbrado a la pelea, se prepara automáticamente para el combate. Sin embargo, hay algo en sus movimientos, en la forma en que se acercan, que me hace dudar, que me deja clavada en el sitio.

—Nadia Fernández —dice uno de ellos con su voz distorsionada por la capucha—. Venimos de parte de la familia de Cristina.

El nombre golpea como un gancho al hígado y consigue robarme el aliento. Los recuerdos se agolpan en mi mente, su cara, su sonrisa, la última vez que la vi tendida en la lona, inmóvil. Fue un accidente, me digo a mí misma, un desafortunado accidente, aunque esas palabras se sienten vacías, como una excusa barata. ¿Cómo explicar que algo tan devastador pudo ser sin querer?

—¿Qué... qué queréis? —logro decir, solo que mi voz suena quebrada, pequeña.

Uno de ellos da un paso adelante y, aunque no puedo ver su rostro, siento su odio como una descarga eléctrica.

—Queremos justicia —responde—. Queremos que sientas el mismo dolor que le causaste a ella, que entiendas lo que es perderlo todo en un instante.

Mi cuerpo debería estar en guardia, debería estar listo para luchar, pero algo en mí se ha roto. La culpa que he cargado se transforma en un peso insoportable; me aplasta y me deja indefensa. No puedo moverme, no quiero. ¿Acaso no me merezco esto? ¿Acaso no debería sufrir por lo que hice?

Los tres se acercan y forman un círculo a mi alrededor. Puedo sentir su respiración, su odio y, aunque todo en mi entrenamiento me grita que luche, que me defienda, no lo hago. Dejo caer los brazos, bajo la guardia y acepto el castigo que creen que me merezco.

—Vamos a hacer que pagues —dice otro de ellos. Puedo oír el sonido metálico de un arma siendo desenfundada.

Cierro los ojos y espero el dolor, pero antes de que cualquier cosa pueda suceder, una voz corta la tensión como un cuchillo.

—¡Dejadla en paz!

Mis ojos se abren de golpe y veo a Tomi que corre hacia nosotros, con Alfonso a su lado. No puedo creerlo. ¿Por qué está aquí? Él debería odiarme más que nadie. Es su hermana la que maté, la que nunca podrá volver por mi culpa. Y, sin embargo, ahí está, enfrentándose a los encapuchados con una furia que no había visto antes.

Los atacantes se giran hacia él, sorprendidos y, en ese momento, Alfonso se lanza sobre uno de ellos y lo derriba con un golpe contundente. El caos estalla. Tomi se enfrenta a otro, sus puños se mueven con una precisión que solo un boxeador puede tener, mientras yo me quedo inmóvil, aún atrapada en mi parálisis de culpa.

—¡Nadia, haz algo! —grita Alfonso mientras lucha por mantener al tipo en el suelo.

Pero sigo sin moverme. No puedo. Todo lo que puedo pensar es en Cristina, en su familia, en Tomi. ¿Cómo puede estar aquí, defendiéndome, después de todo lo que le hice?

Mis pensamientos son interrumpidos por un golpe que me arrastra de vuelta a la realidad. Uno de los encapuchados ha conseguido liberarse y se abalanza sobre mí con la mirada llena de rabia.

Sin pensarlo, levanto los brazos y bloqueo el golpe, aunque sigo sin devolver el ataque. Mi mente sigue atada, atrapada en un torbellino de emociones encontradas. ¿Debo luchar? ¿Merece que me defienda? Antes de que pueda decidir, Tomi aparece de nuevo y su puño choca con la mandíbula del atacante, que cae al suelo con un gemido.

—¿Qué te pasa? —grita Tomi, con su voz desesperada—. ¡Ayúdame!

Lo miro a los ojos y, por un instante, el mundo se detiene. Puedo ver el dolor en su mirada, un dolor que refleja el mío, pero también hay algo más, algo que no esperaba encontrar: perdón. Es débil, apenas perceptible, pero está ahí. Y eso me sacude hasta la médula.

Con un grito que viene desde lo más profundo de mi ser, al final, reacciono. Me lanzo hacia el último encapuchado que queda en pie, mis puños encuentran su objetivo con la fuerza acumulada de años

de entrenamiento, aunque también con la rabia y el dolor que he estado reprimiendo. Cada golpe es una liberación, cada impacto una forma de expiar mi culpa.

El atacante cae al suelo, inconsciente, y de repente, todo queda en silencio. La respiración entrecortada de los tres llena el aire y, por un segundo, nadie se mueve. Miro a mi alrededor, a los cuerpos tirados en el suelo, a Tomi y Alfonso, ambos agotados, aunque ilesos. El peligro ha pasado, ahora bien, el peso en mi pecho no se ha aligerado.

Tomi se acerca a mí y clava sus ojos sobre los míos. Hay tantas cosas que quiero decirle, tantas disculpas, que no sé por dónde empezar. Antes de que pueda abrir la boca, él habla.

—¿Por qué no te defendiste? —Su voz es suave, cargada de una intensidad que me atraviesa.

—Porque... porque no podía. No después de lo que le hice a Cristina. Sentía que no merecía luchar por mí misma, que no tenía derecho a defenderme.

Tomi me mira con una mezcla de comprensión y tristeza. Parece que está luchando con sus propias emociones, que intenta entender lo que acaba de suceder.

—Nadia... —empieza, pero las palabras se le atascan en la garganta—. No puedes seguir castigándote por eso. Lo que pasó fue un accidente, lo sé, y no puedes dejar que eso te destruya.

—Pero Tomi, ella era tu hermana. Yo...

—Lo sé —me interrumpe; su voz tiembla—. Y me dolió, me dolió más de lo que jamás podré expresar. Aunque he tenido tiempo para pensar, para procesarlo. Y sé que Cristina no querría que vivieras el resto de tu vida consumida por la culpa. Ella te admiraba, ¿lo sabías? Pensaba que eras una luchadora increíble y siempre decía que, si iba a perder, prefería que fuera contra alguien como tú.

Sus palabras rompen todas las defensas que había
construido en mi mente.

Capítulo 43

Mis lágrimas amenazan con salir y ya estoy harta de llorar. Me abrazo a Tomi tan fuerte que pienso en no despegarme de él nunca más.

—Lo siento, lo siento.

Me derrumbo en su pecho. Tomi me abraza y coloca su mentón sobre mi cabeza. Puedo sentir que no está bien, su cuerpo está tan tenso que en cualquier momento pienso que sus músculos pueden romperse.

Me aparta con suavidad para mirarme a los ojos, empapados de lágrimas.

—Tienes una herida muy fea en la ceja —me dice al mismo tiempo que toca mi cara—. Vamos, te acompaño al médico.

—¿Tengo que ir?

—Sí, creo que necesitarás algún punto.

Escribo a Sandra y le informo que me dirijo al hospital más cercano para que revisen la herida de la ceja. No hace preguntas al saber que estoy con Tomi y eso me alegra, no sabría qué decirle ni en qué fase de nuestra no-relación nos encontramos.

Durante el trayecto en el coche reina el silencio. A Tomi lo veo serio y concentrado en la carretera, aunque sé que tiene millones de pensamientos que no dejan de atormentarlo. Yo me dedico a contar cada una de las piedrecitas que voy encontrando en la alfombrilla del asiento del copiloto.

Cuando llegamos, la sala de espera de urgencias está a rebosar. Pienso en darme la vuelta, aunque lo descarto. No por la puñetera herida, sino porque tengo la sensación de que, si me voy de allí, no volveré a ver a Tomi en mucho tiempo.

Me llaman enseguida, entro sola y dejo a Tomi esperándome en la sala de espera.

Cuando me revisa el médico, no le da demasiada importancia al corte; él mismo coloca unos puntos de papel porque no es necesario hilo y aguja. Una vez acaba, me entrega el informe y me deja marchar, así que salgo en busca de Tomi, pero no lo encuentro donde lo dejé. Imagino que está afuera.

Salgo de urgencias y camino en dirección a la salida, donde lo veo hablando con alguien que, por la oscuridad, me cuesta reconocer. No se ve bien, aunque sí se oye a la perfección.

Mientras me acerco, escucho un murmullo. No logro distinguir todas las palabras, pero la voz es clara e inconfundible. Es Tomi. Conversa con alguien y, con cada palabra que capto, la confusión se mezcla con un dolor diferente, más profundo que el físico.

—No puedo hacerlo, Sandra. No puedo estar con ella sabiendo lo que pasó. La amo. Sin embargo, cada vez que la miro, veo a Cristina. Y eso... eso me está matando.

El dolor en mi pecho es tan intenso que apenas puedo respirar. Él me ama. Tomi me ama, salvo que no puede estar conmigo. Cada palabra es un golpe que resuena en mi cabeza y ahoga el sonido de las máquinas, las voces lejanas, todo. Quiero gritar, decirle que lo siento, que cambiaría todo si pudiera, pero mi cuerpo no responde, mis labios no se mueven. Estoy atrapada, forzada a escuchar, impotente.

—Tomi, no es culpa de nadie —dice mi amiga con una voz llena de compasión—. Fue un accidente y lo sabes. No puedes seguir torturándote así, ni a ella.

—Lo sé —responde él y su voz es un susurro desgarrado—, aunque no puedo evitarlo. Cada vez que intento acercarme, cada vez que pienso en lo que podríamos tener, veo a mi hermana y no puedo... no puedo seguir adelante así.

Las lágrimas brotan de mis ojos y se deslizan silenciosas por mis mejillas. Nunca quise esto, nunca quise que él sufriera así. Su dolor es como una cuchilla que corta cada esperanza que alguna vez tuve de redención, de encontrar algún tipo de paz con él.

Veo cómo Tomi se marcha. Se marcha sin mí. Es en ese mismo momento que Sandra se da cuenta de mi presencia y, peor aún, se percata de que he oído toda la conversación. Abre los brazos y

espera a que llegue hasta ellos, que no tardo en hacerlo, porque necesito ese abrazo más que nada en el mundo ahora mismo.

—Nadia, ¿cómo te sientes? —La voz de Alfonso aparece de la nada.

Trato de hablar, solo que mi garganta está seca y solo logro emitir un gemido bajo.

Respiro profundamente, seco cualquier rastro de lágrimas de mi cara y me planto delante de Alfonso.

—Escuché a Tomi —logro decir, con voz ronca, aunque decidida. Veo cómo la preocupación en su rostro se intensifica—. Sé que me ama, pero también sé que no puede estar conmigo. Y no quiero que sufra más.

—Nadia... —Alfonso empieza, pero levanto una mano débil para detenerlo.

—Alfonso, necesito que me ayudes. Tomi necesita olvidarme, necesita dejarme ir para poder seguir adelante. Y no lo hará si sigue pensando en mí. Necesito que... necesito que le hagamos creer que tú y yo estamos juntos.

Alfonso me mira sorprendido y algo incrédulo. Sandra actúa de la misma manera.

—Nadia, eso no va a funcionar —responde mi amiga.

—Fingir que estamos juntos no hará que Tomi deje de sentir lo que siente —contesta Alfonso.

—Solo va a complicar las cosas más de lo que ya están —dice Sandra.

Parece una conversación entre ellos dos, pero lo tengo claro y nada ni nadie me va a hacer cambiar de opinión. Me cuesta sostenerle la mirada a Alfonso. Sus palabras son sensatas, lo sé, aun así, estoy desesperada. No veo otra forma de liberar a Tomi del peso que lleva, del dolor que le provoco cada vez que me ve.

—Pero necesito intentarlo —digo, casi suplicando—. Necesito darle una razón para que siga adelante, para que no se quede atrapado en esto. Es lo único que puedo hacer por él ahora.

Se hace el silencio.

Alfonso suspira de nuevo, su mirada está llena de dudas. Finalmente, asiente, aunque lo hace con un peso evidente.

—De acuerdo, Nadia. Lo haré, aunque no creo que esto sea lo mejor para ninguno de los dos.

—En realidad, no es lo mejor para ninguno de los tres —le corrijo a sabiendas de los sentimientos que Alfonso alberga por mí.

Capítulo 44

Desde que escuché a Tomi confesarle a mi amiga lo traumático que le resulta verme, han pasado dos días y no lo he vuelto a ver. Sin embargo, sus llamadas constantes, los mensajes que se amontonan en mi buzón de voz y los textos que dejo sin contestar no dejan de recordarme que tengo que hacer algo. Y pronto.

No puedo seguir alargando esto. Cada vez que su nombre aparece en la pantalla del móvil, mi pecho se aprieta. La culpa se mezcla con el miedo y el miedo con la certeza de que ya no hay marcha atrás.

Respiro hondo, dejo el móvil sobre la mesa por un segundo y dudo. Al final, me armo de valor, tomo el teléfono de nuevo, deslizo el dedo por la pantalla y marco el número de Alfonso. Tarda un par de tonos en contestar.

—¿Nadia? —su voz suena más tensa de lo habitual, como si ya supiera lo que voy a decirle.

—Sí. Es hora. Vamos a hacerlo —digo con firmeza, aunque, en el fondo, una parte de mí desearía no tener que pronunciar esas palabras nunca.

Hay un breve silencio al otro lado.

—¿Estás segura? —pregunta, con una voz que apenas se sostiene.

Solo necesito dos segundos para responder:

—Sé que será lo mejor. Cuanto antes me olvide, antes podrá ser feliz de nuevo.

Oigo cómo Alfonso suspira profundamente. Es un suspiro largo, pesado, de esos que lo dicen todo sin necesidad de palabras. Eso me indica que da por cerrada su insistencia, aunque sé que sigue sin estar convencido.

—De acuerdo. Entonces... ¿Mañana en la puerta del gimnasio?

—Sí. ¿Recuerdas lo que tienes que hacer? —pregunto, mientras el rubor me sube por las mejillas. Me invade una vergüenza repentina

al recordar lo que le pedí que hiciera. Ni siquiera puedo repetirlo en voz alta.

—Sí... —contesta, tartamudeando un poco—. Sí, lo recuerdo.

Está claro que tampoco le resulta cómodo. Cuelgo antes de que el silencio se vuelva insoportable o, peor aún, se arrepienta y dé marcha atrás al plan.

Al dejar el móvil sobre la mesa, una oleada de nervios vuelve a recorrerme el estómago. Esa era la parte fácil. Ahora viene lo complicado: ¿cómo demonios voy a convencer a Tomi de ir al gimnasio de Alfonso justo a esa hora?

Me paso las manos por el rostro, como si eso pudiera aclarar mis ideas. Luego respiro hondo y suelto el aire de golpe, como si así pudiera empujar fuera de mí la ansiedad. Se me ocurre una idea. En realidad, una mala idea, pero es la única que tengo.

Salgo del dormitorio y me dirijo al salón. Desde allí llega el sonido atronador de explosiones y disparos: Sandra está viendo una de sus películas de acción favoritas. No necesito asomarme para saberlo. También sé que no le va a gustar nada lo que estoy a punto de rogarle.

—Tengo que pedirte un favor —digo en cuanto aparezco frente al televisor; me interpongo sin compasión entre ella y la pantalla.

—¿Puedes apartarte? No me dejas ver a mi Liam Hemsworth —protesta mientras intenta moverme con un empujón del pie.

Doy un par de pasos a un lado, lo justo para que me vea sin poder ignorarme, e insisto:

—Sandra, necesito hablar contigo. En serio.

—Pues habla —responde sin siquiera mirarme a la cara, centrada en el tiroteo que hay en pantalla.

Y así, sin anestesia, le suelto el bombazo:

—Mañana pondremos en marcha el plan.

—Vale, vale —responde distraída.

Al parecer, no me ha oído, así que repito más despacio:

—Mañana he quedado con Alfonso para hacer el plan con Tomi.

En cuanto oye los nombres «Tomi» y «Alfonso» en la misma frase, gira de golpe la cabeza hacia mí. Su expresión cambia de aburrimiento a alarma en unos segundos.

—Pensé que ya te habías olvidado de esa tontería —dice, con evidencia molesta.

—No es una tontería. Creo que es lo mejor para él —respondo, aunque mi voz tiembla al final.

—¿Y para ti? ¿Y para Alfonso? ¿Has pensado en él?

Sus palabras se clavan en mi pecho como agujas. Sé que tiene razón. Sé que esto también es injusto para Alfonso, que está en medio por lealtad, no por convicción. No veo otra alternativa. Agacho la cabeza, derrotada.

—No sé hacerlo de otra manera —me excuso y mi voz se quiebra.

Sandra me observa unos segundos y cruza los brazos, con ese silencio tenso que solo usan las amigas que te conocen demasiado bien.

—Lo que tú digas. ¿Y cuál es ese favor?

—Necesito que Carlos lleve a Tomi mañana a las ocho de la tarde al gimnasio de Alfonso.

La reacción es inmediata.

—¿¡Qué!? —exclama, con los ojos abiertos como platos—. No, ni hablar. No pienso meter a Carlos en tus mierdas.

La entiendo, de verdad que sí. Y, aun así, no tengo más opciones. Me trago el orgullo y doy un paso más cerca de ella.

—Sabes que no te lo pediría si hubiera otra opción. Por favor, Sandra. Necesito que esto termine ya. No puedo seguir así.

Mis ojos se llenan de lágrimas. Al principio lucho por contenerlas, pero en cuanto una cae por mi mejilla, no puedo parar. Sandra me observa y su expresión cambia de la ira a la resignación.

—¡Joder, Nadia! Esto va a costarme el divorcio —gruñe, aunque sé que ya ha aceptado.

—¡Gracias! —exclamo, sintiendo una mezcla extraña de alivio y culpa.

Me abalanzo sobre ella en un abrazo demasiado fuerte.

—¡Voy a quedarme sin respiración! —se queja, mientras intenta zafarse de mis brazos—. ¡Suéltame ya, *drama queen*!

Me echo a reír entre lágrimas y nos liberamos un poco de la tensión acumulada. Aunque en el fondo sé que esto no ha hecho más que empezar.

Capítulo 45

Estoy en el salón, sentada en el borde del sofá con las manos entrelazadas y el corazón encogido. Sandra va y viene por la habitación como si no pesara el momento, con su moño mal hecho y una camiseta que pone «No me hables, es lunes», aunque es martes.

Carlos está en la cocina, hurgando en la nevera en busca de no sé qué. Mi amiga me lanza una mirada de complicidad y susurra:

—Atenta.

Asiento en silencio y me reclino un poco, casi fundiéndome con el respaldo del sofá. No quiero que sospeche nada.

Carlos aparece con una cerveza en la mano y se deja caer en la butaca. Suelta un largo suspiro.

—¿Qué hacéis tan calladas? Da mal rollo.

Sandra se sienta en el brazo del sofá, muy casual, como quien lanza un comentario sin importancia.

—Nada, hablábamos de Tomi. Que está fatal, ¿a que sí, Nadia?

Yo asiento despacio, sin abrir la boca. Siento que, si digo algo ahora, se me va a notar la voz temblorosa.

Carlos arruga la frente.

—¿Otra vez con eso? Dejadlo tranquilo.

Sandra cambia el tono. Se le pone esa voz suave, manipuladora, de quien sabe que está montando un teatro, pero se lo toma muy en serio.

—Es por eso mismo. Está encerrado en sí mismo, Carlos. No hace nada. Ni gimnasio, ni amigos, ni vida. Está todo el día arrastrándose por el suelo como un alma en pena.

Carlos da un trago a su cerveza.

—Ya, ¿y qué queréis que haga yo?

Sandra se incorpora un poco y finge entusiasmo.

—Pues mira, se me ha ocurrido una idea. ¿Y si esta noche te lo llevas al gimnasio? En plan «vamos un rato, despeja la cabeza, sudamos un poco». Aunque sin presión. Tú le dices que vais los dos, como colegas. A él no le va a apetecer, aun así, si se lo vendes bien, te dirá que sí.

Carlos me mira, como si esperase que yo dijese algo. Yo trago saliva, sonrío y bajo la vista.

—¿Esta noche? —pregunta él—. ¿Y por qué justo esta noche?

Sandra se encoge de hombros.

—Porque hoy está Alfonso. Ya sabes que los martes está él solo en su turno y hay menos gente. Pensaba pasarme yo también, probar una clase de boxeo o algo así… Pero vamos, que lo importante es que Tomi salga de casa.

Yo parpadeo. ¿Boxeo? Ni en sueños. Carlos parece no darse cuenta.

—¿Tú? ¿Al boxeo?

Sandra pone los ojos en blanco.

—Sí, ¿qué pasa? ¿Te parece raro?

—Mucho —dice él con una risa—. Si te agachas dos veces, ya te estás quejando del lumbago.

Sandra le lanza un cojín, se ríe, pero mantiene la compostura.

—A ver, tontaina, que no voy a ir a pelear. Solo a probar, a mirar. Aunque lo de Tomi va en serio. Te lo digo de verdad, Carlos. Está mal. No va a pedir ayuda, así que hay que empujarle un poco.

Carlos se queda callado unos segundos. Le da otro trago a la cerveza. Suspira. Y finalmente, asiente.

—Vale. Se lo digo. A ver si cuela. Pero como se ponga en plan drama, me largo, ¿eh?

Sandra se inclina hacia él y le da un beso en la mejilla.

—Eres el mejor.

Y cuando Carlos vuelve a la cocina, ella se gira hacia mí con una sonrisa triunfal.

Yo no sé si aplaudirla o echarme a llorar.

—¿En serio has dicho que vas a ir a boxeo? —le susurro.

—¿Y qué querías que dijera? —me responde en voz baja—. «¿Voy a llevarle a una trampa con Nadia?». No, gracias.

Me tapo la cara con las manos y dejo escapar una risa nerviosa.

—Me siento fatal.

—Y yo —dice Sandra—. Aunque esto es como quitar una tirita. Cuanto antes, mejor.

Asiento. Aunque lo que siento no se parece nada a una tirita. Es más como abrir una herida que no ha terminado de cerrar.

Carlos vuelve al salón, con el móvil en la mano.

—Le acabo de escribir. Le he dicho que paso por él a las ocho para entrenar un poco. Me ha puesto un *emoji* de bostezo, aun así, ha dicho que vale.

Se me paraliza el cuerpo, me cuesta incluso tragar saliva.

—¿Irá? —pregunto, casi sin voz.

—Sí. Aunque ha dicho que si hay gente, se larga. Así que más vale que esté vacío el sitio ese.

Sandra me mira. Yo la miro a ella.

Ya está hecho.

Tomi va a estar allí y no tiene ni idea de lo que le espera.

Capítulo 46

Estoy de pie frente al gimnasio de Alfonso, con el corazón acelerado como si acabara de correr diez kilómetros sin parar. Miro el reloj por décima vez. Las ocho menos cinco. El cielo empieza a oscurecer, las luces de la calle ya parpadean y yo me estoy helando por dentro.

Alfonso está a mi lado. Cruza los brazos y no dice nada. Su seriedad es tal que no puedo discernir si está nervioso o resignado. Mira la puerta del gimnasio, donde un cartel medio torcido anuncia la nueva clase de boxeo de los martes por la tarde. Es irónico. Ninguno de los dos piensa boxear, pero hay algo violento en el aire.

—¿Estás bien? —me pregunta sin mirarme.

—No —respondo en un susurro.

Él asiente, como si ya lo supiera. Como si esa fuese la única respuesta posible esta noche. Se pasa la mano por el pelo, nervioso, y noto que también está sudando. Eso me hace sentir menos sola en este plan absurdo que yo misma ideé.

Nos quedamos en silencio y miramos hacia la esquina de la calle, como si eso fuese a hacerlos aparecer antes. Me noto las manos sudadas, los hombros tensos y el estómago encogido. Todo mi cuerpo es una masa tensa de ansiedad. Sé que es un error, cruel, y que lo estoy haciendo mal, aunque también sé que no se me ocurre otra forma de cerrar este capítulo. No soy valiente, solo tengo miedo de seguir sintiendo.

Y entonces los veo.

Carlos aparece el primero, con su típica chaqueta vaquera y el móvil en la mano. Tomi camina junto a él, más lento, con esa expresión entre apagada y molesta. Lleva una sudadera oscura, la capucha puesta y las manos en los bolsillos. Sus pasos arrastrados parecen de otro planeta. Le reconozco desde lejos, pero hay algo en su forma de moverse que ya no es el mismo.

Mi corazón se detiene.

—Ahí vienen —murmuro.

Alfonso también los ve. Me lanza una mirada rápida y pregunta:

—¿Estás lista?

Niego con la cabeza.

—No. Pero hazlo igual.

Se gira hacia mí, me mira por primera vez con cierta dureza y, sin decir nada más, me rodea con los brazos. Es frío y mecánico. Y yo lo sigo, me dejo abrazar. Intento aparentar naturalidad, como si en realidad, estuviésemos juntos, como si no estuviera fingiendo cada milímetro de este contacto.

Lo hace. Sin más.

Alfonso me besa.

Y aunque es suave, discreto, hasta rápido, siento que me rompo por dentro. Porque no hay ternura. No hay deseo. Solo hay un plan.

—Actúa —me susurra al oído, al separarse un poco.

Trago saliva. Me obligo a reír, a fingir alegría. No me reconozco, aun así, justo en ese momento, lo oigo.

—¿Pero qué coño…?

La voz de Tomi me corta el aire.

Me giro.

Está ahí, a pocos metros, con los ojos muy abiertos, las cejas fruncidas y el pecho agitado. Carlos se ha quedado paralizado a su lado, sin entender nada.

Tomi nos mira a Alfonso y a mí. A mí y a Alfonso, como si no creyera lo que sus ojos están viendo. Nuestras manos aún siguen entrelazadas. Y cuando su mirada se dirige a ellas, estalla.

—¿Pero estáis de coña? ¿Esto qué es? —grita, mientras da un paso hacia nosotros.

—Tomi… —intento decir algo, pero mi voz se apaga antes de salir.

—¿Desde cuándo? ¿Eh? ¿Desde cuándo os estáis riendo de mí?

—No es lo que parece —alcanza a decir Alfonso, metiéndose en el papel.

Pero Tomi no escucha. Sus ojos brillan, llenos de rabia, de dolor, de traición. Y entonces, sin pensarlo, sin apenas avisar, lanza el puñetazo.

Todo pasa muy rápido. Alfonso intenta esquivarlo, solo que el golpe le da de lleno en la mandíbula. Retrocede tambaleándose y se lleva la mano a la cara, mientras yo grito su nombre.

—¡Tomi, por favor! —le suplico.

Él me mira. Tiene la respiración agitada, el puño aún cerrado y la rabia que explota en su voz.

—¿Tú también, Nadia? ¿Así te olvidas de alguien? ¡Montando esta mierda delante de mí!

—¡No lo entiendes! —grito.

Las lágrimas comienzan a asomarse.

—¡Claro que no lo entiendo! ¡Porque esto no tiene sentido! —se lleva las manos a la cabeza. Está furioso y fuera de sí—. ¡Estáis enfermos! ¡Sois...!

No termina la frase. Carlos se interpone entre él y nosotros.

—¡Vámonos! —le grita también muy enfadado.

Se marcha a grandes zancadas calle abajo. Carlos va tras él, aún en *shock*.

Yo me quedo ahí, con las manos temblorosas, la cara empapada y el corazón latiéndome en los oídos. Miro a Alfonso, que se limpia la comisura del labio con la manga. Tiene el gesto torcido por el dolor y la frustración.

Y entonces lo dice, sin mirarme:

—¿Y qué esperabas, Nadia?

Me duele. Porque tiene razón. ¿Qué esperaba? ¿Que Tomi aplaudiera? ¿Que entendiera? ¿Que me diera las gracias por romperle el corazón de esta manera?

Me llevo las manos al rostro. Me siento la persona más miserable del planeta. Y lo peor de todo es que ya no hay vuelta atrás.

Capítulo 47

Han pasado tres semanas desde aquella noche en la puerta del gimnasio. Tres semanas desde que Tomi se marchó sin mirar atrás. Tres semanas desde que Alfonso me lanzó aquella pregunta que todavía me taladra el pecho: «¿Y qué esperabas, Nadia?».

No tengo respuesta.

He dejado de contar los días y he empezado a contar los silencios. Porque eso es lo único que me queda. Silencio. De Tomi, de Alfonso, incluso de Sandra, que ahora anda esquiva, como si estar cerca de mí le contagiara la culpa.

Desde aquel día, el mundo parece haberse ralentizado. Todo ocurre en cámara lenta. Los días pesan, las horas se arrastran. El sol sale y se esconde y yo sigo encerrada en mi cuarto, viviendo a medias, comiendo lo justo, fingiendo que estoy entera, cuando no me queda ni un pedazo sin grietas.

He repasado en mi memoria esa escena en el gimnasio mil veces: el beso, el puñetazo, el grito, la mirada de Tomi y el sonido de sus pasos alejándose. Es la manera que tengo de castigarme, revivir una y otra vez ese momento tan espantoso.

Y lo peor no fue perderle. Lo peor fue el silencio de Sandra, mentirle a Carlos, que tampoco me habla y perder también a Alfonso.

Después de eso, no ha vuelto a llamarme. Ni un mensaje. Nada.

Se marchó esa noche sin decir adiós. Y yo, tan idiota, me quedé esperando. Pensé que tal vez me escribiría, que me diría algo, lo que fuera, mas no fue así. Se esfumó. Y supongo que lo entiendo. También le hice daño. Lo usé. Lo metí en medio de algo que no le correspondía. Él solo quiso ayudarme y yo le arrastré a una escena digna de una película barata.

Ahora solo me queda este hueco en el pecho, como si alguien me hubiese arrancado las entrañas de golpe y sin anestesia. Me cuesta

hasta respirar.

Permanezco tumbada boca arriba, con los ojos fijos en el techo y el corazón revuelto. Oigo los ruidos lejanos de la calle, las voces de la tele en el salón, los pasos de algún vecino que pasea por la calle. Todo suena lejano.

Y entonces, oigo el timbre. Un solo pitido, largo, insistente.

No me muevo. No espero a nadie. Aun así, algo en mi interior se activa. Me incorporo con desgana, salgo al pasillo y abro la puerta.

Carlos está allí.

Y no está solo.

Sujeta a Tomi, literalmente. Lleva uno de sus brazos colgado sobre sus hombros. Lo sujeta como puede, porque Tomi apenas se sostiene. Tiene la camiseta sucia, el pelo desordenado y una herida abierta en la ceja. Está borracho. Se le nota en la mirada perdida y en el olor a alcohol que se siente incluso desde la puerta.

—No sabía dónde llevarlo —dice Carlos, con los labios apretados y la voz áspera.

Me quedo paralizada. Tomi ni siquiera me ve. O no quiere verme. Tiene la cabeza ladeada, como si cada movimiento le costara una eternidad.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, con un nudo en la garganta.

Carlos lanza una mirada cargada de rencor.

—Lo de las últimas semanas. Ha estado bebiendo solo. Dice que se peleó con un gilipollas que le robó el móvil. No me ha contado mucho más.

—¿Está bien?

—Tiene una brecha. Está hecho polvo y está borracho como una cuba.

Doy un paso hacia ellos, de manera automática, como si quisiera proteger a Tomi de su dolor.

—Déjamelo a mí. Yo me encargo —digo, bajando la voz.

Carlos frunce el ceño. Da un paso atrás, casi instintivo, como si no quisiera entregármelo.

—¿Tú? ¿Y qué vas a hacer? ¿Montar otro *show* delante de él? ¿Rematar lo poco que le queda? —Su tono es duro, seco, casi cruel.

—Me lo merezco, lo sé —respondo con la voz temblorosa—. Pero no puedes llevártelo así. Necesita descansar, necesita que alguien le cuide. Y... —Trago saliva—. Yo soy la responsable de que esté así. Déjame hacer lo mínimo. Por él, no por mí.

Carlos lanza una mirada que arde de rabia. Hay odio en sus ojos, aunque también un atisbo de duda.

—No me fío de ti, Nadia. Y si fuera por mí, no te dejaría ni acercarte a él. Lo que ahora mismo... no tengo otro sitio donde llevarlo. Y no puedo cargar con esto solo.

Asiento, mientras contengo las lágrimas.

—No lo haré peor, te lo prometo.

Carlos suelta un bufido, como quien acepta una condena inevitable. Con cuidado, me entrega a Tomi. Yo le rodeo la cintura con un brazo y él se deja caer contra mí como un peso muerto. Apenas murmura algo ininteligible.

—Dúchalo si puedes, límpiale la herida. Intenta que duerma y, si ves que va a peor, llámame. Pero no intentes hablar con él. No ahora —me ordena Carlos antes de dirigirse al dormitorio de su chica.

—Carlos... gracias —me atrevo a decir.

Él se detiene sin mirarme.

—No me des las gracias. Solo arréglalo, si es que eso aún es posible.

Y se marcha.

Me quedo sola con Tomi, que respira de forma irregular, murmura cosas que no entiendo y tiene una expresión rota en el rostro. Todavía no me reconoce, no sabe que está conmigo.

Lo guío hasta el sofá con cuidado. Su piel está fría y sus labios, resecos. Al acostarlo con sumo cuidado, le aparto el pelo de la frente y veo con claridad la herida. Es un corte muy feo, aunque nada profundo, y ya no sangra.

Voy por el botiquín. Lo limpio despacio, sin hacerle daño. Él ni se inmuta. Solo tiembla un poco.

—Lo siento —le susurro—. Sé que no sirve de nada, pero tenía que decírtelo.

Tomi no contesta, tal vez no me oye, o tal vez no quiere.

Y mientras le cuido, mientras le observo derrotado y frágil, entiendo que lo que hice no tiene vuelta atrás. Que no basta con pedir perdón, que algunas heridas, incluso las pequeñas, se infectan si no se curan a tiempo.

Me quedo a su lado, en silencio, mientras el reloj avanza y la noche se va cerrando. Porque, aunque no me merezca su perdón, al menos puedo quedarme. Y no volver a huir.

Capítulo 48

El agua cae en silencio, templada, constante. Se desliza sobre su piel sucia y herida. Le sostengo con todo el cuidado del mundo, mientras su cuerpo, pesado y agotado, reposa en la bañera como un niño enfermo. Tomi no está consciente del todo. Murmura cosas ininteligibles entre dientes, se agita a veces, mas no se resiste. Su respiración es irregular, su pulso es lento, aunque firme.

Mientras lo baño, oigo a lo lejos a Carlos discutir a gritos con Sandra. No me preocupo más de lo debido, porque desde que lo utilizamos para cumplir el plan, es lo único que saben hacer: discutir. Y me culpo por ello, porque es todo culpa mía. No presto atención a las palabras que se dicen; solo quiero cuidar de Tomi.

Tomo la esponja y, con la delicadeza de quien acaricia una herida abierta, le limpio los brazos, el cuello, el rostro. En su ceja, la gasa se ha teñido de rojo, pero la herida parece cerrar. No puedo evitarlo: lloro. Lloro por lo que fue, por lo que destruí, por lo que ya no podré recuperar. También lloro por él, por verle así, roto, abandonado por sí mismo, perdido en un mundo que yo también ayudé a desmoronar.

—Lo siento tanto, Tomi… —susurro, aunque no pueda oírme.

Le seco con una toalla cálida, le visto con una camiseta mía que le queda pequeña y unos pantalones de chándal limpios. Le dejo en mi cama, tumbado de lado, con una manta por encima y un vaso de agua en la mesita de noche. Luego me siento a su lado, como una sombra que vela su sueño, sin saber qué esperar.

Horas después, cuando el sol ya amenaza con aparecer por el horizonte, Tomi se despierta.

Abre los ojos poco a poco. Parpadea. Gira la cabeza y, al verme, su expresión cambia de confusión a ira en un segundo. Se incorpora de golpe, tambaleándose.

—¡Tú! —espeta.

—Tranquilo, Tomi. Estás en casa. Bueno, en la mía. No sabían adónde llevarte…

—¡No me toques! —retrocede y entonces, se sujeta el costado con una mueca de dolor—. ¿¡Qué coño estás haciendo!? ¡Esto debe ser una puta broma!

—No es una broma. Estabas muy mal. Carlos te trajo aquí. Yo solo… te cuidé.

—¡Hipócrita! ¡Después de lo que hiciste con Alfonso! ¡Ahora vienes a hacerte la salvadora!

Justo entonces, se abre la puerta. Carlos entra, con el gesto cansado, aunque decidido. Mira a Tomi, luego a mí. Suspira hondo, como quien se ha hartado de callar.

—¡Basta, Tomi! —dice firme, mientras se acerca a él.

—¡No me digas que la defiendes también tú!

—No vengo a defender a nadie. Pero creo que ya va siendo hora de decir la verdad. ¡La puta verdad de una vez!

Carlos está más cabreado de lo habitual.

Tomi se queda quieto, jadeante, con los ojos clavados en él. Carlos me lanza una mirada que parece pedir permiso. Es cuando entiendo por qué discutían anoche y me quedo sin respiración por unos segundos. Intento asimilar lo que está a punto de pasar.

—No, por favor —le ruego.

He llegado demasiado lejos para que ahora todo se desmorone. No puede contarle la verdad. No puede hacer eso.

—Lo siento, Nadia. Él debe saberlo.

Me mira con piedad, como si me estuviera perdonando la vida. No puedo creer que realmente vaya a hacerlo.

—No, por favor —repito con lágrimas en los ojos.

—¿Qué debo saber? —me pregunta a mí, aunque es Carlos quien quiere confesárselo todo, solo que es a mí a la que mira.

—No están juntos. Nadia y Alfonso nunca lo estuvieron. ¡Todo fue un teatro! ¡Un plan estúpido para hacerte creer que había pasado página!

Tomi parpadea, desorientado.

—¿Qué? —pregunta incrédulo a la par que sorprendido.

—El beso, el abrazo. Todo. Nadia pensó que, si creías que estaba con otro, podrías olvidarla. Seguir adelante. Fue idiota, sí, pero no fue cruel por placer, sino por desesperación, porque se vio sin salida.

—Eso no tiene sentido… —murmura Tomi. Se sienta en el borde del sofá muy confuso y se pone las manos en la cabeza.

Carlos se cruza de brazos.

—No intento justificarla. Yo también me enfadé porque estas dos me utilizaron. Pero la he visto estas semanas. No duerme, no come. Se ha quedado sola. Porque te quería tanto que pensó que lo mejor era desaparecer de tu vida.

Me atrevo a hablar. La voz me tiembla.

—Tomi, lo siento. Sé que lo hice mal. Muy mal.

—¿Por qué lo hiciste?

Me armo de valor para confesar el verdadero motivo:

—Te oí hablar con Sandra en el hospital. —Todavía me duele al recordar sus palabras—. Oí cómo le decías que veías a Cristina, cuando me mirabas y…

—¿Y qué, Nadia? —me interrumpe, calmado, tranquilo, sereno.

—Pues…

No sé qué decir, no encuentro palabras ahora mismo.

—¿Me oíste decir que no quería estar contigo? —pregunta, más dolido que enfadado.

—No, pero…

—No, Nadia. Tomaste una decisión sin consultarme, sin consensuarlo conmigo y encima, de la peor de las maneras posibles.

Sus palabras me hacen pensar. Y, en cierto modo, tiene razón. Él nunca dijo que no quería estar conmigo.

—Lo siento. Creí que era lo mejor para evitarte más dolor.

—¿Evitarme más dolor? —repite indignado—. ¿Qué crees que he sentido estas semanas?

—Sí, pero debía ser temporal; pensé que sería pasajero.

—Qué poco te valoras, Nadia. —Se acerca hasta mí y coloca su mano sobre mi cintura—. ¿Pensaste que podría olvidarme tan fácil de ti? ¡Joder! ¡Joder! ¡Yo te quiero y quiero estar contigo!

Sin pensarlo y con un instinto primitivo, me lanzo a su boca para besarle. Es lo que quiero; es lo que necesito.

Me abraza con fuerza y presiona sus labios contra los míos, como si no quisiera separarlos jamás. Me agarra de la cara con las dos manos y me separa despacio, como si temiera que pudiera huir.

Me mira con esos ojos azules, tan exóticos e irresistibles, y me derrumbo, incapaz de contener las lágrimas que llevo días aguantando.

—Me equivoqué en todo, pero nunca dejé de quererte. Nunca hubo nadie más. Solo fuiste tú.

Tomi se queda en silencio. Sus ojos brillan de lágrimas contenidas.

—Fuiste cruel, Nadia. Muy cruel. Me hiciste mierda por dentro. Me sentí un imbécil.

Asiento y lloro.

—Lo sé. Y me arrepiento cada día. Pero estoy aquí. Y estaré mientras quieras que esté.

Tomi me observa. Luego, sin decir nada, me rodea de nuevo con los brazos. Me abraza tan fuerte, que siento como si en ese gesto se concentraran todas las palabras no dichas, todo el dolor, todo el perdón.

Desde la puerta, Carlos nos lanza una última mirada antes de marcharse en silencio.

Tomi apoya su frente en la mía.

—No quiero seguir odiándote, aunque tampoco sé si puedo volver a confiar.

—No te pido que confíes hoy. Solo que me dejes estar contigo mientras aprendemos a curarnos. Juntos.

Sus labios rozan los míos. Un beso tierno, cargado de cicatrices y de esperanza. No borra el pasado, pero promete un futuro diferente.

Y, por primera vez en semanas, siento que puede haber uno. Un futuro donde, tal vez, el amor se imponga al miedo. Y donde volvamos a construir lo que dejamos caer.

FIN

Descúbrelo en este apasionado y sensual drama romántico.

About The Author

ANHARA CARIBÉ

Anhara Caribé nació en Barcelona, donde cursó estudios de Psicología antes de orientar su carrera profesional hacia el mundo del software. Su pasión por las emociones humanas, unida a su curiosidad innata por las relaciones personales, la llevó a trasladar esa sensibilidad a la escritura. En 2021 debutó con Yo soy Lola, una historia intensa y valiente que conquistó a numerosos lectores. Ese mismo año publicó Un acuerdo casi perfecto, primera parte de su bilogía romántica, a la que siguió Un acuerdo roto en 2022. En 2024 regresó con Nunca digas nunca, consolidando su voz dentro del panorama de la novela romántica contemporánea. Hoy, sigue compaginando su profesión tecnológica con la literatura, construyendo mundos donde el amor, la pasión y las segundas oportunidades son siempre protagonistas. Déjate seducir por las historias de Anhara Caribé. Todos sus libros están disponibles en Amazon y Kindleunlimited. Además, puedes contactar directamente con la autora en: Instagram: @anhara.c Tiktok: anhara.c

Books By This Author

YO SOY LOLA

Tras una infancia terrible, Lola decide construir una doble vida: una mujer de gran éxito profesional por la mañana y una chica alocada y enamorada del sexo por la noche.

Durante los últimos diez años, ha sabido llevar estas dos vidas paralelamente a la perfección, hasta que la rechazan para un nuevo cargo en la empresa. Esto provoca en ella un sentimiento de frustración, y como está acostumbrada a hacer siempre que tiene un mal día, piensa en desahogarse teniendo sexo con un desconocido. Jamás ha creído en el amor, no confía en los hombres y el sexo es el único interés que tiene por ellos. Decide salir a "cazar", pero ¿qué pasa si es ella quien se convierte en presa y acaba "cazada"?

UN ACUERDO CASI PERFECTO

Mi nombre es Natalia, aunque ahora me llaman Nat. A simple vista soy una chica normal y con un trabajo corriente, pero escondo un pequeño secreto que pocos conocen.

Jake, un guapo empresario, necesita una esposa con urgencia, ¿y quién mejor que una simple camarera que no llame demasiado la atención? Lo que él no sabe —tampoco lo preguntó— quién es mi familia y de dónde provengo. No acepté el acuerdo por el dinero que me ofrecía, sino por la estúpida obsesión de mis padres de verme casada con un buen partido. Y, sin duda, Jake lo era.

¿Qué hará cuando se entere que la humilde y corriente camarera, es en realidad la hija del multimillonario Francis De la Vega Ortuño?

NUNCA DIGAS NUNCA: INFIELES

Lista de invitados... Listo.
Flores... Listo.
Vestido... Listo.
Un novio gilipollas...
Un viaje a Tenerife...
Un seductor desconocido...
¿Sí, quiero?
Descúbrelo en este apasionado y sensual drama romántico.